

NUEVA DESCRIPCION
DE LA
TIERRA SANTA,
FORMADA

*segun el itinerario del viage ejecu-
do en el año de 1806 por J. A. de
hateaubriand de París á Jerusalem, y
de Jerusalem á París, yendo por Gre-
cia y volviendo por Egipto, Berberia
y España.*

Por D. Pedro Maria de Olive.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

6°

CON PRIVILEGIO REAL.

Madrid: IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA,
1828.

Reg 2396

THE GREAT BRITISH MUSEUM
LONDON
TERRA SANTA

ROMANA

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación y de un estudio de los monumentos que se encuentran en el territorio de la antigua Judaea y de las ciudades que la rodeaban. El autor ha procurado dar una idea clara de la importancia de estos monumentos y de su valor histórico y artístico. El libro está dividido en tres partes: la primera trata de los monumentos que se encuentran en el territorio de la antigua Judaea; la segunda trata de los monumentos que se encuentran en las ciudades que la rodeaban; y la tercera trata de los monumentos que se encuentran en las ciudades que se encuentran en el territorio de la antigua Judaea.

Dr. D. P. Williams de Ebla

SEGUNDA EDICIÓN

1900

CON UNO DE LOS REALES
DECRETOS DE 18 DE JUNIO DE 1877

Op 3390



ADVERTENCIA.

No me he propuesto dar una traducción completa del itinerario de Chateaubriand que en el original forma dos gruesos volúmenes en octavo prolongado: el mismo autor presenta solo su obra como las notas que reunió para formar la de los Mártires; pero podemos tener por completa la descripción de la Tierra Santa, que es el principal objeto de su peregrinación.

Ademas de las hermosas pinturas que hace de los países que recorre, y en especial de la Judéa, en lo cual consiste el principal mérito de su delicada pluma, ostenta su profunda y vasta erudición en las disertaciones y reflexiones científicas con que adorna la obra. Pero yo me propongo solo en esta traduc-



IV

cion el dar una descripción de la Tierra Santa acomodada y grata al común de las gentes.

Igualmente al fin del tomo segundo ha reunido tres opúsculos, que son un itinerario desde Burdeos á Jerusalem, escrito en latin antes del año de 1300: una disertacion del geógrafo d'Anville sobre la extension de la antigua Jerusalem y de su templo, y sobre las medidas hebraicas de longitud; y en fin, una Memoria inédita sobre Tunez que contiene noticias puramente políticas y comerciales; y aun cuando estas cosas puedan ser instructivas y agradables para algunas personas estudiosas, no así á los lectores en general, ni tampoco tienen relacion inmediata con la obra.

Tambien en ella el autor arrastrado por su brillante imaginacion, y cediendo al deseo de manifestar el rico fondo de sus conocimientos en historia y antigüedades, se distrae á discusiones sobre estas materias, que son como episodios del objeto principal; tal es la historia que, hablando de Tunez, forma con la mayor extension de las guerras

de Roma y Cartago, historia generalmente sabida y no necesaria aquí, tratada con mayor elegancia por los autores antiguos, y á los cuales no puede menos de copiar; y lo mismo casi diré de la historia de la muerte de S. Luis en aquella costa, y las investigaciones que añade sobre la antigua situacion de Cartago; y aunque no me atreva á acusarle por esto, y aun si se quiere le alabe, tampoco creo deberlo traducir segun mi propósito, y así libremente suprimo estas y otras discusiones y digresiones, y no poca parte de las noticias que da de sus sucesos particulares nada importantes al lector, como la nota exacta de sus gastos en el camino; pues á pocos puede interesar á cuánto cuesta la carne y los melones en Jerusalem, ni el contrato que celebró en griego con el capitán de un buque para su transporte, y otras cosas á este jaez; y en cuanto á los pasages que intercala en griego en el discurso de la obra, bien que sean agradables á alguno que otro helenista, son inútiles á los demas lectores que ignoran esta lengua, y por lo tanto los

VI

suprimo; mas no así los que están en latin, en frances ó en italiano por ser lenguas mas universalmente conocidas.

En fin si alguno no se hallase contento con este que propiamente es un extracto, sin faltar en nada á lo sustancial, puede consultar el original, ó bien darnos una traduccion exacta y completa.

NUEVA DESCRIPCION

DE LA

TIERRA SANTA.

INTRODUCCION.

MEMORIA PRIMERA.

Dividiré esta introduccion en dos memorias: en la primera comenzaré á tratar de la historia de Esparta, por los tiempos de Augusto, continuándola hasta nuestros dias. En la segunda, examinaré la autenticidad de las tradiciones religiosas, sobre Jerusalem.

Spon, Wheler, Fanelli, Chandler y Leroi, es verdad que han hablado del estado de los griegos en la edad media; pero el cuadro trazado

por estos sabios está muy distante de ser completo. Se han contentado con los hechos generales, sin cansarse en aclarar la historia Bizantina; no han tenido conocimiento de algunos viajes al levante: aprovechándome de sus trabajos, procuraré suplir lo que han omitido.

En cuanto á la historia de Jerusalem no presenta oscuridad alguna en los siglos bárbaros; pues que jamas se pierde de vista á la santa ciudad. Pero cuando los peregrinos os dicen: "Fuimos al sepulcro de Jesucristo; entramos en la gruta donde el Salvador del mundo sudó sangre, &c." un lector incrédulo podría imaginarse que los peregrinos se han dejado engañar por tradiciones inciertas; y este punto de crítica es el que me propongo discutir en la segunda memoria de esta introducion.

Volviendo ahora á la historia de Esparta y de Atenas, me espresaré del modo siguiente.

Quando los romanos aparecieron

Antes de J.
C. 87.

por primera vez en Oriente Atenas se declaró su enemiga, y Esparta siguió su suerte. Sila quemó el Pireo y Muniquia, saqueó la ciudad de Cecrope, é hizo tan gran carnicería de los ciudadanos, que la sangre, dice Plutarco, llenaba todo el Cerámico, rebosando de él.

Plut. in Sil.
Appian,

En las guerras civiles de Roma, los atenienses siguieron el partido de Pompeyo, el cual les parecía ser el de la libertad. Los lacedemonios se unieron á la suerte de César. Éste no quiso vengarse de Atenas. Esparta fiel á la memoria de César, combatió contra Bruto, en la batalla de Filipos y Bruto habia prometido el saqueo de Lacedemonia á sus soldados si alcanzaba victoria. Los atenienses erigieron estatuas á Bruto, se unieron á Antonio, y fueron castigados por Augusto. Cuatro años antes de la muerte de este príncipe, se revelaron contra él.

Antes de J.
C. 87.

Antes de J.
C. 47.

Ces. de Bell.
civil. Dion.
Appian. Plut.
in Vit. Brut.
Antes de J.
C. 44.

Antes de J.
C. 41.

Plut. in Ant.
Antes de J.
C. 21.

Vell. Pat.
De J. C. 10.
Suet. in Aug.

Atenas permaneció libre durante el reinado de Tiberio. Los procura-

De J. C. 25.
Tit. liv. an. 4.

*

4 NUEVA DESCRIPCION

dores de Esparta sostuvieron un ligero proceso en Roma contra los mesenios, en otro tiempo sus esclavos y le perdieron. Disputaban por la posesion del templo de Diana-Limnata; precisamente de Diana, cuyas fiestas fueron el origen de las guerras de Mesenia.

De Sit. orb.
lib. 9.

Si Estrabon vivió realmente en el imperio de Tiberio, la descripcion de Esparta y de Atenas por este geógrafo deberá referirse á los tiempos de que hablamos.

De J. C. 18.
Tacit. Ann.
lib. 8.

Cuando Germánico pasó por el territorio de los atenienses, respetando su antigua gloria, se despojó de sus insignias; precediéndole solo un lictor.

De J. C. 56.
De sit. orb.
lib. 2.

Pomponio Mela escribía hácia el tiempo del emperador Claudio; y se limita á nombrar á Atenas, cuando describe la costa del Atica.

De J. C. 67.
Xiphil. in
Ner.

Neron estuvo en Grecia; pero no entró ni en Atenas, ni en Lacedemonia.

De J. C. 79.
Dio.

Vespasiano redujo la Acaya á provincia romana, y la dió por gober-

DE LA TIERRA SANTA. 5

nador un proconsul. Plinio el mayor querido de Vespasiano y de Tito, habló, reinando estos príncipes, de varios monumentos de Grecia.

Apolonio de Thyanes, durante el reinado de Domiciano, halló vigentes en Lacedemonia las leyes de Licurgo.

De J. C. 91.
Philostr. in
Vit.
Apol. Thy.

El emperador favoreció á los atenienses. Los monumentos de Herodes Atico y el viage de Pausanias vienen á ser de esta época.

De J. C. 97.
Eut. Vict.
Dio.

Plinio el menor en tiempo de Trajano, ruega á Máximo, proconsul de Acaya que gobierne á Atenas y á Grecia con suave mando.

De J. C. 115.
Plin. el men.
lib. 8 cap. 24.

Adriano restableció los monumentos de Atenas, acabó el templo de Júpiter Olímpico, edificó una nueva ciudad cerca de la antigua, é hizo que floreciesen en Grecia las ciencias, las letras y las artes.

De J. C. 134.
Dio. Espart.
Euseb.

Antonino y Marco-Aurelio colmaron á Atenas de beneficios. El último se dedicó sobre todo á volver á la Academia su antiguo esplendor:

De J. C. 176.
Capitol. Dio.

6 NUEVA DESCRIPCION

aumentó los profesores de filosofía, de elocuencia y de derecho civil, hasta el número de trece: y fueron dos platónicos, dos peripatéticos, dos estoicos, dos epicureos, dos rectores, dos profesores de derecho civil y un prefecto de la juventud. Luciano que vivía entonces dice que Atenas estaba llena de filósofos con largas barbas, mantos, báculos y *barjuletas*.

Á fines del siglo de que venimos hablando se escribió el Polihistor de Solino, quien describe varios monumentos de Grecia sin copiar por eso á Plinio el naturalista tan servilmente como muchos han querido sostener.

De J. C. 194.
Herodian,
Spart. Dio.

Severo privó á Atenas de parte de sus privilegios en castigo de haberse declarado por Pescennio Niger.

De J. C. 214.
Herodian.

Habiendo caído Esparta en el olvido, cuando aun Atenas fijaba la atención del universo, logró la estimación de Caracala, que no podremos menos de mirar como ignominiosa: este príncipe tenía en su ejército un batallón de lacedemonios y

una guardia de espartanos para su propia persona.

Habiendo invadido los escytas á Macedonia, en tiempo del emperador Galieno, llegaron á poner sitio á Thesalónica. Recelosos con esto los atenienses, prontamente procuraron reedificar los muros que Sylla habia derribado.

De J. C. 260.
Trebell. Zon.

Algunos años despues los herulos saquearon á Esparta, Corintho y Argos; pero Atenas pudo libertarse por el esfuerzo de uno de sus ciudadanos llamado Dexippo, igualmente conocido en las letras y en las armas.

De J. C. 261.
Trebell,

Entonces se abolió la dignidad de Arconte, y quedó por primer magistrado, el regidor del *agora* ó mercado público.

De J. C. 261.
Chandl. Trav.

Los godos tomaron esta ciudad reinando Claudio II. Quisieron quemar las biblitecas; pero uno de aquellos bárbaros se opuso. "Conservemos, dijo, estos libros que hacen que los griegos sean tan fáciles de vencer y los privan del amor á la gloria."

De J. C. 269.
Zon.

Poro el ateniense Cleodeno que habia escapado de las desgracias de su patria, reunió alguna tropa, acometió á los godos, mató un gran número y dispersó á los demas: haciéndoles ver con esto que la ciencia no escluye el valor.

De J. C. 323.
Liban, Or.
Zon.

Atenas se repuso prontamente de este desastre; pues se la ve poco tiempo despues ofrecer honores á Constantino, y recibir gracias. Este príncipe dió al gobernador del Atica el título de Gran-Duque: el cual, fijándose en una familia vino á ser hereditario, convirtiendo al fin la república de Solon en un principado gótico. En el concilio de Nicea hallamos un obispo de Atenas, llamado Pito.

De J. C. 337.
Eunopes.
Zon, in Const.

Constancio, sucesor de Constantino, despues de la muerte de sus hermanos Constantino y Constante hizo donacion de varias islas á la ciudad de Atenas.

De J. C. 354.
Zos. lib. 3.

Juliano, educado entre los filósofos del Portico, no pudo dejar á Ate-

nas sin derramar lágrimas de dolor. Los gregorios, los cirilos, los basilios, los crisóstomos, recibieron lecciones de sagrada elocuencia en la patria de los demóstenes.

Jul. Ep. ad.
Athen. Greg.
Cyr. Bas.
Chrys. Oper.
Ap. Bibl. Pat.

Reinando Teodosio Magno, los godos devastaron á Epiro y á Tesalia, y cuando se disponian á pasar á Grecia, fueron contenidos por Teodoro general de los aqueos, á quien agradecida Atenas levantó estatuas.

De J. C. 377.
Zos. lib. 4.
Chandl. Inscrip. ant.

Honorio y Arcadio gobernaban el imperio, cuando Alárico penetró en Grecia. Zosimo refiere que el conquistador vió al acercarse á Atenas á Minerva que le amenazaba desde lo alto de la ciudadela, y Aquiles en pie delante de las murallas. Si se ha de dar crédito al mismo historiador, Alárico no se atrevió á saquear una ciudad protegida por los héroes y los Dioses. Pero toda esta relacion parece fabulosa. Sinesio mas cercano á aquella época que Zosimo, compara á Atenas incendiada por los godos á una víctima que la llama ha devora-

De J. C. 395.
Zos. lib. 5.
Sin. Ep. Op.
omn. á Pet.
edit.

Chand-Trav.

do, y de la cual no quedan mas que los huesos. Se cree que el Júpiter de Phidias pereció en esta invasion de los bárbaros.

Corinto, Argos, las ciudades de Arcadia, de Eléa y de Laconia, sufrieron la misma suerte que Atenas. "Esparta tan famosa, dice tambien
 „Zosimo, no pudo escapar de ella;
 „sus ciudadanos la abandonaron, y
 „sus gefes le fueron traidores: sus
 „gefes viles ministros de los injustos
 „y corrompidos tiranos que entonces
 „governaban el estado."

Cuando Stilicon vino á echar á Alarico del peloponeso, acabó de arruinar tan desgraciado pais.

De J. C. 433.
Zon, in Th. II.

Athenais, hija de Leoncio el filósofo, conocida con el nombre de Eudoxia, nació en Atenas, y se casó con Teodosio el jóven (1).

(1) No se ha puesto bastante cuidado en el orden cronológico, y asi se coloca indebidamente el casamiento de Eudoxia an-

Mientras que Leoncio gobernaba el imperio de Oriente, Genserico penetró de nuevo en Acaya. Procopio no nos dice cuál fué la suerte de Esparta y de Atenas en esta nueva invasión.

De J. C. 430.
Procop. de
Bell. Vand.
L. I. cap. 5.

El mismo historiador en su *Historia Secreta* pinta en los siguientes términos los estragos causados por los bárbaros. "Desde que Justiniano gobierna el imperio, Tracia, el Quersoneso, Grecia, y todo el país que se extiende entre Constantinopla y el golfo de Jonia, han sido devas-

De J. C. 527.
Procop. cap.
18.

tes de la toma de Atenas por Alarico. Zonaras dice que Eudoxia echada de allí por sus hermanos Valerio y Genesio, se había visto obligada á huir á Constantinopla: Valerio y Genesio vivían tranquilamente en su patria, y Eudoxia los elevó á las dignidades del imperio. Toda esta historia del casamiento y de la familia de Eudoxia, parece probar que Atenas no padeció tanto cuando pasó por ella Alarico como dice Sinésio, y que Zosimo puede muy bien tener razón á lo menos en cuanto al hecho.

„tados todos los años por los antos,
 „los esclavones y los hunos. Mas de
 „doscientos mil romanos han sido
 „muertos ó hechos prisioneros en ca-
 „da invasión de los bárbaros, y los
 „países que acabo de nombrar se pa-
 „recen ya á los desiertos de Escitia.”

Procop. de E-
 dif. lib. 4,
 cap. 2.

Justiniano hizo reparar las mura-
 llas de Atenas y levantar torres en
 el istmo de Corinto. En la lista de
 las ciudades que este príncipe ador-
 nó ó fortificó, Procopio no cita á
 Lacedemonia. Se advierte que los em-
 peradores de Oriente tenían una guar-
 dia laconiana ó tzaconiana, segun la
 pronunciacion introducida entonces.
 Estas guardias armadas con picas,
 llevaban una especie de coraza ador-
 nada con figuras de leones: el sol-
 dado iba vestido de un casacon de
 paño, y cubria su cabeza con una
 capucha. El gefe de esta milicia se
 llamaba *Stratopedarcha*.

Cod. Europ.
 ap. Byz. Scrip.

El imperio de Oriente habia sido
 dividido en gobiernos llamados *The-
 mata*. Lacedemonia vino á ser heren-

cia de los hermanos ó de los hijos mayores del emperador. Los príncipes de Esparta tomaban el título de Déspotas, sus mugeres se llamaban Despenas, y el gobierno despotado. El déspota residia en Esparta ó en Corinto (1).

Aqui comienza un largo silencio en la historia sobre el pais mas famoso del universo. Spon y Chandler pierden á Atenas de vista por espacio de setecientos años: "Ya sea, dice Spon, defecto de la historia, que es corta y obscura en aquellos siglos, ó que la fortuna le haya concedido tan largo descanso." Sin embargo se descubren en el curso de estos siglos algunos rastros de Esparta y de Atenas.

Spon Viag.
tom. 2.

(1) Este título de déspota no era sin embargo peculiar al principado de Esparta, pues habia déspotas de Oriente y de Tesalia, &c. lo cual causa confusion en la historia.

De J. C. 590.
Tcoph. lib. 8.
cap. 12. ap.
Byz. Scrip.

Volvemos á hallar el nombre de Atenas en Theophylacto Simocates, historiador del emperador Mauricio. Habla de las Musas *que brillan en Atenas con sus mas ricos atavíos*, lo que prueba que por el año 590 Atenas era aun mansion de las musas.

De J. C. 650.
Raven. Anon.
lib. 4 y 6.

El anónimo de Ravena, escritor godo que vivia probablemente en el septimo siglo, nombra tres veces á Atenas en su geografía, de la que no tenemos mas que un extracto mal hecho por Galateo.

De J. C. 846.
Constant.
Porph. de
Adm. Imp.

Imperando Miguel III los esclavones se extendieron por Grecia; Theocristo los derrotó y arrojó hasta lo interior del Peloponeso. Dos hordas de estos pueblos, cuales fueron los esceritas y los milingos, se establecieron al oriente y occidente del Taygeto, que se llamaba entonces Pentadactylo. No obstante el sentir de Constantino-Porphirogenetes, estos esclavones son los ascendientes de los mainotas, y de consiguiente estos no son los descendientes de los antiguos

espartanos, como se cree actualmente sin saber que no es mas que ridícula opinion de Constantino-Porphirogenetes (1). Sin duda son estos esclavones los que mudaron el nombre de Amyclea en el de Sclabochorion.

Leemos en las obras de Leon el gramático, que los habitantes de Grecia no pudiendo sufrir las injusticias de Chases, hijo de Job y prefecto de Acaya, le apedrearon en una iglesia de Atenas reinando Constantino VII.

En tiempo de Alejo Comneno algun tiempo antes de las cruzadas vemos á los turcos talar las islas del Archipiélago y todas las costas del occidente.

En una batalla entre los pisanos y los griegos, un conde natural del Peloponeso, se distinguió por su va-

De J. C. 915.
Leon Vit.
Const. cap. 2.

De J. C. 1081.
Leo. Ann.
Comn. lib. 7.

De J. C. 1085.
Ann. Comn.
lib. II. cap. 9.

(1) La opinion de Pauw que hace descender á los Mainotas, no de los espartanos, sino de los Laconios, á quienes dieron libertad los romanos, no se funda en ninguna verosimilitud histórica.

lor ácia los años de 1085: de consiguiente el Peloponeso no tenia aun el nombre de Morea.

De J.C. 1085.
y sig. Ann.
Conn. lib. 4
5 et Glicus.

Las guerras de Alejo Comneno, de Roberto y de Boemundo, tuvieron por teatro á Epiro y Tesalia, y no se nos dice nada de la Grecia propiamente tal. Los primeros cruzados pasaron tambien á Constantinopla sin penetrar en Acaya. Pero en el reinado de Manuel Comneno, sucesor de Alejo, los reyes de Sicilia, los venecianos, los pisanos y los demas pueblos occidentales vinieron sobre el Peloponeso y el Atica. Rogerio I, rey de Sicilia, hizo venir á Palermo artesanos de Atenas, hábiles en el cultivo y trabajo de la seda. Casi por aquel tiempo fué cuando el Peloponeso mudó su nombre en el de Morea; á lo menos encuentro este nombre usado por el historiador Nicetas. Es probable que habiendo llegado á multiplicarse los gusanos de seda en el oriente, se viesen obligados á multiplicar las moreras: el Peloponeso

De J.C. 1130.

Nicet. Hist.
Bald. cap. I.

tomó su nombre del árbol que producía su nueva riqueza.

Rogerio se apoderó de Corfú, de Tebas y de Corinto, y tuvo el atrevimiento, dice Nicetas, de acometer á ciudades mas interiores del país. Pero segun los historiadores de Venecia, los venecianos socorrieron al emperador de Oriente, vencieron á Rogerio, y le impidieron tomar á Corinto. Fundáronse en este auxilio para pretender dos siglos despues tener derecho á Corinto y al Peloponeso.

De J.C. 1140.
Nicet. Man.
Comn. lib. 2.
cap. I.

Coron. p. 17.

Debemos contraer al año 1770 el viage de Benjamin de Tudela por Grecia: pasó por Patras, Corinto y Tebas, y halló en esta ultima ciudad dos mil judíos que trabajaban en las telas de seda y se ocupaban en el tinte de la púrpura.

De J.C. 1170.
Itiuer. Benj.
Tudela.

Eustatio era entonces obispo de Tesalonica, y aun se cultivaban con feliz éxito las letras en su patria, pues que este Eustatio es el célebre comentador de Homero.

Los franceses mandados por Boni-
Tomo I. 2

De J.C. 1204.

Nicet. in Bald.
Ville - Hard,
cap. 36 y sig.

facio, marques del Monferrato, y Balduino conde de Flandes; los venecianos capitaneados por Dandolo, echaron á Alejo de Constantinopla y restablecieron á Isaac Angelo en el trono; pero bien pronto se apoderaron ellos mismo del imperio. A Balduino conde de Flandes tocó el imperio, y el marques de Monferrato fué declarado rey de Tesalónica.

Nicet in Bald.
cap. 3.

Por aquellos tiempos un tirano de la Morea llamado Esguro, natural de Nápoles de Romanía, vino á sitiar á Atenas; pero fué rechazado por el arzobispo Miguel Choniato, hermano del historiador Nicetas. Este arzobispo habia compuesto un poema en el cual comparaba la Atenas de Pericles con la del siglo XII. Aun quedan algunos versos de este poema manuscrito, en 4º, número 963, página 116 en la Biblioteca Imperial.

Nicet in Bald.
cap. 4.

Algun tiempo despues Atenas abrió sus puertas al marques de Monferrato; Bonifacio dió la investidura del señorío de Tebas y de Atenas á

Othon de la Roca; los sucesores de Othon tomaron el título de duques de Atenas y de grandes *sires* ó señores de Tebas. Segun Nicetas, el marques de Monferrato penetró con sus armas hasta lo último de la Morea, y se apoderó de Argos y de Corinto, pero no pudo tomar el castillo de esta última ciudad, en el que se encerró Leon Esguro.

Mientras que Bonifacio proseguia sus triunfos, un viento favorable traia otros franceses á Modon. Godofredo de Ville-Harduin, que los mandaba, y que volvia de Tierra Santa, fué á verse con el marques de Monferrato que sitiaba á Nápoles. Habiendo tenido Godofredo buena acogida de Bonifacio, emprendió con Guillermo de Champlito la conquista de la Morea. El éxito correspondió á sus esperanzas; todas las ciudades se rindieron á los dos caballeros, excepto la de Lacedemonia donde reinaba un tirano llamado Leon Châmareto. Poco tiempo despues fué entregada la

Ville - Hard.
cap. 137. y
sig. Ducang.
Hist. Const.
lib. I.

Nicet in Bald.
cap. 9.

*

Morea á los venecianos , pues les pertenecia segun el tratado general concluido en Constantinopla entre los cruzados. El corsario genovés Leon Scutrano se apoderó por poco tiempo de Coron y de Modon; pero bien pronto le echaron los venecianos.

Coronel.
Giac. Died.
Hist. de Ven.

De J.C. 1210.
Ducange.
Hist. Const.
lib. 2.

Guillermo de Champlito tomó el título de príncipe de Acaya. Muerto Guillermo, Godofredo de Ville-Harduin, heredo los bienes de su amigo, y con esto fué príncipe de Acaya y de Morea.

De J.C. 1214.
Cantem. Hist.
del Imp. O-
tom. lib 1.

El origen del imperio otomano se contrae poco mas ó menos al tiempo de que vamos hablando. Soliman Shah salió de los desiertos de los Tártaros-Oguzios por el año de 1214, y se adelantó ácia el Asia menor. Demetrio Cantemiro que nos ha dado la historia de los turcos segun los autores originales, merece mas crédito que Paulo Jovio y los autores griegos que confunden á menudo á los sarracenos con los turcos.

Habiendo sido muerto el marques

de Monferrato, su viuda fué declarada regenta del reino de Tesalónica. Atenas cansada al parecer del mando de Othon de la Roca ó el de sus descendientes, quiso entregarse á los venecianos; pero le impidió la ejecucion de su proyecto Magaducio tirano de la Morea; probablemente esta provincia habia sacudido ya el yugo de Ville-Harduin ó de los venecianos. Este nuevo tirano Magaducio tenia bajo su mando á otros tiranos; pues ademas de Leon Esguro ya nombrado, se encuentra un pescador llamado Estevan, *signore di molti stati nella Morea*, dice Giacomo Diedo.

Died. Stor del
Rep. lib. 5.

Teodoro Láscaris reconquistó de los francos una parte de la Morea. La lucha entre los emperadores latinos de oriente y los emperadores griegos retirados al Asia, duró cincuenta y siete años. Guillermo de Ville-Hardouin sucesor de Godofredo, que habia llegado á ser príncipe de Acaya, cayó en manos de Miguel Paleologo empera-

De J.C. 1259.
Pachy. lib. 1.
3 y 5. Du-

cang. Hist.
Const. lib. 5.

dor griego, el cual volvió á entrar en Constantinopla en el mes de agosto de 1261. Para obtener su libertad Guillermo cedió á Miguel las plazas que poseia en la Morea, se las habia quitado á los venecianos y á los príncipes pequeños que se levantaban y desaparecian á menudo: estas plazas eran Monembasia, Maina, Hierazea y Misitra. Es la primera vez que se lee el nombre de Misitra: Pachymerio le cita sin hacer reflexion alguna, sin admirarse ni casi advertirlo, como si esta Misitra, pequeño señorío de un caballero frances, no fuese la heredera de Lacedemonia.

Hemos visto un poco antes aparecer Lacedemonia bajo su antiguo nombre, cuando estaba gobernada por Leon Chamareto: Misitra fué pues por algun tiempo contemporánea de Lacedemonia.

Guillermo cedió ademas al emperador Miguel, Anaplion y Argos; pero el pais de Ciusterna permaneció

en litigio. Guillermo es aquel mismo príncipe de la Morea de quien habla el *Sire de Joinville*.

Joinv. Hist.
de S. Luis.
Ducange.
Anot.

Vino con doradas armas, el que príncipe es de Morea.

Diedo Stor.
della Rep. de
Ven. lib. 6.

Diedo le llama Guillermo *Villa*, quitándole la mitad del nombre.

Pachym.
lib. 2.

Pachimerio nombra por este tiempo á un cierto Teodosio religioso de Morea, el cual dice el historiador, era *descendiente de los príncipes de aquel pais*: hallamos tambien á una de las hermanas de Juan heredero del trono de Constantinopla, casarse con Mateo de Valincourt, *frances venido de la Morea*.

Miguel hizo equipar una escuadra, y reconquistó las islas de Naxôs, de Paros, de Ceos, de Caristo y de Orea; se apoderó al mismo tiempo de Lacedemonia, que por consiguiente es distinta de Misitra, cedi- da al emperador por el rescate del príncipe de Acaya. Vemos á los lacedemonios servir en la escuadra de Miguel, y dicen los historiadores que

De J.C. 1263.
Pachym
lib. 3.

Pachym. lib. 3. habian sido llevados á Constantino-
pla, en consideracion á su valor.

De J.C. 1269. El emperador hizo en seguida la
Pachym. guerra á Juan Ducas Sebastocrator
lib. 4. que se habia sublevado contra el im-
perio: este Juan Ducas era hijo na-
tural de Miguel déspota de Occiden-
te. Miguel le sitió en la ciudad de
Duras. Juan halló medio de huir á
Tebas, donde reinaba un príncipe,
el Sire Juan, al que Pachimerio llama
gran-señor de Tebas, y que tal vez
era descendiente de Othon de la Ro-
ca. Este *sire Juan* hizo que se casase
su hermano Guillermo con la hija de
Juan, bastardo del déspota de Occi-
dente.

De J.C. 1275. Seis años despues, un príncipe des-
Pachym. cendiente de la *ilustre familia de los*
lib. 5. *príncipes de Morea*, disputó á Veceo
el patriarcado de Constantinopla.

Muerto Juan, príncipe de Tebas,
le heredó su hermano Guillermo, el
cual vino á ser tambien por su muger
nieta del déspota de Occidente, prin-
cipe de una parte de Morea; pues el

déspota de Occidente á despecho de los venecianos y del príncipe de Acaya, se habia apoderado de tan hermosa provincia.

Andrónico, despues de la muerte de Miguel su padre, ascendió al trono de Oriente. Nicéforo, déspota de Occidente é hijo de aquel Miguel, déspota, que habia conquistado la Morea, siguió á Miguel, emperador, al sepulcro y dejó por heredero á un hijo llamado Tomas y una hija llamada Itamara. Ésta se casó con Filipo, nieto de Carlos Rey de Nápoles; y le llevó en dote varias ciudades y gran estension de pais. Es pues probable que entonces los sicilianos tuvieron algunas posesiones en Morea.

Por este tiempo, encuentro una princesa de Acaya, viuda y de avanzada edad á la que Andrónico queria casar con su hijo Juan, déspota: esta princesa era tal vez la hija ó la misma muger de Guillermo, príncipe de Acaya, á quien hemos visto en guerra contra Miguel, padre de Andrónico.

De J.C. 1293.
Pachym. l. 9.

De J.C. 1300.
Pachym. 116.

De J.C. 1305.
Pach. lib. 11.

Algunos años despues un terremoto destruyó á Modon y muchas ciudades de Morea.

De J.C. 1312.
Pach. lib. 11.

Entonces vió Atenas llegarle de Occidente nuevos soberanos. Los catalanes, buscando aventuras capitaneados por Ximenez y Roger de Lauria y Berengario vinieron á ofrecer sus brazos al emperador de Oriente. Descontentos de Andrónico, volvieron sus armas contra el imperio. Talaron á Acaya y conquistaron á Atenas. Entonces fué y no antes cuando se ve reinar allí á Delves príncipe de la casa de Aragon. La historia no dice si halló á los herederos de Othon de la Roca en posesion de Atica y de Beocia.

Pacif. notiz.
del duc. de
Aten. Farnel.
Aten. Attic.
Spon. tom. 1
Chandl. t. 2.

Cant. hist. del
Imp. Otom.
lib. 2.

La invasion de la Morea por Amurates, hijo de Orcan, debe colocarse en la misma época: se ignora cuál fué el éxito de esta invasion (1).

(1) Se encuentran algunas noticias de esta invasion en Cantacuzeno lib. 1, cap. 39.

Los emperadores Juan Paleologo y Juan Cantacuzeno quisieron llevar la guerra á Acaya, incitados por el obispo de Coronea y por Juan Sidero gobernador de muchas ciudades. El gran duque Apocauco, que se habia revelado contra el emperador, taló la Morea llevándolo todo á sangre y fuego.

De J.C. 1336.
Cantacuz. 1.3
cap. 11.

Rainerio Acciajouli, Florentino, echó á los catalanes de Atenas, y gobernó la ciudad por algun tiempo; mas no teniendo herederos legítimos la dejó en su testamento á la república de Venecia; pero Antonio, su hijo natural, al cual habia colocado en Tebas, despojó á los venecianos de la herencia.

De J.C. 1342.
Cantacuz. 1.3
cap. 71.

Antonio, príncipe de Atica y de Beocia, tuvo por sucesor á uno de sus parientes llamado Nerio, el cual fué echado de sus dominios por su hermano Antonio II, y no volvió á ellos hasta despues de muerto el usurpador.

De J.C. 1370.
Pacif. notiz.
del duc. de
Atic. Fanell.
Aten. Atic.
Mart. Crus.
lib 2. Spon,
Chandl. etc.

De J.C. 1390.
hasta 1400.
Auet. sup.cit.

Bayaceto estremecía entonces á Europa y á Asia y amenazaba arrojar-

se sobre Grecia. Pero no hallo en ninguna parte que se apoderase de Atenas, como dicen Spon y Chandler; los cuales han confundido ademas el orden de los tiempos haciendo llegar á los catalanes al Atica despues de la supuesta entrada de Bayaceto.

Sea como fuese, el terror que este príncipe causó en toda Europa produjo uno de los acontecimientos mas particulares de la historia. Teodoro Porphirogenes, déspota de Esparta, era hermano de Andrónico y de Emanuel, sucesivamente emperadores de Constantinopla. Bayaceto amenazaba invadir la Morea, y Teodoro creyendo que no podria defender su principado, quiso venderle á los caballeres de Rodas. Filiberto de Naillac, prior de Aquitania y gran maestro de Rodas, compró en nombre de su orden, el despotado de Esparta. Envió á dos caballeros franceses, que fueron Raymundo de Leytoure, prior de Tolosa y Elias del Foso, comendador de santa Maxencia á tomar po-

De J.C. 1400.
Hist. de los
cab. de Mal.
La Guillet.
Laced. ant. y
mod.

sesion de la patria de Licurgo. Se rompió el contrato, porque Bayaceto, obligado á pasar á Asia cayó en manos de Tamerlan. Los dos caballeros que se habian fijado ya en Corinto, entregaron esta ciudad y Teodoro volvió el dinero que habia recibido en pago de Lacedemonia.

El sucesor de Teodoro fue otro Teodoro, sobrino del primero é hijo del emperador Manuel. Teodoro II se casó con una italiana de la casa de Malatesta. Los cabezas de esta ilustre casa tomaron mas adelante, con motivo de esta alianza, el título de duques de Esparta.

Teodoro dejó á su hermano Constantino, apellidado Dragazés, el principado de Laconia. Este Constantino, que ascendió al trono de Constantinopla, fue el último emperador de Oriente.

Cuando no era mas que príncipe de Lacedemonia, Amurates II invadió la Morea, y se apoderó de Atenas. Pero esta ciudad volvió bien pron-

De J.C. 1410.
Marl. Crus.
Turco. Græc.
lib. 2. Guil.
Lacedem. ant.
y mod.

De J.C. 1420.
Cantem. hist.
Otom. lib. 2.

to al dominio de la familia de Rainerio Acciajouli.

De J. C. 1444.
 Cantem, hist.
 Otom. Mart.
 Crus. Turco.
 Græc. lib. 1.
 Fanel, Aten.
 Atic. Pacif.
 notiz. del duc.
 de Aten. S-
 pon. Chandl.

El imperio de Oriente habia acabado, y los últimos restos de la grandeza romana acababan de desvanecerse; Mahometo II habia entrado en Constantinopla. Grecia aunque amenazada de próxima esclavitud no sufría todavía las cadenas que se apresuró á pedir á los musulmanes. Franco, hijo del segundo Antonio, llamó á Mahometo á Atenas para despojar á la viuda de Nerio del mando (1). El Sultán que se aprovechaba de estas disputas domésticas para aumentar su poder, favoreció el partido de Franco y desterró á la viuda de Nerio á Megara. Franco la hizo envenenar. Esta desgraciada princesa tenia un hijo joven, el cual se quejó tambien á Mahometo y éste vengador del crimen por interes propio,

(1) Se ignora la época de la muerte de Nerio.

despojó de Atica á Franco dejándole solo á Beocia; así pues Atenas sufrió el yugo de los bárbaros en 1455, y se asegura que agradó tanto esta ciudad á Mahometo que no la saqueó, y que recorrió con cuidado la ciudadela.

De J.C. 1455.

De J.C. 1458.

Libertó de todo impuesto el convento de Cyriani situado sobre el monte Hymeto, porque su abad fué quien le presentó las llaves de la ciudad. Poco tiempo despues hizo dar muerte á Franco Acciauoli por haber conspirado contra su antoridad.

No nos queda mas que conocer cual fué la suerte de Esparta ó mas bien de Misitra. Ya he dicho que la gobernaba Constantino Dragazés. Cuando este príncipe pasó á Constantinopla á tomar posesion de la corona imperial que perdió con la vida, dividió la Morea entre sus dos hermanos Demetrio y Tomas. Dió Misitra á Demetrio y Corinto á Tomas. Los dos hermanos se declararon guerra, y ambos acudieron á Mahometo asesino de su familia y destruc-

De J.C. 1460.

Chaleond.
 hist. Turco.
 lib. 10. Ducas.
 hist. cap. 45.
 Sansow. Ann.
 Turc. Mart.
 Crus. Turc.
 Græc. lib. 1.

tor de su imperio. Los turcos echaron de Corinto á Tomas el cual huyó á Roma, llevándose las reliquias de san Andrés, que robó á la ciudad de Patras. Mahometo pasó en seguida á Misitra y engañó al gobernador para que le entregase la ciudadela, haciéndole luego aserrar por enmedio del cuerpo: desterró á Andrino- poli á Demetrio, y se casó con su hija, no cohabitando con ella parte por respeto, parte por temor.

De J.C. 1463.
Guillet. Laced
ant. y mod.

Tres años despues de este suceso, Segismundo Malatesta príncipe de Rimini, vino á poner sitio á Misitra: se apoderó de la ciudad, pero no pudo tomar el castillo, y así se retiró á Italia.

De J.C. 1464.
Chandl. Trav.

Los venecianos desembarcaron en el Pireo en 1464, sorprendieron á Atenas, la saquearon y se refugiaron á Eubea con su botin.

De J.C. 1555,
Cantem. hist.
Otom. lib. 3.
Coron Desc.
de la Morea.

En el reinado de Soliman I talaron la Morea y se apoderaron de Coron; pero poco despues fueron espulsados por los turcos.

Los venecianos conquistaron de nuevo á Atenas y toda la Morea en 1688; volvieron á perder la primera casi al momento, pero conservaron la segunda hasta el año 1715, en que volvió á poder de los musulmanes. Cuando Catalina II tuvo arte para sublevar al Peloponeso, indujo á este desgraciado pais á que hiciese el último é inútil esfuerzo en favor de su libertad.

De J.C. 1688.
Auct. sup.cit.

De J.C. 1770.
Choiseul Via.
de Grecia.

No he querido mezclar con los datos históricos los de los viages á Grecia. Solo he citado el de Benjamin de Tudela: pues sube á tan remota antigüedad, y nos dice tan poco, que sin inconveniente podia comprenderse en la serie de los anales. Pasemos ahora á la cronología de los viages y de las obras geograficas.

Cuando Atenas, esclava de los musulmanes desaparece de la historia moderna, vemos comenzar para esta ciudad un nuevo lustre mas digno de su antigua fama: dejando de ser el patrimonio de algunos príncipes des-

De J.C. 1465,
Francisco
Giambetti.

conocidos, recobró, por decirlo así, su antiguo imperio y atrajo ácia sus venerables ruinas á todas las artes. Por el año 1465. Francisco Giambetti dibujó algunos monumentos de Atenas. El manuscrito de este arquitecto estaba en vitela, y se veía en la Biblioteca Barberini en Roma. Contenia entre otras cosas curiosas, el diseño de la torre de los *Vientos*, en Atenas, y el de las ruinas de Lacedemonia á cuatro ó cinco millas de Misitra: Spon observa con este motivo que Misitra no ocupa el mismo sitio de Esparta, como lo habia dicho Guillet, siguiendo á Sophiano, Niger y Ortelio. Spon añade: "Considero el manuscrito de Giambetti, tanto mas curioso, quanto que los diseños han sido sacados antes que los turcos se hubiesen hecho dueños de Grecia, y hubiesen arruinado varios monumentos hermosos que permanecian intactos." La observacion es exacta en quanto á los monumentos, pero falsa en quanto á las

fechas; pues los turcos eran ya dueños de Grecia en 1465.

Nicolás Gerbel publicó en Basilea en 1550 su obra titulada: *Pro declaratione picturæ, sive descriptionis Græciæ Sophiani libri septem*. Esta descripción, excelente para el tiempo en que se escribió, es clara, breve é importante. Gerbel solo habla de la antigua Grecia; en cuanto á Atenas moderna dice: *Æneas Silvius Athenas parvi oppiduli speciem gerere dicit, cujus munitissimam adhuc arcem Florentinus quidam Mahometi tradiderit, ut nimis verè Ovidius dixerit.*

De J.C. 1550,
Gerbel.

Quid Pandionis restant, nisi nomen, Athenæ? Orerum humanarum miserabiles vices! O tragicam humanæ potentis permutationem! Civitas olim muris, navalibus, ædificiis, armis, opibus, viris, prudentia, atque omni sapientiâ florentissima, in oppidulum, seu potius vicum, redacta est. Olim libera, et suis legibus vivens; nunc immanis bellis, servitutis jugo

*

obstricta. Proficiscere Athenas, et pro magnificentissimis operibus videto rudera, et lamentabiles ruinas. Noli, noli nimium fidere viribus tuis; sed in eum confidito qui dicit: Ego Dominus Deus vester.

Esta apóstrofe de un sabio anciano y respetable, á las ruinas de Atenas, no puede menos de enternecer, moviéndonos á manifestar el mayor agradecimiento á unos hombres que nos han abierto el camino de la admirable antigüedad.

De J.C. 1554.
Dupinet.

Dupinet decia que Atenas no era mas que un lugarejo, expuesto á la voracidad de las zorras y de los lobos.

De J.C. 1557.
Laurenberg.

Laurenberg, en su descripcion de Atenas exclama: *Fuit quondam Græcia, fuerunt Athenæ: nunc neque in Græcia Athenæ, neque in ipsa Græcia Græcia est.*

De J.C. 1578.
Ortelio.

Ortelio, apellidado el Ptolomeo de su tiempo, dió algunas noticias sobre la Grecia en su *Theatrum orbis terrarum*, y en su *Symonyma Geographia*, reimpressa con el titulo de *The-*

saurus Geográficus; pero confunde indebidamente á Esparta con Misitra: creia tambien que en Atenas no quedaban mas que un castillo y algunas chozas. *Nunc casulae tantum supersunt quædam.*

Martin Crusio, profesor de griego y latin en la Universidad de Tübinga, ácia fines del siglo XVI, se informó detenidamente de la suerte del Peloponeso y del Atica. Sus ocho libros intitulados *Turcogræcia*, dan razon del estado de Grecia desde el año de 1444, hasta el tiempo en que Crusio escribia. El libro primero contiene la historia política, y el segundo la eclesiástica de tan interesante pais: los otros seis libros contienen cartas de varios griegos modernos dirigidas á diferentes personas. Dos de estas cartas contienen algunas noticias acerca de Atenas, que merecen ser conocidas.

De J.C. 1584.
Crusio
Krams.

Zygomalas.

*Al docto Martin Crusio, profesor de
literatura griega y latina en la
Universidad de Tubinga, y muy ama-
do en Jesucristo.*

.....

“ Como he nacido en Nauplia,
ciudad del Peloponeso, poco distan-
te de Atenas, he visto muchas ve-
ces esta última ciudad. He recorri-
do cuidadosamente sus monumentos
cuales son el Areopago, la antigua
Academia, el Liceo de Aristóteles,
y en fin el Panteon. Este edificio es
el mas elevado y sobrepuja á todos
los demas en hermosura. En su par-
te exterior y todo al rededor, se
ve representada en relieve la histo-
ria de los griegos y de los Dioses.
Se advierte sobre todo encima de la
puerta principal unos caballos que
parecen vivos, y que se les creeria
oir relinchar: se dice que son obra
de Praxiteles, y pareceria que se
habia comunicado á la piedra todo
el talento del artista. Hay en este

„sitio otras varias cosas dignas de
 „ser vistas. No hablo de la colina
 „opuesta, en la cual crecen toda cla-
 „se de hierbas útiles en medicina, y
 „á la que llamo el jardin de Adonis.
 „No hablo tampoco de la suavidad
 „del aire, de las buenas aguas, y
 „de otras preciosidades de Atenas:
 „de donde proviene que sus habitan-
 „tes, no obstante haber caido en la
 „barbarie, conservan todavia algun
 „recuerdo de lo que fueron. Se dis-
 „tinguen por la pureza de su lengua-
 „ge: pues como sirenas encantan á
 „los que los escuchan con la variedad
 „de sus acentos.... Pero por qué he
 „de seguir hablando de Atenas? la
 „piel del animal queda; pero el ani-
 „mal pereció.” Constantinopla 1575.

Siempre vuestro amigo.

Teodoro Zygomalas.

Protonotario de la iglesia mayor de
 Constantinopla.

Esta carta contiene muchos errores; pero es preciosa por la antigüedad de su fecha. Zygomalas dió á conocer la existencia del templo de Minerva que se creía destruido, y al que llama sin razon el Panteon.

Cabasilas.

La segunda carta escrita á Crusio por un tal Cabasilas, de la ciudad de Acarnania, añade alguna cosa á las noticias del protonotario.

“Atenas se componia en otro tiempo de tres partes igualmente pobladas. Hoy dia la primera parte situada en un parage elevado, comprende la ciudadela y un templo dedicado al Dios Desconocido: en esta primera parte habitan los turcos. Entre ésta y la tercera se halla la segunda donde residen los cristianos. Despues de esta segunda parte, se sigue la tercera, sobre cuya puerta se lee esta inscripcion:

ESTA ES ATENAS
LA ANTIGUA CIUDAD DE TESEO.

“En esta última parte se ve un

„palacio cubiertas sus paredes de grandes marmoles, y sostenido por columnas. Tambien se ven casas habitadas. Todo el circuito de la ciudad puede ser de seis á siete millas, y contiene como doce mil habitantes.”

Simeon Cabasilas.

de la ciudad de Acarnania.

Se pueden notar cuatro cosas importantes en esta descripción: 1.º el Partenon habia sido dedicado por los cristianos al Dios Desconocido de San Pablo. Spon se burla sin motivo de Guillet sobre esta dedicatoria; pero Deshayes la ha citado en sus Viajes. 2.º El templo de Júpiter Olímpico, que es el palacio de mármol, subsistia casi entero en tiempo de Cabasilas: los demas viajeros solo han visto sus ruinas. 3.º Atenas estaba dividida como en el dia; pero contenia doce mil habitantes, y ya no tiene mas que ocho mil. Se veían varias casas ácia el Templo de Jú-

pter Olímpico; pero esta parte de la ciudad está actualmente desierta. 4.º En fin, la puerta con la inscripcion:

ESTA ES ATENAS
ANTIGUA CIUDAD DE TESEO,

Se ha conservado hasta nuestros días: Se lee en la otra fachada por el lado del Andrianopolis ó la *Athene novæ*.

ESTA ES LA CIUDAD DE ADRIANO
Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Antes de publicarse la obra de Martin Crusio, Belon habia dado á luz en frances (1555) sus *Observaciones de varias particularidades, y cosas memorables halladas en Grecia*. No he citado su obra, porque este sabio botánico no recorrió mas que las islas del Archipiélago, el monte Athos, y una pequeña parte de Tracia y de Macedonia.

Belon.

De J.C. 1625.
Deshayes.

D'Anville con sus comentarios,

ha dado celebridad á los trabajos literarios de Deshayes acerca de Jerusalem ; pero generalmente ignora que este Deshayes es el primer viajero moderno que nos ha hablado de la Grecia propiamente tal: su embajada á Palestina ha hecho olvidar su viage á Atenas. Estuvo en esta ciudad entre los años de 1621 y 1630. Los apasionados al estudio de las antigüedades no dejarán de complacerse de ver copiado aqui el artículo original del primer viage á Atenas ; pues las cartas de Zygomalas y de Cabasilas, no pueden llamarse relacion de un viage.

„De Megara hasta Atenas no hay
 „mas que una corta jornada, que
 „nos duró menos tiempo que si hu-
 „biésemos caminado dos leguas: no
 „hay bosque alguno que recree mas
 „la vista que este hermoso camino:
 „se anda por una gran llanura cu-
 „bierta de olivos y naranjos, se de-
 „ja el mar á mano derecha, y las
 „colinas á mano izquierda, y de es-

»tas colinas se derraman mil crista-
»linos arroyos, en tal manera que
»parece que la naturaleza se ha es-
»forzado en hacer á este pais el mas
»delicioso del mundo.

»La ciudad de Atenas está situa-
»da en el declive, y al redeñor de
»una roca que se eleva sobre la lla-
»nura, la cual termina en el mar
»que tiene al mediodia, y por el
»otro lado en magestuosas montañas
»que la cierran por el lado del sep-
»tentrion. No es ni la mitad de gran-
»de que lo era en otro tiempo, como
»puede verse por las ruinas, á quien
»el tiempo no ha hecho tanto daño,
»cuanto la barbarie de las naciones
»que tantas veces han saqueado y des-
»truido esta ciudad. Los edificios an-
»tiguos que aun subsisten, demues-
»tran la magnificencia de sus due-
»ños, pues que prodigaron las co-
»lumnas, pilastras y demas adornos
»de mármol. Sobre la roca se levan-
»ta el castillo que aun conservan y
»defienden los turcos. Entre varios

»edificios antiguos, sobresale un tem-
»plo que permanece tan entero é in-
»tacto como si se acabase de hacer:
»su orden y estructura son admira-
»bles, su forma es ovalada, y tanto
»por fuera como por dentro está sos-
»tenido en tres filas de columnas de
»mármol con sus bases y chapiteles:
»detras de cada columna, hay una
»pilastra del mismo orden y propor-
»cion. Los cristianos del país dicen
»que este templo es el mismo que
»estaba dedicado al Dios Desconoci-
»do, y en el cual predicó San Pa-
»blo; ahora sirve de mezquita y los
»turcos van á él á hacer sus oracio-
»nes. Esta ciudad goza de un temple
»muy suave, y los astros mas malé-
»ficos pierden sus malas influencias
»cuando miran á este país: lo que
»puede conocerse facilmente, tanto
»por su fertilidad, quanto por los
»mármoles y piedras, las cuales des-
»pues de tanto tiempo como hace
»están expuestas al aire, no están
»ni deterioradas ni gastadas. Puede

„uno dormir en el campo con la ca-
„beza descubierta, sin sentir inco-
„modidad alguna; en fin, el aire
„que se respira, es tan agradable y
„templado, que se advierte una gran
„mudanza cuando uno se aleja de él.
„En cuanto á los habitantes de este
„país, todos son griegos, que son
„tratados cruel y barbaramente por
„los turcos que viven allí, aunque
„estos sean en corto número. Hay
„un cadí, para la administracion de
„justicia, una especie de preboste
„llamado *soubachy*, y algunos geni-
„zaros que vienen de Constantinopla
„de tres en tres meses. Todos estos
„oficiales hicieron muchos honores
„al señor Deshayes cuando pasamos
„por allí, y todos los gastos de la
„embajada los costeó el Gran-Señor.
„Saliendo de Atenas se atraviesa
„por la gran llanura que está toda
„cubierta de olivos y regada por mu-
„chos arroyuelos que aumentan su fer-
„tilidad. Despues de haber caminado
„como una hora larga se llega á la mari-

una, donde hay un gran puerto muy
 excelente, el cual en otro tiempo
 se cerraba con una cadena: los na-
 turales del país le llaman puerto
 Leon, á causa de un gran Leon de
 piedra que aun subsiste; pero los
 antiguos le llamaban el puerto del
 Pireo, y es donde los atenienses reu-
 nian sus escuadras, para embarcar-
 se en ellas.”

Es notable la ignorancia del se-
 cretario de Deshayes (pues no es el
 mismo Deshayes quien escribe); pero
 se advierte la admiracion profunda
 que causaba el aspecto de los monu-
 mentos de Atenas, cuando el mas
 hermoso subsistia aun en todo su es-
 plendor.

El establecimiento de los consula-
 dos franceses en Atica, es anterior
 algunos años al viage de Deshayes.

Creí al principio que Stochove ha-
 bia visto á Atenas en 1630; pero
 confrontando su texto con el de
 Deshayes, me he convencido de que
 el caballero flamenco no habia hecho

Cónsules
 franceses.

De J.C. 1630.
 Stochove.

mas que copiar al embajador frances.

De J.C. 1636.
Ant. Pacif.

El padre Antonio Pacífico dió en 1636, en Venecia su *Descripcion de la Morea*: obra escrita sin método, y en la cual se confunde á Esparta con Misitra.

De J.C. 1645.
Misioneros.

Algunos años despues vemos llegar á Grecia aquellos misioneros que llevaban á todos los paises el nombre, la gloria y el amor de Francia. Los jesuitas de Paris se establecieron en Atenas por el año 1645; los capuchinos se fijaron en 1658 y en 1669, y el padre Simon compró la *Linterna de Demóstenes*, para servir de hospederia á los viajeros.

De J.C. 1668.
De Mon-
ceaux.

De Monceaux recorrió la Grecia en 1668: tenemos el extracto de su *Viaje*, impreso á continuacion del de Bruyn. Ha descrito antigüedades, sobre todo de Morea, de las que ya no queda rastro alguno. De Monceaux viajaba con Mr. l' Aisne, por orden de Luis XIV.

De J.C. 1672.
El padre Ba-
lin.

Las caritativas ocupaciones de los misioneros no les impedian ocuparse

en trabajos que podian ser útiles y honoríficos á su patria: el padre Babin, jesuita, dió en 1672 una *Relacion del estado actual de la ciudad de Atenas*, de la que fué editor Spon: hasta entonces no se habia visto una obra tan completa y exacta sobre las antigüedades de Atenas.

Mr. de Nointel embajador frances cerca de la Puerta, pasó por Atenas en el año 1674: le acompañaba el sabio orientalista Galland, quien hizo dibujar los bajos relieves del Parthenon. Estos bajos relieves perecieron ya, por lo que se hacen muy apreciiables los dibujos citados; pero aun estos no se han dado á luz, excepto el del frontispicio del templo de Minerva (1).

De J.C. 1674.
Nointel y Galland.

Guillet publicó en 1675, bajo el nombre de su supuesto hermano la Guilletiere, la *Atenas antigua y mo-*

Guillet ó la Guilletiere.

(1) Puede verse en el Atlas de la nueva edicion francesa del viage de Anachársis.

derna. Esta obra que no es mas que una novela, produjo gran disputa entre los anticuarios. Spon descubrió los errores é imposturas de Guillet: agraviado éste escribió una carta en forma de diálogo, contra los viages del médico leonés. Entonces Spon no guardó ya mas consideraciones; y probó que Guillet ó la Guilletiere no habia puesto jamas los pies en Atenas; que habia compuesto su rapsodia, valiéndose de memorias pedidas á nuestros misioneros, y presentó una lista de las preguntas hechas por Guillet á un capuchino de Patras: en fin, publicó un catálogo de ciento doce errores muy notables cometidos por el autor de *Atenas antigua y moderna* en su obra ó novela.

Guillet ó la Guilletiere no merece pues ninguna confianza como viajero; pero su obra si atendemos á la época en que la publicó, no deja de tener algun mérito. Guillet aprovechó las noticias que le comunicaron los padres Simon y Bernabé, ambos mi-

sioneros en Atenas; y cita un monumento que es el *Phanari tou Diogenis*, el cual no existia ya en tiempo de Spon.

El viage de Spon y de Wheler, ejecutado en los años 1675 y 1676, se publicó en 1678.

De J.C. 1676.
Spon y VVhe-
ler.

Todo el mundo conoce el mérito de esta obra, donde con una crítica hasta entonces desconocida, se tratan las materias pertenecientes á las nobles artes y á las antigüedades. El estilo de Spon es pesado é incorrecto; pero tiene aquella sencillez y franqueza que corresponde á las producciones de su siglo.

El conde de Winchelsea embajador de la corte de Londres, estuvo en Atenas en el mismo año de 1676, y se llevó á Inglaterra algunos trozos de escultura.

De J.C. 1676.
VVinchelsea.

Mientras que todas las investigaciones se dirigian ácia el Atica, se olvidaba la Laconia. Guillet, animado con el despacho de sus primeras imposturas, dió en 1676, su obra

De J.C. 1676.
Guillet ó la
Guilletiere.

*

de *Lacedemonia antigua y moderna*. Meursio habia publicado sus diferentes tratados, de *Populis Atticæ*, de *Festis Græcorum*, &c. &c.; proporcionando de este modo un almacén completo de erudición á quien quisiese hablar de Grecia. La segunda obra de Guillet está llena de enormes errores en cuanto á las localidades de Esparta. El autor quiere absolutamente que Misitra sea Lacedemonia, y él es el que ha extendido tan grande equivocación. "Sin embargo, dice Spon, Misitra no está en el mismo parage en que estuvo Esparta, lo sé por Mr. Giraud, Mr. Vernon y otros, &c."

Giraud.

Hacia veinte años que Giraud era cónsul de Francia en Atenas, cuando Spon viajaba por Grecia, y sabia el turco, el griego vulgar y el literal. Habia comenzado una descripción de la Morea; pero como pasó al servicio de la Gran-Bretaña, es probable que sus manuscritos habrán ido á parar á aquel país.

No queda de Vernon (1) viajero inglés, mas que una carta impresa en las *Philosophical Transactions*, en 24 de abril de 1676: en ella Vernon indica rapidamente sus observaciones en Grecia.

“Esparta dice, es un desierto: Misitra que no dista mas que cuatro millas, está habitada. Se ven en Esparta casi todas las paredes de las torres y los cimientos de los templos, con varias columnas derribadas, como tambien sus chapiteles. Aun subsiste un teatro entero. En otro tiempo tuvo cinco millas de circuito, y está situada á medio cuarto de legua del rio Eurotas (2).”

Debe observarse que Guillet indica en el prólogo de su última obra varias memorias manuscritas sobre

(1) Spon escribe casi siempre *Vernhum*. Esta geografia no es inglesa.

(2) Me sirvo de la traduccion de Spon, porque carezco del original

Lacedemonia. "Las menos defectuo-
sas, dice, se hallan en poder de
"Mr. Sain-Challier, secretario de
"la embajada de Francia en el Pia-
"monte."

Hemos llegado á otra época de la historia de Atenas. Los viajeros que hemos citado hasta ahora, habian visto intactos algunos de los mas sublimes monumentos de Pericles: pero Pococke, Chandler y Leroi, solo pudieron admirar ruinas. En 1687, mientras que Luis XIV hacia erigir la columnata del Louvre, los venecianos derribaban el templo de Minerva. Hablaré en el itinerario de este deplorable acontecimiento, fruto de las victorias de Koningsmarck y de Morosini.

De J.C. 1687.

Pedro Pacifico.

En este mismo año de 1687 se publicó en Venecia la *noticia del Ducato de Atene*, de Pedro Pacifico: obra superficial, sin crítica y sin sabias investigaciones.

De J.C. 1688.
Coronelli.

El padre Coronelli, en su *Descripcion geográfica de la Morea reconquis-*

tada por los venenecianos, ha manifestado mucha erudicion; pero nada nos dice de nuevo, y tampoco podemos fiarnos en sus mapas y en sus citas. Forman un contraste bastante notable las cortas proezas que refiere con los célebres parages en que se ejecutaron. Sin embargo hallamos entre los héroes de esta conquista un príncipe de Turena que combatió cerca de Pylos, dice Coronelli con aquel valor propio de toda su familia. Coronelli confunde á Esparta con Misisitra.

La *Atene Attica* de Fanelli principia su historia de Atenas desde el origen de esta ciudad, y la continúa hasta la época en que escribe su obra. Sin embargo tiene poco mérito en cuanto á antigüedades, aunque se encuentran noticias curiosas sobre el sitio de Atenas por los venecianos en 1687, y un plano de esta ciudad, del cual parece se aprovechó Chandler.

Fanelli.

Paulo Lucas es célebre entre los

De J.C. 1704.
Paulo Lucas.

viageros, cosa que me causa admiracion. Seguramente que divierten los cuentos que inventa: las batallas que sostiene él solo contra cincuenta ladrones, los disformes huesos que encuentra á cada paso, las ciudades de gigantes que descubre, las tres ó cuatro mil pirámides que halla en un gran camino, y que nadie habia visto antes, pueden ser patrañas entretenidas; pero estropea todas las inscripciones que copia, son continuos sus plagios, y su descripcion de Jerusalem es copiada palabra por palabra de la de Deshayes; en fin, habla de Atenas como si jamas la hubiese visto, y asi lo que dice de ella es uno de los cuentos mas grandes que jamas se haya atrevido á inventar un viagero. Oigámosle pues.

“Sus ruinas, como puede advertirse, son la parte mas notable. En efecto, aunque hay muchas casas, y el clima es muy sano, no hay casi habitantes. Se goza de una comodidad que no se encuentra en nin-

„guna otra parte; habita en ellas el
„que se le antoja y de balde. Además,
„si esta célebre ciudad es entre to-
„das las antiguas la que ha dedicado
„mayor número de monumentos á la
„posteridad, se puede decir que la
„bondad de su clima ha conservado
„mas que en ningun otro parage del
„mundo, á lo menos de los que he
„visto. Parece que en otras partes se
„han complacido los hombres en der-
„ribarlo todo, y la guerra ha causa-
„do estragos que arruinando los pue-
„blos, han desfigurado su mas bellos
„edificios. Solo Atenas, sea por ca-
„sualidad, sea por el respeto que na-
„turalmente se debe tener á una ciu-
„dad que fué mansion de las cien-
„cias, por lo cual es amada de todo
„el mundo, Atenas digo, ha sido la
„única que ha escapado de la uni-
„versal destruccion: se encuentran
„por todas partes prodigamente der-
„ramados mármoles de una hermo-
„sura y tamaño extraordinarios, co-
„lumnas de granito y de jaspe.”

Nada de esto es verdad; Atenas está muy poblada; las casas no se dan de balde; no se encuentran á cada paso columnas de granito y de jaspe; en fin, diez y siete años antes del de 1704, los monumentos de esta célebre ciudad habian sido derribados por los venecianos. Lo mas extraño es que se poseían ya los diseños de Mr. de Nointel y el viage de Spon, cuando Paulo Lucas imprimió esta relacion digna de las *Mil y una noches*.

De J.C. 1718.
Pelegrin.

La Relacion del viage del señor Pelegrin al reino de Morea, es de 1718. El autor parece haber sido hombre de poca instruccion y menos talento: su miserable folleto que consta de ciento ochenta y dos páginas es una coleccion de anécdotas amorosas, canciones y otros malos versos. Los venecianos habian quedado dueños de la Morea desde el año 1685, y la perdieron en 1715. Pelegrin ha dado la historia de esta última conquista de los turcos, y esto es lo úni-

co interesante de su relacion.

El abate Furmontalla, de orden de Luis XV pasó á buscar á levante inscripciones y manuscritos. Su viage ha quedado manuscrito, y solo se han publicado álgunos pasages de él, siendo de desear que se imprimiese todo; pues no tenemos nada completo sobre los monumentos del Peloponeso.

De J.C. 1728.
Furment.

Pococke estuvo en Atenas de vuelta de Egipto, y ha descrito los monumentos del Atica con aquella exactitud que dá á conocer las artes sin hacerlas amar.

De J.C. 1739.
Pococke.

Wood, Hawkins y Bouvrie, hacian entonces sus estimables viages en honor de Homero.

De J.C. 1740.
Wood, Hawkins y Bouvrie.

El primer viage pintoresco de Grecia es el de Leroy. Chandler acusa al artista frances de no ser exacto en algunos diseños; yo mismo encuentro en ellos adornos superfluos: los cortes y planos de Leroy no tienen la escrupulosa fidelidad de los de Stuardo; pero de cualquier modo que sea su obra es un monumento honroso

De J.C. 1758.
Leroi.

para Francia. Leroy estuvo en Lacedemonia, que distingue muy bien de Misitra, cuyo teatro y *dromos* halló.

De J.C. 1759.
Sayer.

No sé si las *Ruins of Athens* de Roberto Sayer, son una traduccion inglesa y un nuevo grabado de las láminas de Leroy; confieso igualmente mi ignorancia acerca de la obra de Pars, á quien Chandler elogia de continuo.

Pars.

De J.C. 1761.
Stuardo.

El año 1761 Stuardo enriqueció á su patria con la obra tan conocida bajo el título de *Antiquities of Athens*: es obra de gran trabajo, útil sobre todo á los artistas, y está ejecutada con aquella exactitud en las medidas que tanto se procura actualmente; pero el efecto general de los cuadros no es bueno; la verdad que se encuentra en los pormenores falta en el todo: el lapiz y el buril británico no tienen bastante pureza para representar las líneas tan delicadas de los monumentos de Pericles; siempre se nota algo vago y débil en las composiciones inglesas. Cuando la esce-

na se representa bajo el cielo de Londres, su estilo vaporoso, por decirlo así, causa cierto agrado; pero también desluce los brillantes paisajes de Grecia.

El Viage de Chandler, publicado poco despues de las *antigüedades* de Stuardo, puede servir por todos los demas. El doctor inglés ha manifestado en su trabajo particular exactitud, fácil y profunda erudicion, sana crítica, juicio delicado. No le haré mas que una reconvencion, y es la de hablar á menudo de Wheler y no nombrar á Spon sino con manifiesta repugnancia. Spon merece que se hable de él, cuando se cita al compañero de sus trabajos. Chandler, como sabio y viagero debía haberse olvidado de que era inglés. Ha publicado en 1805 una obra sobre Atenas, que no he podido adquirir.

De J.C. 1764.
Chandler.

Riedesel recorrió el Peloponeso y el Atica en el año de 1773: su obra que es un tomito, contiene frecuentes y sabias reflexiones sobre las cos-

De J.C. 1773,
Riedesel,

tumbres, leyes, y religion de los griegos y turcos: este baron aleman viajaba por Morea tres años despues de la expedicion de los rusos, cuando una multitud de monumentos habian perecido en Esparta, en Argos, en Megalopolis, de resultas de esta invasion, asi como las antigüedades de Atenas sufrieron su última destruccion por la expedicion de los venecianos.

De J.C. 1778.
Choiseul,
Chabert.

El primer tomo de la magnífica obra de Mr. de Choiseul salió á luz á principios del año 1778. Solo advertiré que Mr. de Choiseul no ha publicado aun los monumentos del Atica y del Peloponeso. El autor estaba en Atenas en 1784, y creo que en aquel mismo año fué cuando Mr. de Chabert, determinó la latitud y longitud del templo de Minerva.

De J.C. 1780.
Foucherot y
Fauvel.

Las indagaciones de los señores Foucherot y Fauvel, comenzaron por el año 1780, y continuaron en los siguientes. Las memorias del último viagero dan á conocer parages y an-

tiñedades ignoradas hasta entonces. He vivido en casa de Mr. Fauvel en Atenas, y hablaré en otro lugar de sus trabajos literarios.

Por aquellos mismos tiempos recorría la Grecia nuestro gran heleenista d' Anse de Villoison; pero no hemos podido gozar del fruto de sus estudios.

Mr. Lechevalier estuvo por muy corto tiempo en Atenas en el año de 1785.

El viage de Mr. Scrofani es filosófico, político, económico, &c.; pero inútil para el estudio de la antigüedad; sin embargo las observaciones del autor sobre la naturaleza del terreno de Morea, su poblacion y comercio, son excelentes y nuevas.

Al mismo tiempo que se verificaba el viage de Mr. Scrofani, dos ingleses subieron al punto mas elevado del Taygeto.

En 1797, los señores Dixo y Nicolo Stephanopoli, fueron enviados á la república de Maina por el gobier-

Villoison.

De J.C. 1785.
Lechevalier.

De J.C. 1794.
Scrofani.

De J.C. 1797.
Dixo y Nicolo
Stephanopolis.

no frances. Estos viageros alaban aquella república, acerca de la cual se ha hablado mucho. Pero tengo la desgracia de mirar á los maniotas como á una reunion de bandidos, de origen esclavon, que no son los descendientes de los antiguos espartanos, asi como los drusos no lo son del conde de Dreux; por tanto no puedo tomar parte en el entusiasmo de los que miran á estos piratas del Taygeto, como á los virtuosos herederos de la libertad lacedemonia.

De J.C. 1798.
Poucqueville.

La mejor guia para la Morea, seria seguramente Mr. Poucqueville si hubiese podido ver por sí mismo todos los sitios que describe; pero por desgracia estuvo prisionero en Tripoliza.

Lord Elgin.
Swinton y
Hawkins.

Entonces el embajador inglés en Constantinopla, lord Elgin, hacia en Grecia los trabajos, y estragos que tendré ocasion de alabar y de sentir. Poco tiempo despues sus compatriotas Swinton y Hawkins visitaron á Atenas, Esparta y Olimpia.

Los *Fragments para servir al conocimiento de la Grecia actual*, terminan la lista de todos estos viages, y en efecto no son mas que fragmentos.

Reasumamos ahora en pocas palabras la historia de los monumentos de Atenas. El Parthenon, el templo de la Victoria, una gran parte del templo de Jupiter-Olímpico, otro monumento llamado por Guillet la *Linterna de Diógenes*, fueron vistos en todo su esplendor por Zigomalas, Cabasilas y Deshayes.

De Monceaux, el marques de Nointel, Galland, el padre Babin, Spon y Wheler admiraron aun el Parthenon en toda su integridad; pero la Linterna de Diógenes habia desaparecido, y el templo de la Victoria habia sido volado por la explosion de un almacen de pólvora (1), no

(1) Este accidente acaeció en 1656.

quedando ya mas que el frontispicio. Pococke, Leroy, Stuardo, Chandler, hallaron el Parthenon medio arruinado por las bombas de los venecianos, y la fachada del templo de la Victoria derribada. Desde entonces se han aumentado las ruinas.

La Europa ilustrada se consuela con los diseños del marqués de Nointel, los viages pintorescos de Leroy y de Stuardo: Mr. Fauvel ha sacado el molde de dos cariatidas del Pandroseo, y algunos bajos relieves del templo de Minerva: una metópa del mismo templo se halla en poder de Mr. de Choiseul; lord Elgin se apoderó de otras muchas que tal vez habrán perecido en un naufragio junto á Cérigo: Mr. Swinton y Mr. Hawkins, poseen un trofeo de bronce hallado en Olimpia: la estatua mutilada de Ceres Eleusina está tambien en Inglaterra; en fin, tenemos en *barrocido* el monumento corágico de Lysicrates. Es cosa triste de notar, que los pueblos civilizados de Europa han

hecho mas daño á los monumentos de Atenas en el espacio de ciento cincuenta años, que todos los bárbaros juntos en una larga serie de siglos, y que Alárico y Manometo II habian respetado el Parthenon que derribaron luego Morosini y lord Elgin.

MEMORIA SEGUNDA.

Dige que me proponia exâminar en esta segunda memoria la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem. En cuanto á la historia de esta ciudad, como no presenta obscuridad alguna, no necesita explicaciones preliminares.

Las tradiciones de la Tierra Santa sacan su certeza de tres principios: de la historia, de la religion, de los parages ó de las localidades. Considerémoslas pues por lo que respecta á la historia.

N. S. Jesucristo, acompañado de

*

sus apóstoles, cumplió en Jerusalem los misterios de la Pasion. Los cuatro evangelios son los primeros documentos que nos representan las acciones del Hijo del Hombre. Las actas de Pilatos, conservadas en Roma en tiempo de Tertuliano (1) atestiguan el hecho principal de esta historia; esto es, que Jesus Nazareno fué crucificado.

El Redentor expira; José de Arimatia obtiene el sagrado cuerpo, y le deposita en un sepulcro al pie del Calvario. El Mesías resucita al tercer dia; se manifiesta á sus apóstoles y á sus discípulos, les da sus instrucciones, y despues asciende á la derecha de su Padre. Desde entonces la iglesia comienza en Jerusalem.

Facilmente se debe creer que los apóstoles, los discípulos, y los parientes del Salvador, segun la carne, que componian esta primera iglesia del

(1) Apolo g. advers. Gent.

mundo, no ignoraban nada de la vida y muerte de N. S. Jesucristo. Es esencial advertir que el monte Gólgota estaba entonces fuera de la ciudad, así como el de las olivas: de donde resultaba que los apóstoles podían orar más libremente en los sitios santificados por el divino Maestro.

El conocimiento de estos lugares no se limitó por mucho tiempo á un corto número de discípulos: San Pedro en solo dos predicaciones, convirtió á ocho mil personas en Jerusalem (1); Jacobo, hermano, esto es, pariente del Salvador, fue elegido primer obispo de esta iglesia el año 35 de nuestra era (2), y tuvo por sucesor á Simeon, primo de Jesucristo (3). En seguida se halla una serie de trece obispos de origen judío, que llenan un espacio de ciento

(1) Act. Apost. cap. 2 y 4.

(2) Eus. Hist. Eccl. Lib. II cap. 2.

(3) *Idem.* lib. III. cap. 11, 33.

veinte y tres años, desde Tiberio hasta el reinado de Adriano. Estos obispos fueron los siguientes: Justo, Zacheo, Tobias, Benjamin, Juan, Matias, Felipe, Séneca, Justo II, Levi, Efro, José y Judas (1).

Si los primeros cristianos de Judea consagraron monumentos á su culto, no es probable que los erigiesen con preferencia en los sitios ilustrados con algunos milagros de la fe; Y cómo podremos dudar que desde el principio hubo santuarios en Palestina, cuándo los fieles los poseían en Roma mismo y en todas las provincias del imperio? Cuando San Pablo y los demas apóstoles dan consejos y leyes á las iglesias de Europa y Asia ¿á quiénes se dirigen, sino á las congregaciones de fieles que se reunían en un parage bajo la direccion de un pastor? No es esto mismo lo que

(1) *Idem.* lib. III. cap. 35. y lib. IV, cap. 5.

indica la palabra *Ecclesia*, que en griego significa á un mismo tiempo *junta y lugar de la junta*? San Cirilo la entiende en este último sentido (1).

La eleccion de los siete diáconos (2), el año 33 de nuestra era; y el primer concilio celebrado el año 51 (3), manifiestan que los apóstoles tenían en la Santa Ciudad sitios particulares de reunion. Es de creer tambien que el Santo Sepulcro fué venerado desde el principio del cristianismo, con el nombre del *Martyrion* ó del *Testimonio*. A lo menos San Cirilo, obispo de Jerusalem, predicando el año de 347 en la iglesia del Calvario, dice: "Este templo no tiene como los demas el nombre de iglesia; pero se le llama *Testimonio*, como predijo el profeta (4)."

De J. C. 33.

De J. C. 51.

(1) Catech. XVIII.

(2) Act. Apost. cap. 6.

(3) Act. Apost. cap. 15.

(4) S. Cir. Cat. XVI. Illum.

De J. C. 70.

Al principio de la guerra de Judea, en el imperio de Vespasiano, los cristianos de Jerusalem se retiraron á Pela (1), y así que fué tomada la ciudad, volvieron á habitar sus ruinas. En el espacio de algunos meses (2), no pudieron olvidar la situación de sus santuarios, los cuales hallándose además fuera de murallas, no debieron de sufrir mucho. Simeon, sucesor de Jacobo, gobernaba la iglesia de Judea cuando fué tomada Jerusalem, pues vemos á este mismo Simeon que tenia entonces ciento veinte años, recibir la corona del martirio en el imperio de Trajano (3). Los demás obispos que he nombrado, y que llegan hasta el tiempo de Adriano, se establecieron entre las ruinas

De J. C. 117.

(1) Eus. Hist. Eccl. lib. III. cap. 5.

(2) Tito puso sitio á Jerusalem por el tiempo de las fiestas de Pascua del año 70, y tomó la ciudad en setiembre del mismo año.

(3) Eus. Eccl. lib. III. cap. 33.

de la Santa Ciudad, conservando las tradiciones cristianas.

Con un hecho incontestable se prueba que los Santos Lugares fueron generalmente conocidos en el siglo de Adriano. Cuando este emperador restableció á Jerusalem, erigió una estatua á Venus sobre el monte Calvario, y otra á Júpiter sobre el Santo Sepulcro. La gruta de Belen fue dedicada al culto de Adonis (1). De este modo la locura de la idolatría publicó con sus imprudentes profanaciones, el celo de la cruz que tanto le interesaba ocultar. La fe hacia tan rápidos progresos en Palestina, antes de la última sedición de los judíos, que Barcochebas, caudillo de esta sedición, habia perseguido á los cristianos para obligarles á

De J. C. 137.

(1) Hieron. Epist. ad Paul; Ruff. Sozom. Hist. Eccl. lib. II. cap. 1; Socrat. Hist. Eccl. lib. I. cap. 17; Sev. lib. II. Niceph. lib. XVIII.

que abandonasen su culto (1).

Apenas hubo Adriano dispersado la iglesia judía de Jerusalem en el año 137 de Jesucristo, cuando vemos comenzar la iglesia de los gentiles en la Santa Ciudad. Marcos fué el primer obispo, y Eusebio nos da una lista de sus sucesores, hasta el tiempo de Diocleciano. Estos fueron Casiano, Publio, Máximo, Julian, Cayo, Simaco, Cayo II, Julian II, Capiton, Valente, Doliquio, Narciso, que fué el treinta despues de los apóstoles (2). Dió, Germanio, Gordio (3), Alejandro (4), Mazabano (5), Hymeneo (6), Zabdas, Hermon (7), último obispo antes de la persecucion de Diocleciano.

De J. C. 162.
Bajo Comm.
De J. C. 211.
Bajo Severo.
Te J. C. 217.
Bajo Caraca-
la.

De J. C. 251.
Bajo Gallo.
Bajo Macrin.

(1) Eus. lib. IV. cap. 8.

(2) *Idem.* lib. V. cap. 12.

(3) *Idem.* lib. VI. cap. 10.

(4) *Idem.* lib. VI. cap. 10 al 11.

(5) *Idem.* lib. VII. cap. 5.

(6) *Idem.* lib. VII. cap. 28.

(7) *Idem.* lib. VII. cap. 31.

Sin embargo, Adriano que era tan celoso de sus Dioses, no persiguió á los cristianos, menos á los de Jerusalem, á los que sin duda miró como judíos, y en efecto eran israelitas de nacion. Se cree que le convencieron las apologías de Cuadrato y de Arístides (1). Escribió tambien á Minucio Fundano, gobernador de Asia, una carta prohibiendo castigar á los fieles cuando no hubiese fundada causa (2).

De J. C. 284.

De J. C. 126.

Es probable que los gentiles convertidos á la fe, viviesen sin ser inquietados en Ælia, ó la nueva Jerusalem, hasta el reinado de Diocleciano, lo que se evidencia ademas por el catálogo de los obispos de esta iglesia que acabo de copiar. Cuando Narciso ocupaba la silla episcopal, faltó aceite á los diáconos en las

De J. C. 162.
Bajo Comn.

(1) Tillem. Persec. bajo Adriano: Eus. lib. IV. cap. 3.

(2) Eus. lib. IV. cap. 8.

fiestas de Pascua, y Narciso hizo con este motivo un milagro (1). Los cristianos en esta época celebraban, pues, públicamente sus misterios en Jerusalén, y tenían altares consagrados á su culto.

Alejandro, otro obispo de Ælia, reinando el emperador Severo, fundó una biblioteca en su diócesis (2), lo que supone paz, sosiego y prosperidad; pues hombres proscriptos no abren una escuela pública de filosofía.

Si los fieles no disfrutaban ya para celebrar sus fiestas de la posesión del Calvario, del Santo Sepulcro y de Belén, no podían á lo menos perder la memoria de estos santuarios; pues que los ídolos les indicaban el parage en que se hallaban situados. Los paganos mismos estaban persuadidos de que el templo de Venus,

(1) Eus. lib. VI. cap. 9.

(2) Idem. lib. VI. cap. 20.

erigido en la cumbre del monte Calvario, no impediría á los cristianos el visitar esta sagrada colina; pues que se complacian con la idea de que los nazarenos, viniendo á hacer oración al Gólgota, parecería que adoraban á la hija de Júpiter (1). Esto prueba evidentemente el completo conocimiento que la iglesia de Jerusalem tenia de los Santos Lugares.

Hay autores que adelantan mas sus asertos, suponiendo que antes de la persecucion de Diocleciano, los cristianos de Judea habian vuelto a entrar en posesion del Santo Sepulcro (2). Es cierto que San Cirilo, hablando de la iglesia del Santo Sepulcro, dice positivamente. «No hace
»mucho tiempo que Belen era un ter-
»reno inculto é inhabitado, y el mon-
»te Calvario un jardin del cual aun

De J. C. 326
Bajo Const.

(1) Sozom. lib II. cap. 1.

(2) Epitom. Bell. Sacror. Tom. VI.

„quedan rastros (1).” Qué se habían hecho pues los edificios profanos? Todo nos induce á creer que hallándose los paganos en muy corto número en Jerusalem para sostenerse contra la multitud de los fieles, que iban mas y mas en aumento, fueron abandonando los templos de Adriano. Si la iglesia perseguida aun, no se atrevió á levantar sus altares en el Santo Sepulcro, tuvo á lo menos el consuelo de adorarle sin obstáculo alguno, y de ver como se iban arruinando los monumentos de la idolatría.

De J. C. 327.

Hemos llegado ya á la época en que los Santos Lugares comenzaron á brillar con un resplandor que no se obscurecerá nunca. Habiendo elevado Constantino la religion hasta el trono, escribió á Macario, obispo de Jerusalem, disponiendo que decorase el Sepulcro del Salvador con una

(1) Cateches XII. y XIV.

grandiosa basílica (1) Helena madre del emperador pasó á Palestina, para procurar descubrir el Santo Sepulcro, que yacia oculto bajo los cimientos de los edificios de Adriano. Un judío, al parecer cristiano, el cual, segun Sozomeno, *habia conservado memorias de sus padres*, indicó el sitio donde debia hallarse el sepulcro, y Helena tuvo con esto la gloria de restituir á la religion el sagrado monumento. Logró tambien descubrir tres cruces, una de las cuales se reconoció ser la del Redentor por los milagros que obró (2). No solamente se erigió una magnífica iglesia cerca del Santo Sepulcro, sino que Helena hizo edificar otras dos; la una sobre el pesebre del Mesías en Belen, la otra sobre el monte de las Olivas, en memoria de la Ascension

(1) Eus. in Const. lib. III. cap. 25. 49.
Soct. lib. I. cap. 9.

(2) Socrat. cap. 17. Sozom. lib. II. cap. 1.

del Señor (1). Capillas, oratorios y altares fueron indicando sucesivamente todos los parages consagrados por los pasos del Hijo de Dios en la tierra: se consignaron por escrito las tradiciones orales, con lo que se libertaron de la incertidumbre é infelicidad de la memoria.

En efecto, Eusebio en su *Historia de la Iglesia*, en su *Vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacrae Scripturae*, nos describe poco mas ó menos los Santos Lugares, como los vemos hoy dia. Habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belen, del monte de las Olivas, de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á los apóstols (2). Síguese San Cirilo, ya citado varias veces, el cual nos manifiesta las sagradas estaciones, como estubieron antes y despues de Cons-

(1) Eust. in Const. lib. III. câp. 43 43.

(2) Eust. in Const. lib. III. cap.

tantino y de Santa Helena. Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Evagros han transmitido la sucesion de varios obispos desde Constantino hasta Justiniano: Macario (1), Máximo (2), Cirilo (3), Herennio, Heraclio, Hilario (4), Juan (5), Salustio, Martirio, Elías, Pedro, Macario II (6), y Juan (7), cuarto de este nombre.

Habiéndose retirado San Gerónimo á Belen por el año de 385, nos ha dejado en diferentes parages de sus obras la descripcion mas completa de los Santos Lugares (8). "Seria

De J. C. 147.
De J. C. 328.
Bajo Const.
De J. C. 361.
Bajo Juliano.
De J. C. 384.
Bajo Valet.
Teodosio y
Arcadio.
De J. C. 476.
Bajo Justiniano.
De J. C. 579.
Bajo Tiberio II.

-
- (1) Socrat. lib. I. cap. 17.
(2) Socrat. lib. II. cap. 24. Sozom. lib. II. cap. 20.
(3) Socrat. lib. III. cap. 20.
(4) Sozom. lib. IV. cap. 30.
(5) *Idem.* lib. VII. cap. 14.
(6) Evagr. lib. IV. cap. 37.
(7) *Idem.* lib. V. cap. 14.
(8) Epist. XXII. &c. De situ et nom. loc. Hebraic. &c.

„demasiado largo, dice en una de
 „sus cartas (1), el recorrer todas las
 „edades desde la Ascension del Señor,
 „hasta el tiempo en que vivimos,
 „para contar cuántos obispos, cuán-
 „tos mártires, cuántos doctores han
 „venido á Jerusalem; pues hubieran
 „creido tener menos piedad y cien-
 „cia si no hubiesen adorado á Jesu-
 „cristo en los mismos lugares donde
 „el evangelio comenzó á brillar des-
 „de lo alto de la cruz.”

De J. C. 385. San Gerónimo asegura en la mis-
 ma carta que venian á Jerusalem pe-
 regrinos de la India, de Etiopia, de
 Bretaña y de Hibernia (2), que se
 les oia cantar en lenguas diferentes,
 las alabanzas de Jesucristo junto al
 Santo Sepulcro. Dice tambien que de
 todas partes se enviaban limosnas al
 Calvario; nombra los sitios principa-
 les de devocion de la Palestina, y

(1) Epist. ad Marcel.

(2) Epist. XXII.

añade que solo en la ciudad de Jerusalem habia tantos santuarios, que no se podian recorrer en un dia. Esta carta se dirige á Marcelo, y parece escrita por Santa Paula y Santa Eustoquia, aunque algunos manuscritos la atribuyen á San Gerónimo. Pregunto ahora si los fieles que desde los tiempos apostólicos, hasta el fin del siglo cuarto, habian acudido constantemente al Sepulcro del Salvador, podrian ignorar el parage en que se hallaba?

El mismo Padre de la Iglesia, en su carta á Eustoquia, acerca de la muerte de Paula, describe del modo siguiente las estaciones en que se detuvo aquella Santa.

De J. C. 404.

“Se arrodilló, dice, delante de la
 „Cruz, en la cumbre del Calvario;
 „abrazó en el Santo Sepulcro la piedra que el ángel habia levantado
 „cuando abrió el Sepulcro, y besó
 „con el mayor respeto el sitio tocado por el cuerpo de Jesucristo. Vió
 „sobre el monte Sion, la columna á

*

„que el Salvador fué atado y azota-
 „do; esta columna sostenia entonces
 „el pórtico de una iglesia. Hizo que
 „le enseñasen el parage donde esta-
 „ban reunidos los discípulos cuando
 „descendió sobre ellos el Espíritu
 „Santo. Pasó en seguida á Belen, y
 „se detuvo en el Sepulcro de Raquel
 „que se halla en el camino. Adoró el
 „santo pesebre, pareciéndole ver aun
 „á los magos y á los pastores. En Bet-
 „fagé encontró el monumento de Lá-
 „zaro y la casa de Marta y María.
 „En Síchar, admiró una iglesia edi-
 „ficada sobre el pozo de Jacob, don-
 „de Jesucristo habló á la Samarita-
 „na; en fin, halló en Samaria el se-
 „pulcro de San Juan Bautista (1).”

Esta carta es del año 404; y de
 consiguiente hace 1406 años que se
 escribió. Léanse todas las relaciones
 de la Tierra Santa, desde el viage

(1) Epist. ad Eustoch.

de Arculfo hasta mi Itinerario y se verá que los peregrinos han encontrado y descripto constantemente los sitios indicados por San Gerónimo. No hay duda en que es esta una antigüedad no menos respetable que grata.

Una prueba de que las peregrinaciones á Jerusalem eran anteriores al tiempo mismo de San Gerónimo, como lo dice muy bien este sabio doctor, la hallamos en el Itinerario de Burdeos á Jerusalem, el cual segun los mejores críticos, fue compuesto el año de 333 para uso de los peregrinos de las Galias (1). Manerto (2) cree que era una guia de ruta para alguna persona enviada en embajada por el Soberano; pero es mas probable que este Itinerario tenia un objeto general, pues que se indi-

(1) Véase VVens. Præf. in Itin. pág. 5, 37, 47; Bergier Chem. del Imp.

(2) Geeg. I.

can en él los Santos Lugares.

De J. C. 379.

Es cierto que San Gregorio de Nisa reprueba ya el abuso de las peregrinaciones á Jerusalem (1). El mismo Santo habia visitado ya los Santos Lugares en 379, y nombra en particular el Calvario, el Santo Sepulcro, el monte de las Olivas, y á Belcn. Se halla este viage en las obras del santo obispo, bajo el título de *Iter Hierosolymæ*. San Gerónimo procura tambien disuadir á San Paulino de la peregrinacion á Tierra Santa (2).

No solamente los sacerdotes, los solitarios, los obispos y los doctores acudian de todas partes á Palestina en el tiempo de que vamos hablando, sino tambien señores ilustres, y hasta princesas y emperatrices: ya he nombrado á Santa Paula y Santa Eustoquia, y tambien nombraré

(1) Epist. ad Ambros.

(2) Epist. ad Paulin.

á las dos Melanias (1). El monasterio de Belen se llenó de las mas illustres familias de Roma, cuando huian de los ejércitos de Alárico. De J. C. 404. Cincuenta años antes, Eutropia, viuda de Maxîmiliano Hércules, habia hecho el viage á los Santos Lugares, y destruido los restos de idolatría que se veian aun en la feria de Terebinto cerca de Hebron.

El siglo que se siguió al de San Gerónimo, no nos deja perder de vista al Calvario: entonces Teodoreto escribia su Historia Eclesiástica, y en ella encontramos citada á menudo la Sion cristiana, y aun mas en las *Vidas de los Solitarios*, por el mismo De J. C. 430. autor. San Pedro Anacoreta, hizo tambien el sagrado viage (2). El mismo Teodoreto pasó á Palestina, donde contempló con admiracion las rui-

(1) Epist. XXII.

(2) Hist. de la Relig. cap. 6.

nas del templo (1). A este siglo pertenecen las dos peregrinaciones de la emperatriz Eudoxia, muger de Teodosio el menor. Esta señora edificó dos monasterios en Jerusalem, en cuyo retiro acabó sus dias (2).

De J. C. 500.

El principio del siglo VI nos presenta el Itinerario de Antonio de Placencia, en el que describe todas las estaciones como San Gerónimo. Háblase en este viage de un *cementerio de los peregrinos* que estaba á la entrada de Jerusalem, lo que manifiesta que era grande el concurso de estos piadosos viajeros. El autor halló á Palestina llena de iglesias y de monasterios, y dice que el Santo Sepulcro estaba adornado con pedrería,

(1) Serm. II. de Fine et Judicio.

(2) Evagr. cap. 20; Zonar. in Teod. II. *sub. fin.* Esta es la ilustre ateniense de que hemos hablado en la primera memoria de la introduccion.

joyas, coronas de oro, brazaletes y collares (1).

El primer historiador de la monarquía francesa, Gregorio Turonense nos habla también en este siglo de las peregrinaciones á Jerusalem. Habiendo ido uno de sus diáconos á Tierra Santa con otros cuatro viajeros, vió una estrella milagrosa en Belen (2). Había entonces en Jerusalem, según el mismo historiador, un gran monasterio donde eran admitidos los viajeros (3): sin duda es este el mismo hospital que halló Brocardo doscientos años después.

De J. C. 578

También fué en este siglo cuando Justiniano elevó el obispo de Jerusalem á la dignidad patriarcal. El emperador devolvió al Santo Sepulcro los vasos sagrados que Tito robó del tem-

De J. C. 593

(1) Itin. de Loc. Terr. Sanct. quos peramb. Ant. Plac.

(2) Greg. Tur. de Martyr. lib. I. cap. 10.

(3) *Idem.* lib. I. cap. 11.

plo. Estos vasos cayeron en manos de Gensérico en 455, y fueron hallados luego en Cartago por Belisario (1).

De J. C. 600.

De J. C. 615.

Cosroes tomó á Jerusalem en 613: Heraclio devolvió á la iglesia del Santo Sepulcro la verdadera cruz robada anteriormente por el rey de los Persas. Veinte y tres años despues, Omar se apoderó de la Santa Ciudad, la que permaneció bajo el yugo de los sarracenos hasta el tiempo de Godofre de Bullon. La Iglesia del Santo Sepulcro se conservó intacta por la invariable constancia de los fieles de Judea, los que jamas la abandonaron; y no menos celosos de la fé los peregrinos de todas las naciones acudian de continuo á la Tierra Santa.

De J. C. 636.

Algunos años despues de la conquista de Omar, Arculfo visitó á Palestina. Adamano, abad de Yona en

(1) Procop. de Bell. Vandal. lib. XI.

Inglaterra, escribió, fundándose en las noticias del obispo francés, una relacion de la Tierra Santa, la cual aun podemos disfrutar, pues que Seranio la publicó en Ingolstadt, en 1619, con el título: *De Locis Terræ Sanctæ, lib. III.* Se halla un extracto de ella en las obras del venerable Beda: *De situ Hierusalem et Locorum Sanctorum liber.* Mabillon ha copiado la obra de Adamano en su voluminosa coleccion titulada: *Acta SS. Ordinis S. Benedicti. II. 514.*

Cuando Arculfo describe los Santos Lugares vemos que permanecian como en tiempo de San Gerónimo, y como los vemos hoy dia. Habla de la basilica del Santo Sepulcro, diciendo que es un edificio de forma circular: vió iglesias y oratorios en Betania, en el monte de las Olivas, en el huerto del mismo nombre, y en el de Gethsemani, &c. Admiró la soberbia iglesia de Belen, &c. Todo esto es exactamente lo que se manifiesta en nuestros dias á los peregrin-

De J. C. 690

nos, y sin embargo este viage se hizo por los años de 690, supuesto que Adamano muriese en el mes de octubre de 704 (1). Advertiremos que en tiempo de San Arculfo, Jerusalem aun se llamaba Elia.

De J. C. 700.
De J. C. 765.

En el octavo siglo tenemos dos relaciones del *Viage á Jerusalem* de San Guillebardo (2): las mismas descripciones de los Santos Lugares, y la misma fidelidad en las tradiciones. Estas relaciones son cortas, pero se indican muy bien en ellas las principales estaciones. El sabio Guillermo Cave (3) habla de un manuscrito del venerable Beda, *in bibliothecâ Gualtari Copi, cod. 169*, con el título de *Libellus de Sactis Locis*. Beda nació

(1) Guill. Cav. Script. Eccl. litera. página 328.

(2) Canisii Thesaur. Monument. Eccles. et Hist. seu Lect. Antiq.; A. S. Barn. tom. II. pág. 1; Mabil. II. 372.

(3) Guill. Cav. Script. Eccl. Hist. litter. pág. 336.

en 672 y murió en 732. Sea cual fuese el mérito de este breve volumen acerca de los Santos Lugares, no podemos menos de referirle al siglo octavo.

Reinando Carlo Magno, á principios del siglo nono, el califa Haroum-al-Raschid cedió al Emperador frances la propiedad del Santo Sepulcro. Carlos enviaba limosnas á Palestina, pues que uno de sus capitulares tiene el título: *De Eleemosynâ mittendâ ad Jerusalem*. El patriarca de Jerusalem habia reclamado la proteccion del monarca de Occidente. Eginardo añade que Carlo Magno protegía á los cristianos de ultramar (1). En aquella época los peregrinos latinos poseían un hospital al norte del templo de Salomon, cerca del convento de Santa Maria; y Carlo Magno habia hecho el donativo á este hospicio de una biblioteca. Debemos estas noticias al

De J. C. 800.

De J. C. 870.

(1) In Vit. Car. Mag.

monge Bernardo, el cual se hallaba en Palestina por los años de 870. Su relacion que es detenida y exacta presenta la situacion de los Santos Lugares (1).

De J. C. 900.
De J. C. 905.

Elias, tercero de este nombre, patriarca de Jerusalem, escribió á Carlos el Craso á principios del décimo siglo, pidiéndole socorros para restablecer las iglesias de Judea: "No entraremos, le dice, en una relacion difusa de nuestros males pues que os son bastante conocidos por los peregrinos que vienen todos los dias á visitar los Santos Lugares, y que luego vuelven á su patria (2)."

De J. C. 1000.

El siglo oncenno que acabó cuando comenzaban las cruzadas, nos presenta á varios viageros de la Tierra Santa. Oldrico, obispo de Orleans, presenció la ceremonia del fuego sagrado en el

(1) Mabill. Act. SS. Ord. S. Ben. sect. III. part. 2.

(2) Acherii Spicileg tom. II. Edit. á Barr.

Santo Sepulcro (1). Es verdad que la crónica de Glabero debe ser leída con precaución; pero aquí solo se trata de un hecho y no de una crítica. Alacio, *in Symmictis sive Opusculis*, &c nos ha conservado el itinerario de Jerusalem del griego Eugisipo, en él se describen la mayor parte de los Santos Lugares segun todas las relaciones que nos son conocidas. Guillermo el conquistador envió en aquel siglo, considerables limosnas á Palestina. En fin el viage de Pedro el hermitaño que tuvo tan gran resultado y las mismas cruzadas, prueban hasta que punto todo el mundo atendia á aquellas lejanas regiones donde se cumplió el misterio de nuestra rendencion.

De J.C. 1099.

Jerusalem permaneció en poder de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años y durante este

De J.C. 1100.

(1) Glaber. Chronic. lib. IV. Apud. Duch. Hist. Franc.

periodo, los historiadores de la colección *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar nada de la Tierra Santa. Benjamin de Tudela pasó á Judea por el año 1173.

De J.C. 1173.

De J.C. 1187.

Cuando Saladino reconquistó á Jerusalem de poder de los cruzados, los sirios compraron por una cantidad considerable de dinero la iglesia del Santo Sepulcro (1); y á pesar de lo peligroso del viage los peregrinos continuaron visitando á Palestina.

De J.C. 1200.

Focas en 1208 (2), Willebrando de Oldenburgo en 1211, Jacobo Vetraco ó de Vetri en 1231 (3), Brocardo, religioso dominico, en 1283 (4), reconocieron y comprobaron en sus viages cuanto se habia dicho anteriormente acerca de los Santos Lugares.

(1) Sanut. Lib. Secret. Fidel. Cruc. Sup. Terr. Sanct. II.

(2) Itiner. Hieros. ap Allat. Symnichth.

(3) Lib. de Terr. Sanct.

(4) Descript. urb. Jerus. et Loc. Terr. Sanct. exact.

En el siglo catorce tenemos á Ludolfo (1), Maudevilla (2), y Sanuto (3). De J.C. 1300.

En el quince á Breidenbach (4), Tuthor (5), Langi (6). De J.C. 1400.

En el diez y seis á Heyter (7), Salignac (8) Pascha (9), &c. De J.C. 1500.

En el diez y siete á Cotovic, Nau y otros muchos. De J.C. 1600.

En el diez y ocho á Maundrel, Pockocke, Shaw y Hasselquist (10). De J.C. 1700.

Estos viages que se multiplican hasta el infinito, no vienen á ser mas

(1) De Terr. Sanct. é Itin. Hierosol.

(2) Descript. Hierusalem Loc. Sacr.

(3) Lib Secret. & Vid. Sup.

(4) Opus transmar. Peregrinat. ad Sepulch. Dom. in Hierus.

(5) Raise-Besch. Zum. Heil. Grab.

(6) Hierosolym. Urb. Templique.

(7) Lib Hist. Partium Orient. &c.

(8) Itiner. Hierosol. et Terr. Sanct. &c.

(9) Peregrinatio cum. exact. Descript. Hierusalem, &c.

(10) No cito mas y tal vez habré citado demasiados: ya se verán en el itinerario una multitud de viageros que omito aquí,

que repeticiones unos de otros, lo cual comprueba las tradiciones de Jerusalem del modo mas invariable y evidente.

En efecto qué conjunto tan grande de pruebas! Los apóstoles vieron á Jesucristo; conocian los sitios santificados con la presencia del hijo de Dios; y transmitieron la tradicion á la primera iglesia cristiana de Judea; se establece la sucesion de los obispos conservándose cuidadosamente la sagrada tradicion. Siguese Eusebio y comienza la historia de los Santos Lugares. Sócrates, Sozomeno, Teodoro, Evagro y San Gerónimo la continúan. Los peregrinos concurren de todas partes. Desde entonces hasta nuestros dias, una continuacion no interrumpida de viages nos presenta durante catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. Qué tradicion se apoyó jamas en tan gran número de testimonios? Si dudamos de esto forzoso será dudar de todo. Y no obstante no me he valido de

cuantos testimonios podía sacar de la historia de las cruzadas; pero no podré menos de añadir á tantas pruebas históricas algunas consideraciones sobre la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre el lugar que ocupa Jerusalen.

Es cierto que las tradiciones religiosas no se pierden tan facilmente como las puramente históricas: como que éstas en general solo se conservan en la memoria de un corto número de personas instruidas que pueden olvidar la verdad ó disfrazarla segun sus pasiones; las otras pertenecen á todo un pueblo que las transmite como maquinalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo, como en el cristianismo; si el menor error en un hecho ó en una idea puede ser una heregía, es probable que cuanto pertenezca á esta religion se conservará de siglo en siglo con rigurosa exactitud.

Yo se que á la larga, una piedad exagerada, un zelo mal entendido,

*

una ignorancia propia de los tiempos y de las clases inferiores de la sociedad, pueden obscurecer el culto con tradiciones que no sufren el rigor de la crítica; pero la esencia ó fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, que todos indican en los mismos lugares los mismos hechos y los mismos monumentos, no pueden engañarnos. Si algunos objetos de devoción se han aumentado demasiado en Jerusalem, no es esta razón suficiente para desechar el todo como impostura. No olvidemos además que el cristianismo fué perseguido desde su origen, y que casi siempre ha estado padeciendo en Jerusalem. Sabida es la fidelidad que reina entre hombres que padecen juntos: todo viene á ser sagrado entonces, y las reliquias de un martir se conservan con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas habla aun, ya conoce estas reliquias; llevado de noche, en brazos de su madre ante los altares, oye

cánticos, ve lágrimas que graban para siempre en su tierna memoria objetos que no olvidará jamás; y cuando le correspondería manifestar solo alegría, franqueza de alma y la ligereza de su edad, aprende ya á ser grave, reservado y prudente: la desgracia es prematura vejez.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á las santas reliquias. Refiere que en su tiempo, los cristianos de Judea aun conservaban la cátedra de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalem. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: "*They (the christians.) fixed, dice, by unquestionable tradition, the scene of each memorable event.* Esto es. Fijaron (los cristianos), por medio de una tradicion indisputable la escena de cada acontecimiento memorable (1)."

(1) Gibb. tom. IV. pág. 101.

Confesion es ésta de tan gran peso en boca de un escritor tan instruido como el historiador ingles, y de un hombre que es al mismo tiempo tan poco favorable á la religion.

En fin la tradicion de los lugares no se altera como la de los hechos, porque el aspecto de la tierra no varía tan facilmente como el de la sociedad. Esto es lo que advierte muy bien d'Anville, en su excelente disertacion sobre la antigua Jerusalem. "Las circunstancias locales, dice, y de las cuales la naturaleza misma decide, no toman parte alguna en las mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres han podido causar en la ciudad de Jerusalem (1)."

De este modo d'Anville encuentra con maravilloso arte todo el plano de la antigua Jerusalem en la nueva.

El teatro de la Pasion, extendiéndose

(1) D'Anv. Dis. sobre la ant. Jerus. página 4.

dole desde el monte de las Olivas hasta el Calvario, solo ocupa una legua de terreno; y ved cuántas cosas fáciles de señalar hallamos en tan corto espacio! Primero un monte llamado de las Olivas, que domina á la ciudad y al templo por la parte de Oriente: este monte no se ha mudado por cierto. Hallamos luego el arroyo de Cedron, que aun es el único que pasa por Jerusalem, se sigue una eminencia á la puerta de la antigua ciudad, donde daban muerte á los reos: es fácil hallarla entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que aun quedan rastros. Tampoco podemos engañarnos en cuanto á Sion, pues que aun es la colina mas alta de la ciudad. "Estamos, dice nuestro excelente geógrafo, seguros de los límites de esta ciudad en la parte que ocupaba Sion. Es la que mas resalta en la region meridional, y no solo se fija de un modo que no puede extenderse mas lejos por este lado, pero ademas de esto el espa-

„cio de terreno que puede tomar Je-
 „rusalen por lo ancho, se halla ce-
 „ñido de un lado por la cuesta es-
 „carpada de Sion que mira al po-
 „niente, y del otro por su extremi-
 „dad opuesta hácia Cedron (1).”

Todas estas reflexiones son exce-
 lentes y se diria que d'Anville las ha
 formado despues de haber recorrido
 aquellos parages.

El Gólgota era pues una alturita
 del monte Sion situada al oriente de
 esta montaña y al occidente de la
 puerta de la ciudad: esta eminencia
 sobre la que se levanta actualmente
 la iglesia de la Resurreccion, es aun
 bien conocida. Sabido es que Jesu-
 cristo fué sepultado en un huerto al
 pie del Calvario; así pues el parage
 donde estaba este huerto y la casa á
 que pertenecia, no podia ocultarse
 en un montecillo cuya base no es bas-

(1) D'Anv. Dis. sobre la ant. Jerus. pá-
 gina 4.

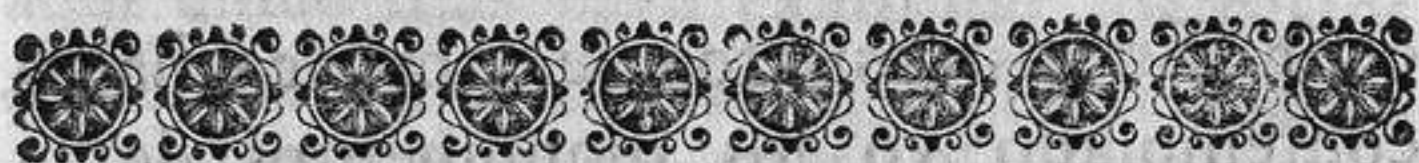
tante ancha para que pueda confundirse el sitio de un monumento.

El monte de las Olivas y el torrente de Cedron nos conducen al valle de Josafat, el que determina la posición del templo sobre el monte Moria. El templo nos sirve como de guía para la puerta Triunfal y el palacio de Herodes que Josefo coloca al oriente, al pie de la ciudad y cerca del templo. El pretorio de Pilatos casi tocaba con la torre Antonia, cuyos cimientos se conservan aun. Así pues habiendo encontrado el tribunal de Pilatos y el Calvario, facilmente podemos fijar el parage de los últimos sucesos de la Pasion en el camino que va de una á otra parte, principalmente conservandose aun restos de la puerta Judiciaria. Este camino es aquella *via dolorosa*, tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

No se indican con menos certeza por medio de las estaciones los pasos de N. S. Jesucristo fuera de la santa

ciudad. El jardin de las Olivas al otro lado del valle de Josafat y del torrente de Cedron, se halla visiblemente hoy dia en la misma posicion que le da el Evangelio.

Podria añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones á quanto acabo de exponer; pero ya es tiempo de concluir esta introduccion, demasiado larga. Cualquiera que exâmine de buena fé las razones que se deducen de esta memoria, convendrá que la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem, es el hecho historico mas bien probado del mundo.



NUEVA DESCRIPCION

DE LA TIERRA SANTA.

PARTE PRIMERA.

La Grecia.

Habiendo ya formado el plan de la obra de los Mártires y escrito la mayor parte de ella, ántes de darla la última mano quise ver el pais en el que coloco la escena, pues si otros pueden sacar de sí mismos los materiales de sus composiciones, yo necesito buscarlos á costa de mucho trabajo, y por lo tanto la descripción de aquellos parages célebres que no se hallen en esta obra, se encontrarán en aquella.

Á esta razon se añadía aun otra, y era que un viage al oriente completaba los estudios que siempre me propuse con-

cluir. En los desiertos de América habia contemplado yo los monumentos de la naturaleza; entre los de los hombres no conocia aún mas que dos especies de antigüedades, la céltica y la romana, quedándome por recorrer las ruinas de Atenas, de Memfis y de Cartago, y tambien queria hacer mi peregrinacion á Jerusalem.

..... Qui devoto
Il grand sepolcro adora, è scioglie il voto.

Al dejar de nuevo á mi patria el 13 de julio de 1806 no temí volver la cabeza como el senescal de Champaña, pues que me miraba como extrangero en mi pais no abandonando ni palacio ni cabaña alguna.

Conocia ya el camino de París á Milan: aquí tomé el de Venecia, viendo en todas partes casi como en el Milanesado un terreno pantanoso, fértil y desagradable por su monotonia. Detúveme un poco á ver los monumentos de las artes en Verona, Vicenza y Padua, y con esto llegué á Venecia el 23, permaneciendo

aquí cinco dias para examinar los restos de su pasada grandeza, y algunos buenos cuadros del Tintoreto, de Pablo Veronese, de su hermano, del Basan y del Ticiano. Costóme algun trabajo el hallar en una iglesia abandonada el sepulcro de este último pintor, bien que lo mismo me habia sucedido en Roma con el del Taso. Ni me parecen mal colocadas en una hermita las cenizas de un religioso y desgraciado poeta. El cantor de la Jerusalem parece haberse refugiado á este desconocido sepulcro como huyendo de la persecucion de los hombres. El mundo está lleno de su fama, y él descansa obscuramente á la sombra de un hermoso naranjo.

Salí de Venecia el dia 28 y me embarqué á las diez de la noche para pasar á la tierra firme. El viento de sureste soplabá bastante para hinchar las velas, mas no para agitar el mar. Á medida que la barca se iba alejando veía yo perderse en el horizonte las luces de Venecia, y me parecian manchas entre las olas las sombras de las muchísimas islas que es-

tan como sembradas en aquellos parages. Estas islas tienen muchas iglesias y monasterios: oía las campanas de los hospicios y de los lazaretos, recordándome ideas de beneficencia y de sosiego en el imperio de las tempestades y de los peligros. Nos acercamos tanto á una de ellas que casi distinguimos á los religiosos que miraban pasar nuestra góndola: parecíéronme marineros antiguos, que despues de largos viages habian logrado descansar en el puerto, y tal vez bendecian al viagero, acordándose haber sido como él, forasteros en la tierra de Egipto "*Fuistis enim et vos advenæ in terrâ Ægypti.*"

Antes de amanecer llegué á la tierra firme y fuí en posta á Trieste: no me aparté de mí camino para pasar á Aquilea, ni tuve curiosidad alguna de ver la brecha por donde los godos y los hunos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni de buscar los rastros de aquellos egercitos que ejecutaban la venganza de Dios. Entré en Trieste el 29 á medio dia: es una ciudad bien edificada al pie de una cordillera de montañas esté-

riles, y no posee monumento alguno de antigüedad: goza de un muy hermoso cielo, y se diría que el último soplo de Italia viene á espirar en esta costa donde comienza ya Berbería.

Mr. Séguier, cónsul de Francia en Trieste, me hizo el favor de buscarme un buque, y hallándose uno que iba á dar á la vela para Smirna me arreglé con el capitán en que me dejaría al paso en las costas de Morea, debiendo yo atravesar por tierra el Peloponeso aguardándome él con el buque algunos días á la punta del Ática, pudiendo luego seguir su viage si yo no parecía.

Hicimonos á la vela el 1.º de agosto á la una de la mañana, y al salir del puerto hallamos los vientos contrarios: la Istria presentaba á lo largo del mar una tierra baja, apoyada en lo interior á una cordillera de montes. El mediterráneo colocado en el centro de los países civilizados, cubierto de hermosísimas islas, y bañando costas plantadas de mirtos, palmeras y olivos, presenta al instante la idea de aquel mar donde nacieron Apo-

lo, las Nereidas y Venus, mientras que el océano abandonado á las tempestades y rodeado de desconocidas tierras, debia ser la cuna de las fantasmas de Escandinavia.

El 2 á la hora del medio dia, el viento se volvió favorable, pero las nubes que se amontonaban hácia el poniente nos presagiaban una tempestad; y en efecto oimos los primeros truenos hácia la costa de Croacia: á las tres se recogieron las velas, y se colgó una lamparita en la cámara del capitan, á los pies de una imagen de nuestra Señora: no hay cosa que trastorne mas la vana sabiduría humana que los peligros; el hombre entonces busca el refugio de la religion, pues enmedio de las tempestades mas le tranquiliza la lámpara encendida delante de la Vírgen, que las ideas de su futil filosofía.

A las siete de la noche la tempestad estaba en su mayor fuerza, y entre truenos y torrentes de lluvia nuestro capitan austriaco comenzó á rogar por el emperador Francisco II, por nosotros, y por

los marineros *sepolti in questo sacro mare*. Los marineros de pie y descubiertos unos, arrodillados otros sobre los cañones, respondían al capitán.

Siguió la tempestad parte de la noche. Estaban recogidas todas las velas y las gentes del equipage se habian retirado, quedando yo casi solo al lado del marinero que tenia la caña del timon. De este modo habia pasado noches enteras en mares mas borrascosos; pero entonces era joven, y el ruido de las olas, la soledad del océano, los vientos, los escollos, y los peligros, me eran otros tantos placeres. He advertido en este último viage que las cosas han mudado de aspecto para mí: conozco ahora cuán poco valen todas las ilusiones de nuestra primera juventud, y sin embargo, tal es la inconsecuencia humana, que aun recorria los mares, me abandonaba á la esperanza, iba á buscar imágenes y colores para adornar pinturas que me acarrearían, tal vez, nuevas penas y persecuciones. Me paseaba por el navío, y de tiempo en tiempo venia á escribir al-

gunas de mis observaciones á la luz de la lámpara que alumbraba la brújula del piloto, el cual me miraba con admiración, creyendo que yo fuese algun oficial de marina frances que estudiaba como él el rumbo del buque, sin que llegase á sospechar que mi brújula no era tan buena como la suya, y que él hallaría mas seguramente el puerto que yo.

Al otro día, que lo era el 3 de agosto, se fijó el viento al norte y pasamos con rapidez por delante de las islas de Pomo y Pelagosa. Dejamos á la izquierda las últimas islas de la Dalmacia, y descubrimos á la derecha el monte Santangelo, ántes Gárgano, que cubre la Manfredonia, cerca de las ruinas de Siponto, sobre las costas de Italia.

El día 4 nos sobrevino calma, pero habiendo vuelto á levantar el viento al ponerse el sol, seguimos nuestro camino. Á las dos, la noche era en extremo apacible, y entonces oí á un grumete cantar el principio del séptimo canto de la Jerusalen.

Intanto Erminia infra l'ombrese piante, &c.

La música era una especie de recitado muy subido en la entonación, bajando á las notas mas graves al caer el verso. Sobremanera me agradaba este cuadro de la felicidad campestre recordado por un marinero en medio del mar. Los antiguos, que en todo han sido nuestros maestros, han conocido este contraste en las costumbres. Theócrito ha puesto á veces á sus pastores en las orillas del mar, y Virgilio se complace en oponer el descanso del labrador á los trabajos del marinero.

*Invitat genialis hyems, curasque resolvit:
Ceu pressæ cum jam portum tetigère carinæ,
Puppibus et læti nautæ imposuère coronas.*

En el invierno frío
Los labradores sus convites hacen,
Y lo que en el estío,
Trabajando á porfia se deshacen,
Los dias trastocados,
Se reparan y alivian de cuidados.
Así como el navío,
Que en el mar de las olas apremiado,
Había perdido el brio,
Cuando en el puerto se halla sosegado,
Todo es en sus riberas
Hacer fiestas, y colgar banderas.

*

El 5 el viento arreció bastante y nos trajo un pájaro de color ceniciento muy semejante á la alondra: le amparamos, pues por lo general agrada mucho á los marineros cuanto se contrapone á su vida agitada; y así gustan de lo que les recuerda la de los campos, como el ladrido de los perros, el canto del gallo y el paso de las aves terrestres. Á las once de la mañana del mismo dia nos hallamos á las puertas del Adriático, es decir, entre el cabo de Otranto en Italia, y el de la Lingüeta en Albania.

Hallábame allí en las fronteras de la antigüedad griega y en los confines de la antigüedad latina. Pythagoras, Alcibiades, Scipion, César, Pompeyo, Ciceron, Augusto, Horacio y Virgilio pasaron por estos mares; y todos estos tan célebres personajes; cuán diversas fortunas no abandonaron á la inconstancia de aquellas mismas olas! Y yo desconocido viajante, siguiendo el rumbo mismo de los bajeles que condujeron á los grandes hombres de Grecia y de Italia, iba á buscar las musas en su patria; pero ni

soy Virgilio, ni los dioses habitan ya el Olimpo.

Nos dirigíamos hácia la isla de Fano, que algunos quieren sea la de Calipso; y aunque no descubrí mas que peladas y blanquecinas rocas, plantaré, si se quiere, con Homero un bosque abrasado por los fuegos del sol, pinos y olmos llenos de nidos de cornejas marinas, ó hallaré con Fenelon bosques de naranjos y montañas cuya caprichosa figura forme el horizonte mas hermoso y grato á la vista. ¡Desgraciado del que no vea á la naturaleza con los ojos de Fenelon y de Homero!

Á cosa del anochecer se echó el aire, se calmó el mar, y el navío quedó inmovil. Con sumo gozo contemplaba yo por primera vez el ponerse el sol en el hermoso cielo de Grecia. Teníamos á la izquierda la isla de Fano y la de Corcyro, que se prolongaba hácia el oriente: por encima de ellas se descubrian las elevadas tierras del continente de Epiro; los montes Acroceraunios, que ya habíamos pasado, formaban al norte y á nues-

tra espalda un círculo que se terminaba á la entrada del Adriático: á nuestra derecha, es decir, al occidente, se iba ya ocultando el sol mas allá de las costas de Otranto; delante teníamos el inmenso mar que se extiende hasta las costas de África.

No eran muy vivos los colores del cielo hacia el poniente: obscurecíase el sol entre nubes que sonrosaba con sus rayos: perdióse en el horizonte y le sucedió un crepúsculo de media hora. En tanto el cielo era blanco al poniente, de azul caído al zenit, y de perla obscuro al levante. Las estrellas fueron rompiendo poco á poco por aquella hermosa y variada bóveda: parecían pequeñas y poco refulgentes, su luz era dorada y tan suave cual no podré pintar. Los horizontes del mar cubiertos de un ligero vaporcillo se confundían con los del cielo. Al pie de la isla de Fano ó de Calipso se descubría un fuego encendido por los pescadores, y con poco que me hubiese dejado llevar de la imaginacion, hubiera podido ver á las ninfas quemando el bajel de Telémaco; y tambien hubiera visto á

Nausícaa jugar con sus compañeras, ó á Andrónaca llorando en las orillas del falso Simois, pues que columbraba á lo léjos y entre sombras los montes de Sche-ria y de Buthroto.

Prodigiosa veterum mendacia vatum.

Los climas influyen mas ó menos en el diferente gusto de los pueblos: en Grecia v. g. todo es suave, tierno, sosegado en la naturaleza y en los escritos de los antiguos. Así pues, cuando se ha visto el cielo sereno y puro, y los graciosos paisages de Atenas, de Corintho y de Jonia, fácilmente se comprende, por qué la arquitectura del Parthenon tiene tan excelentes proporciones, y por qué la escultura antigua es tan sencilla, tan natural y de tan fácil ejecucion. En la patria de las musas la naturaleza misma aleja del error, y hace amar las proporciones y la armonía.

Siguió la calma el dia 6, y pude considerar despacio á Corfú ó Corcyro, donde Ulises habiendo naufragado aportó

desnudo. Me acordé de las guerras civiles de Corcyro pintadas con tanta elocüencia por Thucydides. Aquí estuvieron los famosos jardines de Alcinoos que pinta Homero. Aristóteles vino á expiar, desterrado aquí, los errores de una passion que no siempre vence la filosofía. Tambien estuvo en esta isla Alejandro siendo jóven y reinando su padre Filipo. Muchos ciudadanos de Corcyro alcanzaron coronas en los juegos olímpicos, y los versos de Simónides y las estátuas de Polycleto inmortalizaron sus nombres. Corcyro continuó siendo en tiempo de los romanos el teatro igualmente de la gloria y de la desgracia. Despues de la batalla de Farsalia, Caton encontró á Ciceron en Corcyro. ¡Qué asunto tan grande para un buen cuadro! ¡qué hombres! ¡qué dolor! ¡qué golpe de fortuna! Veríase á Caton queriendo ceder á Ciceron, porque habia sido consul, el mando de las legiones republicanas que aún quedaban. Separáronse luego: desgarróse el uno las entrañas en Utica, entregó el otro su cabeza á los triunviros. Poco tiempo des-

pues Antonio y Octavia celebraron en Corcyro aquel fatal himeneo que tantas lágrimas costó al mundo; y apenas se pasó medio siglo cuando Agripina vino á este mismo parage á celebrar los funerales de Germánico, como si esta isla debiese presentar á dos historiadores rivales en talento (1), en dos lenguas tambien rivales, el asunto de dos admirables cuadros.

Otro orden de cosas y de sucesos, de hombres y de costumbres, hace se repita á menudo el nombre Corcyro (entonces ya Corfú) en la historia Byzantina, en la de Nápoles y de Venecia, y en la coleccion: *Gesta Dei per Francos*. De Corfú salió aquel ejército de los cruzados que colocó á un caballero frances en el trono de Constantinopla. Pero si yo hablase de Apolidoro, obispo de Corfú, que se distinguió por su doctrina en el concilio de Nicea, de S. Arseno y de Jorge, obispos tambien de esta célebre isla;

(1) Thucydides y Tácito.

si dijese que la iglesia de Corfú fué la única que se libertó de la persecucion de Diocleciano; y que Helena madre de Constantino, comenzó en Corfú su peregrinacion al oriente, temeria se burlasen de mí los espíritus fuertes. Porque ¿cómo nombrar á San Jasón y á S. Sopistrato apóstoles de los corcyrienses, en el reinado de Claudio, habiendo hablado de Homero, de Aristóteles, de Alejandro, de Ciceron, de Caton y de Germanico? Y sin embargo ¿no es infinitamente mas grande un mártir de la verdad, que un mártir de la independendencia? ¿Caton sacrificándose por la libertad de Roma, es mas heróico que Sopistrato, dejándose quemar en un toro de bronce para predicar á los hombres, que son hermanos, que deben amarse y socorrerse, y elevarse hasta la presencia del verdadero Dios practicando las virtudes?

Tenia yo tiempo de recordar todas estas memorias á la vista de la costa de Corfú, pues nos detenia allí una completa calma; pero tal vez desea el lector que un buen viento me lleve á Grecia,

y le liberte de mis digresiones, y es lo que en efecto sucedió el día 7 por la mañana. Levantóse la brisa de noroeste y tomamos el cabo de Cefalonia. El día 8 teníamos á nuestra izquierda á Leucates, ahora Santa Maura, que se confundia con un elevado promontorio de la isla de Ithaca, y con las tierras bajas de Cefalonia. Ya no se ve en la patria de Ulises ni al bosque del monte Nereo, ni los trece perales de Laertes. Saludé de lejos á la cabaña de Eumeo y al sepulcro de aquel perro tan fiel á su amo. Solo se cita un perro célebre por su ingratitude: se llamaba *Math*, y creo que su amo era un rey de Inglaterra de la casa de Lancaster. La historia ha querido conservar el nombre de este perro ingrato, cual conserva el de un hombre que permanece fiel en la desgracia.

El 9 costeamos la Cefalonia y caminamos rápidamente ácia Zante, *Nemorosa Zacynthos*. En la antigüedad eran tenidos los habitantes de esta isla por oriundos de Troya, y pretendian descender de Zacyntho, hijo de Dárdano, el cual

trajo á Zacyntho una colonia. Fundaron á Sagunto en España: eran aficionados á las nobles artes, y les gustaba oír cantar los versos de Homero: muchas veces dieron asilo á los romanos que se hallaban proscritos, y aun se quiere decir que se hallaron en esta isla las cenizas de Ciceron. Si en efecto Zante fué el refugio de los desterrados, la venero y apruebo sus nombres de *Isola d' Oro*, de *Fior de Levante*. Este nombre de flor me recuerda que el jacinto era originario de la isla de Zante, y que esta isla recibió su nombre de la flor; así pues en la antigüedad para alabar á una madre, se añadía á veces á su nombre el de su hija.

Con impaciencia aguardaba el instante de descubrir las costas de Grecia, buscábalas con la vista en el horizonte, y creía verlas en todas las nubes. El día 10 por la mañana estaba ya sobre el puente antes de que saliese el sol, y cuando rayaba por el mar columbré á lo lejos confusos y elevados montes: eran los de Elide, y sin duda la gloria es

una cosa real y verdadera, pues que de este modo agita el corazón de quien solo puede juzgar de ella. A las 10 de la mañana pasamos delante de Navarino, la antigua Pylos, oculta por la isla de Sphacteria, nombres igualmente célebres el uno en la fábula, y el otro en la historia. Al medio día echamos el ancla delante de Modon, en otro tiempo Methone en Mesenia. A la una ya había yo saltado en tierra, y pisaba el suelo de Grecia: estaba á diez leguas de Olimpia y á treinta de Sparta, en el camino que llevó Telémaco cuando fué á preguntar á Menelao noticias de su padre Ulises, y aun no hacía un mes que yo había salido de París.

Nuestro bajel fondeó á una media legua de Modon, entre el canal que forma el continente con las islas Sapienza y Cabrera, antes $\text{\textcircled{E}}$ nusa. Mirando desde este punto á las costas del Peloponeso, ácia Navarino, parecen áridas y sombrías. Detrás de estas costas se elevan á cierta distancia, en las tierras, montañas que parecen ser de una arena muy

blanca cubierta de marchitas yerbas; y sin embargo aquellos eran los montes Egaleos á cuya vertiente estaba Pylos. Modon es una ciudad de la edad media, cercada con murallas góticas, casi arruinadas. Ni un buque en el puerto, ni un hombre en la playa: solo silencio, abandono, olvido. Me embarqué en una chalupa con el capitán para ir á tomar lengua á tierra. Nos acercamos á la costa, iba ya á arrojarme á aquella desierta orilla y á saludar á la patria del talento y de las artes, cuando con la bocina nos hablaron desde una de las puertas de la ciudad. Hubimos de volver la proa ácia el castillo de Modon, y desde lo lejos alcanzamos á ver sobre la punta de una roca varios genízaros cubiertos de armas, y diferentes turcos, atraídos por la curiosidad. Cuando estuvimos mas cerca nos gritaron en italiano: *Ben venuti!* Como un verdadero griego presté atención á esta primera palabra de buen agüero oída en la costa de Mesenia. Los turcos se echaron al agua para sacar nuestra chalupa á tierra, y nos ayudaron á saltar

sobre la roca. Hablaban todos á un tiempo, y hacian mil preguntas al capitán en griego y en italiano. Entramos en la ciudad por su medio arruinada puerta, y nos hallamos en una calle, ó mas bien en un verdadero campamento, que me recordó al instante la bella expresion de Mr. de Bonald. "Los turcos están acampados en Europa." Es increíble hasta qué punto es exacto este dicho en toda su extension y bajo todos sus respetos. Estos tártaros de Modon estaban sentados á sus puertas con las piernas cruzadas sobre unas mesillas de madera, á la sombra de unos malos toldos colgados de unas casas á otras. Fumaban sus pipas, bebían café, y contra la idea que me había formado de la taciturnidad de los turcos, reían, hablaban á un tiempo, y hacian gran ruido.

Pasamos á casa del Agá, que hallamos encaramado sobre una especie de catre de campaña, bajo un cobertizo. Le digeron el motivo de mi viage, y me recibió con cordalidad, asegurándome que me mandaria dar caballos y un genízaro de

escolta para poder ir á Coron , donde estaba Mr. Vial cónsul de Francia, y que podia atravesar sin miedo por la Morea; que los caminos estaban muy seguros, pues se habian degollado á trescientos ó cuatrocientos bandidos.

Ved aqui el suceso. Acia el monte Itho-
mo habia una cuadrilla de cincuenta ban-
doleros que infestaban los caminos. El
Bajá de Morea , Osman-Bajá , pasó á
aquellos parages é hizo cercar las aldeas
donde los ladrones acostumbraban refu-
giarse. Hubiera sido cosa larga y muy
fastidiosa para un turco el detenerse á
distinguir el inocente del culpado; y así
cual si fuesen bestias feroces mataron á
cuanta gente se encontró en aquella es-
pecie de cacería. Cierto es que acabaron
con los ladrones; pero tambien con tres-
cientos aldeanos griegos que eran del to-
do inocentes.

Desde la casa del Agá pasamos á la
habitacion del vice-cónsul de Alemania,
que vivia en el arrabal de los griegos
fuera de la ciudad; pues en todas las pla-
zas de armas, los griegos están separa-

dos de los turcos. Luego pasé un rato al bajel en un caique, en el que volví al instante á tierra.

Dejé á bordo á mi criado frances, que se llamaba Julian, al que mandé fuese á aguardarme con el buque á la punta del Atica ó á Smirna, si yo no llegaba á tiempo. Me puse un cinturón donde tenía todo mi dinero en oro, me armé de pies á cabeza, y tomé otro criado milanés llamado José, que era un estañero de Smirna, y hablaba un poco el griego moderno; con lo que podía servirme de intérprete. Me despedí del capitán y entré con José en el caique; pero como el viento era fuerte y contrario, tardamos cinco horas en llegar al puerto, aunque solo distaba media legua, y aun estuvimos á pique de zozobrar. Un turco ya viejo, con barba cana, de ojos vivos y sepultados bajo espesas cejas, que enseñaba unos dientes muy largos y en extremo blancos, el cual unas veces callaba, y otras daba espantosos gritos, gobernaba el timón, pareciéndoseme al tiempo que en su barca pasaba un viagero á las de-

siertas costas de Grecia. Ya me estaba aguardando en la playa el vice-cónsul, y nos fuimos á su casa. De camino admiraba yo los sepulcros de los turcos que estaban bajo la sombra de corpulentos cipreses, á cuyos pies venian á estrellarse las olas del mar. En aquellos bosquecillos ví varias mugeres tapadas con velos blancos, que parecian sombras ó fantasmas, y esta fué la única cosa que me recordó un poco la patria de las musas. El cimiterio de los cristianos confina con el de los musulmanes: está arruinado, y no tiene ni árboles, ni piedras sepulcrales: no hay cosa mas triste que estos dos cimiterios, donde se advierte hasta en la igualdad é independencia de la muerte, la distincion del tirano y del esclavo.

El abate Barthelemy ha hallado á Methone de tan poco interes en la antigüedad, que se ha contentado con hacer mencion de sus pozos de agua bituminosa. Sin gloria en medio de todas aquellas ciudades edificadas por los dioses, ó celebradas por los poetas, Methone no se

halla en las poesias de Píndaro que forman, con las obras de Homero, los brillantes archivos de Grecia. Ni tampoco hablan de ella ninguno de los autores antiguos, ó se contentan solo con nombrarla, por lo cual nosotros la pasaremos tambien en silencio, pues que ningun interes ofrece su historia.

El vice-cónsul aleman vivia en una miserable choza; pero con la mayor cordialidad me dió parte de su cena, que se reducía á una sandía, pasas y pan moreno; mas hallándose uno tan cerca de Sparta, no debia manifestarse delicado en la mesa. Fuíme luego á acostar al cuartejo que me habian dispuesto, y en toda la noche no pude pegar los ojos, porque ¿cómo era posible que yo durmiese oyendo el ladrido de los perros de Laconia, y el ruido del viento de Elide?

El dia 11 á las tres de la mañana, ya estaba gritando el genízaro que partiésemos para Coron. Al instante montamos á caballo; y voy á pintar el orden con que marchamos, porque fué el mismo en

*

todo el viage. Iba el primero de todos el guia ó postillon griego á caballo, que llevaba otro de la brida para relevar al que se cansase. Seguia el genízaro con su gran turbante, dos pistolas, y un puñal á la cintura, un sable al lado, y un látigo en la mano para arrear al caballo del postillon. Seguia yo armado del mismo modo, y llevando ademas una escopeta. Cerraba la marcha mi criado José, que era un hombrecillo rubio, fresco de rostro, barrigudo, y de risueño aspecto: estaba vestido de terciopelo azul: dos largas pistolas de arzon le arremangaban su chupa de un modo tan ridículo, que el genízaro no podia mirarle nunca sin morir de risa. Mi equipage consistia en una alfombra, para sentarme, una pipa, un cazo para el café, y unos chales para cubrirme la cabeza de noche. Partíamos cuando el postillon daba la señal: trepábamos con fuerte trote por las montañas, y bajábamos á galope por entre los precipicios. Es menester resignarse á ello, pues los militares turcos no conocen otro modo de caminar, y el menor mie-

do ó prudencia que manifestaseis, os expondría á su desprecio. Pero vais sentados en sillas de mamelucos, cuyos anchos y cortos estribos os doblan las piernas, os rompen los pies, y despedazan los hijares del caballo. A cualquiera tropezon ó mal paso el alto pomo de la silla os rompe el pecho, y si os tirais atrás tambien os rompe las costillas, pues es igualmente alto el reborde. Sin embargo, en acostumbrándose uno halla útiles dichas sillas por lo seguro que vá en carrera tan peligrosa.

Cada jornada y siempre en el mismo caballo, es de ocho á diez leguas: á la mitad de la jornada se les deja descansar sin darles de comer, y luego vuelve uno á montar y sigue su carrera; por la noche se llega á veces á un *kan*, que viene á ser un abandonado y miserable cobertizo, y se pasa la noche sobre una podrida tabla entre nubes de insectos y reptiles. Nada se os dá en estas especies de posadas sino llevais firmanes de posta, y teneis que buscar de comer. Mi genízaro salía á recorrer las aldeas, y volvía al-

gunas veces con pollos que yo me obstinaba en pagar: los asábamos sobre ramas verdes de oliva, ó los guisábamos con arroz, que es lo que los turcos llaman *pi-lau*. Nos echábamos en el suelo para comer, que lo hacíamos con los dedos, y luego íbamos á labarnos las barbas y las manos al primer arroyo que encontrábamos; y de este modo se viaja en la patria de Alcibiades y de Aspasia.

Aun era de noche cuando salimos de Modon, y me parecia caminar por los desiertos de América, pues reinaba allí la misma soledad y silencio. Tomamos ácia el mediodia y pasamos por un grande olivar. Al rayar el alba nos hallamos ya en la cima de los montes mas áridos que jamas he visto. Caminamos por allí unas dos horas sin ver mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y medio secos. Por entre los olivares descubrimos el mar ácia el levante: bajamos despues á una cañada donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y de algodón. Pasamos por un arroyo casi seco lleno de laurel ro-

sa (1) y de agnocastos; y cito estos dos arbustos porque se hallan casi en toda Grecia, y son los únicos que cubren aquellos parages desiertos ahora y antes tan hermosos y risueños. Y á este propósito debo decir aqui, que en la patria del Ili-so, del Alpheo, y del Erymantho, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, y son el Pamiso, el Cephi-so, y el Eurotas. Preciso es que se me perdone aun la especie de indiferencia y como impiedad, con que á veces escribo los nombres mas célebres y armoniosos, pues aunque uno no quiera se familiariza en Grecia con Themístocles, Epaminondas, Sóphocles, Platon y Thucidides; y es menester tener suma veneracion poética para no pasar el Cithe-ron, el Menalo, ó el Liceo, como se pasan los montes vulgares.

Al salir de la cañada comenzamos á trepar por nuevos montes: nuestro con-

(1) Más conocido en castellano con los nombres de adelfa, oleandro, rosa damascena.

ductor me repitió muchas veces nombres que me eran desconocidos; pero juzgando por la situación, aquellos montes debían formar parte de la cordillera del Temathio. Entramos pronto en un olivar donde había muchas adelfas, agnocastos, cornizos, y otros arbustos. Dominaban al olivar varias encumbradas rocas; y habiendo trepado nosotros á lo mas alto de ellas, descubrimos el golfo de Mesenia cercado por todas partes de montes, entre los que sobresalia el Ithomo por hallarse separado de los demas, y el Taygeto por sus dos agudas puntas: al ver aquellos famosos montes, repetí cuantos versos sabia en su elogio.

Un poco mas abajo de la cumbre del Temathio, y tirando ácia Coron, vimos una miserable alquería griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme íbamos bajando descubriamos á nuestros pies la rada y el puerto de Coron donde se veían anclados algunos buques: la escuadra del capitan Bajá fondeaba al otro lado del golfo ácia Calamata. Al llegar á la llanura que está al

pie de los montes, y que se extiende hasta el mar, dejamos á nuestra derecha una aldea, enmedio de la cual se veía un castillejo, y tanto la aldea como el castillo se hallaban cercados por un gran cimiterio turco cubierto de cipreses. Nuestro guia al enseñarme aquellos árboles los llamaba parisos. Un antiguo habitante de la Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la historia de aquel jóven de Amyclea, cuyo nombre solo han conservado á medias los mesenienses modernos; pero este nombre, aunque desfigurado, repetido en aquellos parages, delante de un cipres y del Taygeto, me causó un placer que los poetas comprenderán muy bien. Tenia yo un consuelo mirando los sepulcros de los turcos, pues consideraba que los bárbaros conquistadores de Grecia habian hallado tambien la muerte en aquella tierra que destruyeron. Pero por otra parte estos sepulcros presentaban una vista muy agradable: la adelfa crecia al pie de los cipreses, que parecian unos grandes obeliscos negros: entre aquellos árboles revoloteaban y arrullaban muchas

tortolillas blancas, y palomas de hermoso plumage azul: la yerba se movia blandamente en derredor de las columnitas fúnebres decoradas con turbantes: una fuente edificada por un xerife derramaba su agua en el camino para alivio de los viajeros: con gusto se detendria uno en un cimiterio, en el que el laurel de Grecia dominado por el cipres del oriente, parecian recordar dos pueblos cuyas cenizas descansaban en aquellos parages.

Desde este cimiterio á Coron hay unas dos leguas de camino, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno que á lo lejos parecia una llanura igual, está cortado por algunas ramblas desiguales y profundas. Mr. Vial, que entonces era cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad que tan general es en los cónsules de levante. Me llevó á su casa, despidió á mi genízaro, y me dió uno de los suyos que me acompañase por la Morea y me llevase á Atenas. Como el capitan Bajá estaba entonces en guerra con los manio-

tas, no pude pasar á Esparta por Calamata, que si se quiere será Calathion, Cardamyla, ó Thalames, en la costa de Laconia, casi enfrente de Coron. Me resolví, pues, á dar una gran vuelta, é ir á buscar el desfiladero de las puertas de Leondari, y pasar luego á Tripolizza para solicitar del Bajá de Morea el firman necesario para pasar el istmo, que desde Tripolizza volveria á Sparta, y de aqui tomaria por los montes el camino de Argos, de Mycenas, y de Corintho.

Mr. Vial me acompañó para recorrer á Coron, que no es mas que un monton de ruinas modernas, y tambien me enseñó el parage por donde los rusos cañonearon la ciudad en 1770, época fatal para la Morea, pues que los albaneses degollaron á casi todos sus habitantes. Segun los viages de Pellegrin hechos en 1715 y 19, el término de Coron comprendia entonces ochenta aldeas, pero en el dia creo que no llegen á cinco. Todo aquel arruinado pais pertenece á varios turcos dueños de tres ó cuatro mil pies de olivos, y los cuales en un haren de Cons-

tantinopla malgastan la herencia de Aristómenes. Saltábanseme las lágrimas al ver las manos del griego esclavo, empapadas inútilmente en aquél aceite que á los brazos de sus padres daba el necesario vigor para triunfar de los tiranos.

La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron, y desde mi ventana veía el mar de Mesenia pintado del azul mas hermoso: á mi frente y al otro lado de este mar se elevaba la alta cordillera del Taygeto, cubierta de nieve, y con razon comparada á los Alpes por Polybio; pero á los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha se extendia el ancho mar, y á mi izquierda en lo interior del golfo descubria el monte Ithomo, solo como el Vesubio, y truncado como él en su cima. No podia apartar la vista de aquel cuadro: ¡qué ideas no inspira el aspecto de estas costas desiertas de Grecia, donde solo se oye el continuo silvido del viento, y el bramido de las olas! Algunos cañonazos que el capitan Bajá hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los maniotas, era la única cosa

que interrumpia aquel triste ruido con otro mucho mas triste aún: en toda la vasta extension de los mares, no se descubria mas que la escuadra de aquel caudillo de bárbaros, lo que me traía á la memoria aquellos piratas americanos que plantaban su sangrienta bandera en una tierra desconocida, tomando posesion de un hermoso pais en nombre de la esclavitud y de la muerte, ó mas bien creía ver las naves de Alárico alejarse de Grecia reducida por él á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las rotas y mutiladas estátuas de la libertad y de las artes.

Partí de Coron el dia 12 á las dos de la mañana colmado de atenciones por Mr. Vial, el cual me dió una carta de recomendacion para el Bajá de Morea, y otra para un turco de Misitra. Me embarqué con José y mi nuevo genízaro en un caique para pasar á la embocadura del Pamiso, en lo interior del golfo de Mesenia. En pocas horas de una feliz travesía me hallé en el mayor rio del Peloponeso, donde nuestro barquichuelo encalló por fal-

tarle el agua. El genízaro fué á traer caballos de Nissi, que es un lugar de bastante consideracion, situado á tres ó cuatro millas del mar, subiendo por el Pamiso. Este rio estaba cubierto de vandas de pájaros silvestres, cuyos juegos me entretenian hasta la vuelta del genízaro. Seria por cierto cosa muy agradable el reunir siempre la historia natural á la del hombre: entonces se complaceria uno en ver las aves de paso, dejar los desconocidos pueblos del Atlántico para visitar los famosos del Eurotas y del Cephiso. La providencia para confundir nuestra vanidad, ha permitido que los animales conociesen antes que el hombre la verdadera extension de la morada del hombre; y tal ave americana fijaba talvez la atencion de Aristóteles, en los rios de Grecia, cuando el filósofo ni aun siquiera sospechaba que hubiese el nuevo mundo. La antigüedad nos ofreceria en sus anales una multitud de relaciones entre cosas muy diferentes; y muchas veces la marcha de los ejércitos y aun de naciones enteras vendria como á enlazar-

se con los viages de algunas aves solitarias, ó las emigraciones pacíficas de las gazelas y de los camellos.

En esto volvió el genízaro con un guía y cinco caballos. Pasamos á Nissi que me parece no conocido en la antigüedad: vi al baiboda, que era un griego jóven y muy afable, que me presentó dulces y vino: no lo admití, y seguí mi camino para Tripolizza.

Nos dirigimos ácia el monte Ithomo, dejando á la izquierda las ruinas de Mesenia, de la cual aun quedan nueve torres enteras, y una parte considerable de la muralla. Llegamos á las tres de la tarde al pie de Ithomo, que parece es el que en el dia llaman monte Vulcano.

Pasamos por muchas aldeas, la mayor parte de ellas acabadas de destruir por el Bajá en su última expedicion contra los bandidos. En todos estos lugares solo ví una muger que no desmentia la sangre de los Heráclidas en sus ojos azules, su altura y belleza. La Mesenia fué casi siempre infeliz, pues un pais fértil es á veces un desgraciado bien para el pueblo

que lo habita. Al considerar las actuales ruinas, se diria que los feroces lacedemonios acababan de destruir la patria de Aristodemo. Un grande hombre cuidó de vengar á otro no menos grande. Epaminondas reedificó los muros de Mesenia; pero por desgracia se puede acusar á esta ciudad de la muerte de Philopemon. Los arcades vengaron esta muerte, y se llevaron las cenizas de su compatriota á Megalópolis. Pasaba yo con mi pequeña caravana precisamente por los mismos caminos por donde hacia dos mil años que habia pasado la pompa fúnebre del último de los griegos.

Despues de haber costeadado el monte Ithomo, atravesamos por un arroyo que corria ácia el norte, y que podria muy bien ser una de las fuentes del Balyra. Jamas desafié á las musas, ni me pusieron ciego como á Thamyris: y si tengo una lira, tampoco la he arrojado al Balyra, exponiéndome á ser convertido en ruiseñor despues de mi muerte. Por algunos años aun quiero dar culto á las nueve hermanas, y luego abandonaré sus al-

tares. No me mueve la corona de rosas de Anacreonte, pues la mejor corona de un anciano son sus canas, y la memoria de una honrosa vida.

Mas abajo, á las orillas del Balyra, debia estar Andanias, y hubiera yo querido descubrir á lo menos algunas ruinas del palacio de Merope; pero estaba muy apartado de nuestro camino para distraerse á esto. Pasé por una desigual llanura cubierta de crecida yerba, y de piaras de caballos, como las sabanas de la Florida, para llegar á un valle donde se reunen los encumbrados montes de Arcadia y de Laconia. El Lyceo se presentaba delante aunque un poco á nuestra izquierda, y probablemente nos hallábamos sobre el terreno de Steniclaro. No oí á Tyrteo cantar al frente de los batallones de Sparta; pero en su lugar encontré en aquel mismo parage á un turco que montaba un arrogante caballo sirviéndole dos griegos de mozos de espuela. Al instante que por mi trage conoció que yo era un franco, se dirigió ácia mí gritando en frances: "La Morea es

un excelente país para viajar. En Francia desde París á Marsella hallaba yo en todas partes camas y posadas. Estoy muy cansado: vengo de Coron por tierra y voy á Leondari. Y vos ¿dónde vais? Le respondí que á Tripolizza. Pues bien, dijo el turco, iremos juntos hasta el kan de las Puertas: pero estoy muy cansado, mi querido señor.” Este turco tan atento era un mercader de Coron que habia estado en Marsella: de Marsella á París, y de París á Marsella (1).

Ya era de noche cuando llegamos á la entrada del desfiladero en los confines de Mesenia, de Arcadia y de Laconia. El camino se vá poco á poco elevando por el lado de Mesenia, y baja muy suavemente ácia Laconia. Tal vez este es aquel mismo parage en que Orestes, atormentado por la primera aparicion de las Eumenides, se cortó un dedo con los dientes.

(1) Es particular que Mr. Poucqueville encontró casi en el mismo parage un turco que hablaba frances, y tal vez sería él mismo.

Nuestra caravana se metió pronto en aquella angostura, y así todos caminábamos en fila y silenciosamente; pues el camino á pesar de la atroz justicia del Baja, no parece que era muy seguro, y teníamos que caminar con toda precaución. A la media noche llegamos á la mitad del desfiladero: el ruido del agua y un corpulento árbol, nos indicaron que era una piadosa fundacion de un devoto de Mahoma. En Turquía todos los establecimientos públicos se deben á los particulares, el estado no hace nada por el estado. Estos establecimientos son hijos del espíritu de religion, y no del amor á la patria, porque allí no la hay; y debo advertir que todas estas fuentes, estos kanes y estos puentes se van arruinando y pertenecen á los primeros tiempos del imperio, pues no creo haber encontrado en ninguno de mis caminos una sola fábrica moderna. De lo que debemos inferir que se debilita entre los musulmanes el espíritu de religion aunque falsa, y que con la religion el estado social de los turcos está cercano á su total ruina.

*

Entramos en el kan por una caballeriza: subimos por una mala escalera á una cáñara muy sucia. El mercader turco se tiró sobre una estera repitiendo siempre: "éste es el mejor kan de toda Morea: desde París á Marsella hallaba yo en todas partes camas y posadas" Procuraba consolarle convidándole con la mitad de la cena que habia traído de Coron, pero él me respondia: "estoy tan cansado, mi querido señor, que voy á morir." Se lamentaba, se tiraba de las barbas, y se limpiaba la frente con su chal, exclamando "Alá!" y sin embargo comia con famoso apetito la parte de cena que al principio habia reusado.

Me separé de aquel buen hombre el dia 13 al amanecer, y empleamos tres horas en pasar los desfiladeros, entrando luego en una llanura cultivada que llega hasta Leondari. Estábamos allí en la Arcadia fronterizos de Laconia.

Dejando á la derecha á Leondari, ciudad enteramente moderna, pasamos por entre encinas muy viejas, venerables restos de algun bosque sagrado. Un enor-

me buytre colgado en la punta de un árbol ya seco, parecía estar aguardando allí que pasase algún Augúr: vimos salir el sol por encima del monte Boreas: nos apeamos al pie de este monte para subir un camino abierto á pico en la misma roca: estos caminos se llamaban de la escala en Arcadia.

No pude hallar en Morea ni caminos griegos, ni vias romanas; para pasar por los terrenos bajos y pantanosos hay unas calzadas turcas de dos pies y medio de ancho, pues como no hay un solo carruage de ruedas en esta parte del Peloponeso, basta con esta especie de sendas para que pasen los asnos de las aldeas y los caballos de la tropa.

Nos hallábamos cerca de una de las fuentes del Alpheo, y con la mayor ansia buscaba yo todas las ramblas, las que estaban enteramente secas sin que ninguna de ellas pudiese indicarme aquel famoso rio de la antigüedad. El sol nos abrasaba: en los pocos y secos matorrales que encontrábamos, habia muchas cigarras que callaban al acercarnos y vol-

vian á chillar: no se oía mas ruido que este, ó las canciones de nuestro guia. Cuando un postillon griego monta á caballo comienza una cancion que dura todo el camino, y por lo comun es una larga historia, como nuestros romances de ciegos, la que disipa el fastidio de los descendientes de Lino. ¿Es antigua esta música? ¿pertenece á la segunda escuela de la música de los griegos, ó sube hasta los tiempos olímpicos? Decidan esta cuestion las personas inteligentes; pero me parece oír aun las canciones de mis desgraciados guias, de noche, de dia, al salir y ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las orillas del Eurotas, en los desiertos de Argos, de Corinto y de Megara; parages todos donde ya no resuena la voz de las Menades, donde cesaron de cantar las musas, donde solo se oye al infeliz griego que parece llorar en tristes cánticos las desgracias de su patria.

..... *Soli periti cantare*
Arcades!

Hasta que llegué á Tripolizza no había visto una ciudad enteramente turca: los techos encarnados de ésta, sus minaretos y sus cúpulas me agradaron á primera vista. Tripolizza está situada en una parte bastante árida del valle del Teggio, y en una de las vertientes del Menalo, que me pareció desnudo de árboles y yerbas.

Ya digo que Mr. Vial me habia dado una carta de recomendacion para el Bajá de Tripolizza, y al otro dia de mi llegada que fué el 14 de agosto, pasé á ver á S. E. despues de varias ceremonias. Su palacio es una espaciosa casa de madera, en cuyo centro se vé un gran patio con un corredor que dá vueltas por los cuatro lados: me hicieron aguardar en una sala donde hallé algunos papás (1), y al patriarca de Morea, los cuales hablaban mucho entre sí, y tenian todos los modales lisongeros de los cortesanos griegos del bajo Imperio.

Despues de haberme hecho aguardar

(1) Sacerdotes griegos.

dos largas horas me introdujeron en la sala del Bajá, el cual era un hombre como de cuarenta años, de hermoso aspecto, estaba sentado ó mas bien echado sobre un divan, vestido de un caftan de seda, con un puñal guarnecido de brillantes en el cinto, y un turbante blanco en la cabeza. Un anciano que tenia muy larga barba estaba con el mayor respeto á su derecha (tal vez seria el verdugo): un dragoman griego estaba sentado á sus pies: habia tres pages de pie derecho que tenian pastillas de ambar, tenacillas de plata, y lumbre para la pipa.

Me acerqué á saludar á S. E. poniendo la mano en mi pecho: le presenté la carta del cónsul, y me senté sin aguardar á que me lo mandase. Osman me preguntó por medio de su intérprete de donde venia, á donde iba, y qué queria; y yo le respondí que iba en peregrinacion á Jerusalem, y que pasaba por Morea para ver las antigüedades romanas (1);

(1) Los turcos llaman romano cuanto pertenece á los griegos, y aun á los mismos griegos.

que queria un firman de posta para tener caballos, y un permiso para pasar el istmo.

El Bajá me contextó con afabilidad, que me concederia los firmanes y cuanto yo quisiese, y en seguida me preguntó si yo era militar y si habia estado en la expedicion de Egipto; y le respondí que en otro tiempo habia servido á mi patria, pero que jamás habia estado en Egipto. Osman me dijo que los franceses le habian hecho prisionero en la batalla de Abukir, y que le habian tratado muy bien, lo que nunca olvidaria.

Despues de haberme hecho el honor de darme café, me despedí. Pasando de vuelta á mi casa ví algunas ruinas que me parecieron antiguas, y me acordé que estaba en los campos de los Tegeos: yo era un franco con ropa corta y sombrero, y salia de la audiencia de un tártaro con ropa larga y turbante, y esto en medio de Grecia.

Eheu fugaces labuntur anni!

He advertido que los turcos miran con

suma indiferencia el que sea ó no hermoso el pais que habitan, y en cuanto á esto no se parecen á los árabes, los cuales gustando siempre de un hermoso cielo y de un terreno pintoresco y delicioso, lloran aún el haber perdido á Granada. Parece que Tripolizza es una ciudad moderna construida entre Mantinea, Tegea y Orcomeno.

Partí el 15 para Sarta, donde deseaba llegar. Á una legua hácia el poniente, saliendo de Tripolizza, nos detuvimos á ver algunas ruinas, y eran las de un convento griego arruinado por los albaneses en el tiempo de la guerra de los rusos, pero en sus paredes se advertian aun trozos de excelente arquitectura: pude leer en una la palabra *tegcates*, de lo que inferí que Tegea estaria en las cercanías de aquel convento. Se hallan en aquellos campos muchas medallas. Compré tres á un aldeano que me las vendió muy caras, pues los griegos á fuerza de ver viajeros comienzan á conocer el valor de sus antigüedades.

Seguimos nuestro camino entre norte

y poniente, y habiendo andado tres horas por un terreno media cultivado, entramos en un desierto que vá á parar al valle de Laconia. Una rambla entre estériles montes nos servia de camino. Encontramos luego un kan á la sombra de dos plátanos y al lado de una fuente-cita. Allí dejamos descansar nuestras cabbellerías, pues hacía diez horas que estábamos á caballo. No encontramos para comer mas que leche de cabras y algunas almendras.

Á medida que nos acercábamos á Laconia se hacian mayores los montes, y mas poblados de árboles; los valles que se formaban entre ellos eran estrechos y pequellos. Á cosa del medio dia descubrimos un kan tan miserable como el anterior, no obstante que le decoraba la bandera otomana. En un espacio de veinte y dos leguas, éstas eran las dos únicas habitaciones que habiamos encontrado: el cansancio y el hambre nos obligaron á permanecer en tan sucio albergue mas tiempo del que hubiéramos querido. El dueño de aquel kan era un tur-

co viejo, cuyo rostro manifestaba su mal genio: estaba sentado en un caramanchon que habia encima de las cuadras, y adonde subian las cabras á hacerle compañía y llenarle de inmundicias. No se dignó levantar de su asqueroso basurero para dar de comer á los perros cristianos, como ellos dicen, sino que con terrible voz llamó á un pobre muchacho griego que estaba en cueros, y tenia el cuerpo hinchado de la fiebre y de los latigazos que de continuo le daba su amo, el cual nos trajo leche de ovejas en un cacharro muy sucio, y aun para beberla hube de salir, pues las cabras y cabritillos me perseguian por cogermé un pedazo de vizcocho que tenia en la mano. Yo habia comido con los salvages su oso y su perro sagrados, despues participé del festin de los beduinos; pero jamás he comido con tanta suciedad como en este primer kan de Laconia: y sin embargo casi en aquellos mismos parages pastaron los ganados de Menelao, el cual dió un banquete á Teiémaco. " Todos se apresuraban en el palacio real, los cria-

dos traían las víctimas y los exquisitos vinos, y sus mugeres ceñidas las frentes con blanquísimas cintas, preparaban el banquete.”

Á las tres de la tarde salimos del kan, y á las cinco llegamos á la cima de unos montes, desde donde descubriamos al frente el Taygeto, á sus pies Misitra y el valle de Laconia. Bajamos por una especie de escalera abierta á pico en la misma roca: vimos un puente de solo un arco y muy bien fabricado, que reunia dos montecillos, por enmedio de los cuales corria un riachuelo. Vadeamos sus cristalinas aguas por entre grandes cañaverales y hermosos laureles rosa cubiertos de flores. Este rio que pasaba yo sin conocerle era el Eurotas. Llegamos á Misitra á la caída de la tarde.

Mr. Vial me había dado una carta de recomendación para uno de los principales turcos de Misitra llamado Ibrain-Bey. Nos apeamos en el patio de su casa, y sus esclavos me llevaron á la sala de los huéspedes, la cual estaba llena de mu-

sulmanes que tambien viajaban. Me coloqué entre ellos sobre el divan, y á su ejemplo coloqué mis armas en la pared encima de mi almohada, y lo mismo hicieron José y mi genízaro. Nadie me preguntó quién era, ni de adonde venia. Siguieron fumando, durmiendo ó charlando, sin siquiera mirarme.

En esto entró Ibrain, que era un anciano como de sesenta años y de muy afable rostro, pero estaba afligido por tener malo á su hijo menor, y así me dejó pasado un breve rato para ir á cuidarle. Me trajeron café, y no de cenar, porque ya se habia pasado la hora; pero como hacia veinte y cuatro que no habiamos comido, José sacó de su saco un salchichon y comenzó á comer grandes bocados con muy brava gana, escondiéndose de los turcos y ofreciendo de ello al genízaro, que apartaba la vista medio horrorizado, medio deseoso.

Me acosté en un rincon del divan, y desde allí por una ventana veía la luna derramar clarísima luz sobre el valle y sobre las cimas ya sombrías, ya brillan-

tes del Taygeto. Apenas podia persuadirme que respiraba en la patria de Helena y de Menelao. Me dejaba llevar de aquellas reflexiones que todos pueden hacer, y yo en especial, sobre las vicisitudes de los hombres. ¡Cuántos parages habian visto mi sueño ya sosegado, ya inquieto! ¡cuántas veces alumbrado por los mismos astros, en los bosques de América, en los caminos de Alemania, en los campos de Italia, en los de Inglaterra, otras en medio del mar, habia formado las mismas reflexiones sobre el trastorno de las cosas humanas!

De ellas vino á sacarme un turco que parecia sugeto de importancia, haciéndome ver de un modo convincente que estaba lejos de mi pais. Se habia acostado á mis pies sobre el divan, y no hacia mas que revolcarse, sentarse, suspirar, llamar y despedir á sus esclavos, aguardando impaciente que llegase el dia. Amaneció pues el 17 de agosto; y el tártaro rodeado de sus criados unos de rodillas y otros de pie, se quitó su turbante, se miró en un pedazo de espejo, se

peinó la barba, rizó sus mostachos, se frotó los carrillos para sacarse el color, y partió arrastrando magestuosamente sus babuchas, y echándome una mirada de desprecio.

Poco despues entró mi huesped trayendo á su hijo en los brazos: aquella pobre criatura estaba muy enferma, amarilla y en cueros, y toda llena de amuletos: el padre despues de haberme contado pesadamente la historia de su mal me pidió algun remedio. Me acordé que cuando niño me habian curado la fiebre con la centaurea menor, y como si yo fuese algun gran médico se la receté. ¿Pero cómo darles á entender lo que era la centaurea? José charló mucho: yo dije que la centaurea la habia descubierto un cierto médico de aquellas cercanías llamado Chiron, que andaba á caballo por los montes. Al instante un griego aseguró que lo habia conocido, que era de Calamata, y que por lo comun montaba un caballo blanco.

Aquella sala donde yo estaba alojado y donde comí, formaba un cuadro que

representaba muy bien las antiguas costumbres del oriente. Todos los huéspedes de Ibrain no eran ricos, y aun algunos eran verdaderos mendigos; y sin embargo se sentaban en el divan con turcos que traían gran séquito de caballos y esclavos. Á todos hablaba y obsequiaba Ibrain con igual afecto y atención, y hasta á los pordioseros servían sus esclavos respetuosamente el café. En esto se conocían los caritativos preceptos del koran, y la virtud de la hospitalidad que los turcos aprendieron de los árabes; pero esta fraternidad del turbante no pasa del quicio de la puerta, y esclavo hay que habiendo bebido el café con su huesped, éste mismo le hace cortar la cabeza así que está en la calle Sin embargo me han dicho, y tambien lo he leído, que en el Asia hay aún familias turcas que conservan las costumbres, sencillez y candor de los primeros tiempos; y créolo muy bien, pues Ibrain es ciertamente uno de los hombres mas honrados que he conocido. Á las ocho de la mañana partimos para Amyclas, llamada ahora Sclabochô-

rion, acompañándome un nuevo guía y un *cicerone* griego muy hombre de bien, pero muy tonto. Tomamos el camino de la vega al pie del Taygeto siguiendo por entre hermosos jardines y huertas plantadas de higueras, moreras y sicómoros, y en las que se veían además viñas y melonares. Llegamos en fin á Amyclas donde solo habia una docena de hermititas griegas medio arruinadas por los albaneses, y ni aun rastro quedaba ya del templo de Apolo, del de Eurotas en Onga, ni del sepulcro de Jacinto. No pude descubrir ninguna inscripcion, no obstante que cuidadosamente busqué el famoso necrólogo de las sacerdotisas de Amyclas que el abate Furmont copió en 1731, y el cual presentaba una série de mas de mil años ántes de Jesucristo. Las destrucciones se multiplican con tal rapidez en Grecia, que muchas veces un viagero no halla el menor rastro de los monumentos que otro viagero admiró algunos meses antes. Mientras que yo buscaba fragmentos de ruinas antiguas entre montones de ruinas modernas, ví llegar algu-

nos aldeanos precedidos por sus papás, y los cuales habiendo apartado una tabla que tapaba la puerta, entraron en un santuario que yo no habia visto aún. Tuve curiosidad en seguirlos, y ví que aquellos infelices hacian oracion con el sacerdote entre aquellas ruinas. Cantaban las letanías delante de una imágen de la *Panagia* (la Santísima Vírgen) malamente pintada de encarnado en una pared azul. Suma diferencia habia entre estas fiestas y las de Jacinto; pero la triple pompa de las ruinas, de las desgracias, y de las oraciones al verdadero Dios, desvanecian de mi vista todas las mundanas pompas.

Mis guias me daban prisa para que partiésemos, porque estábamos en las fronteras de los maniotas, los cuales á pesar de los elogios que de ellos hacen algunos viageros modernos, son unos grandísimos ladrones. Volvimos á Misitra por el camino del monte. En esta tierra dan al Eurotas el nombre de Iri, hasta que se junta con el Tiaso que toma entonces el de Vasilipotamos, que conserva hasta el mar.

*

Llegamos sin salir de los montes á la aldea de Parori, donde vimos una gran fuente llamada Chieramo, y la cual sale con mucha abundancia de aguas de entre una roca: encima se ve un sauce lloron, y debajo un gran plátano á cuya sombra se sienta la gente á tomar café. No sé de dónde habrán traído este sauce á Misitra, pues es casi el único que he visto en toda Grecia. Comunmente se cree que el *salix babilónica* es originario del Asia menor, cuando tal vez habrá venido de la China por el oriente: lo mismo habrá sucedido con este árbol que con el chopo piramidal que la Lombardía recibió de la Crimea y de la Georgia, y cuya familia se ha hallado en las orillas del Misisipi mas allá de los ilineses. Aún hallamos otras dos fuentes no muy distantes llamadas Panthalama y Tritsella, y en la primera una mala escultura antigua que representaba tres ninfas bailando, coronadas de guirnaldas.

Cuando llegamos á la fuente Tritsella, nos hallábamos detras de Misitra, y casi al pie del arruinado castillo que domina

á la ciudad, y está situado sobre lo encumbrado de un peñasco de forma casi piramidal. En esto ya eran las cuatro de la tarde. Nos apeamos y subimos al castillo por el arrabal de los judíos que dá vueltas en caracol al peñasco. Este arrabal habia sido casi enteramente desrruido por los albaneses, y aun el mismo castillo que es gótico se está todo desmoronando; pero desde él se goza de muy hermosa vista, descubriéndose todo Misitra, las casas griegas con jardines, las turcas pintadas de verde y encarnado, los basares, los kanes, las mezquitas, y el valle de Laconia que forma el mas hermoso cuadro, pues aparece rodeado al oriente por los montes Thornax, Barosthenés, Olympo y Menelaion, al poniente por el Taygeto, y extendiéndose casi de norte á mediodia le interrumpen algunas colinas en cuyas vertientes estaba situada Sparta. Desde aquí hasta el mar corre una fértil y muy igual llanura que riega el Eurotas.

Vedme ya subido á una almena del castillo de Misitra, descubriendo, con-

templando, y admirando toda Laconia. Todos los viageros han visto á Athenas, pero pocos han llegado hasta Sparta, y ninguno ha dado una descripcion completa de sus ruinas, pues aun se duda dónde estaba situada esta ciudad.

— Persuadido por un error de mis primeros estudios que Misitra era Sparta, considérese cual sería mi confusion cuando desde el castillo me obstinaba en reconocer la ciudad de Lycurgo en una enteramente moderna, y cuya arquitectura solo me presentaba la mezcla confusa del género oriental y del estilo gótico, griego é italiano, sin que entre todo esto se descubriese la menor ruina antigua que me pudiese consolar. ¡Á lo menos si la antigua Sparta, cual la antigua Roma, levantase su desfigurada frente por entre estos monumentos! Pero no, entre el polvo yace Sparta sepultada, conculcada por los turcos, muerta, enteramente muerta.

— Así me lo imaginaba yo. Mi *cicerone* apenas sabia algunas palabras italianas é inglesas. Para darme mejor á entender le hablé algunas frases que malamente sabia

del griego moderno, y con el lapizero le escribí algunas palabras en griego antiguo, hablándole al mismo tiempo italiano, inglés, y algo frances: José quiso servirnos de intérprete y nos confundió mas: el genízaro y el guía que era un judío medio negro, daban su opinion en turco y acababan de enredarlo. Á un mismo tiempo hablábamos, gritábamos y accionábamos todos; y con nuestros idiomas, rostros y trages diferentes, parecíamos una cuadrilla de diablos encaramados al ponerse el sol sobre aquellas ruinas. Teníamos á la espalda los bosques y las cascadas del Taygeto, encima un muy hermoso cielo, y al pie la Laconia, y yo decia al *cicerone*:

“Esa es Misitra, Lacedemonia, ¿no es verdad? Y él me respondia. Signor? Lacedemonia? Cómo? — Te digo, Lacedemonia ó Sparta. — Sparta? Qué? — Te pregunto si Misitra es Sparta. — No lo entiendo. — Pues como, tú griego, tú lacedemonio, ¿y ni siquiera conoces el nombre de Sparta? — Sparta? Ah! sí, gran república! famoso Lycurgo! — ¿Luego

Misitra es Lacedemonia? — El griego me indicó con la cabeza que sí, y con esto me llenó de gozo.

“Ahora bien, añadí yo, explícame lo que estoy viendo; ¿qué parte de la ciudad es esta? y le señalé la que tenia delante de mí un poco á la derecha, y él me respondió Mesochôrion. — Bien te entiendo, ¿pero qué parte era de Lacedemonia? — Lacedemonia? Qué? — Yo me volvía loco. Pero á lo menos enséñame el rio, y yo le repetia: Potamos, Potamos. — El griego me enseñó el torrente llamado rio de los judíos. ¿Pues cómo, y es ese el Eurotas? imposible! Díme, ¿dónde está el Vasilipotamos? — Y el *cicerone* hizo un gran gesto, y señaló con la mano á la derecha por el lado de Amyclas, con lo que volví á caer en todas mis dudas; y ya desesperado iba á bajar del castillo cuando el griego me dijo. “Tal vez vuestra señoría pregunta por Palæochôri? Entonces me acordé de un pasage de d’Anville en que dice: “El parage que ocupaba Sparta se llama Palæochôri ó la ciudad vieja; la ciudad nueva que

llaman Misitra, y que sin motivo confunden con Sparta, está mas allá hácia el poniente." Con esto dije al griego. Sí, Palæochôri! La ciudad vieja. ¿ Donde está? — Allá abajo, en Magula, dijo el *cicerone*, y me señaló á lo lejos en el valle una cabaña blanca enmedio de algunos árboles.

Arrasáronseme los ojos en lágrimas, fijándolos en aquella miserable cabaña, único edificio que se elevaba en los abandonados muros de una de las mas célebres ciudades del universo, sirviendo solo para que se conociese que allí fué Sparta, habitacion ahora de un cabrero, cuyos únicos bienes eran la yerba que crece sobre los sepulcros de Agis y de Leónidas.

Ya no quise ver ni oír nada: apresuradamente bajé del castillo sin atender á los gritos de mis guías, que querian enseñarme ruinas modernas y contarme historias de agás, de bajaes, de cadís y de baibodas; pero al pasar por delante de la casa del arzobispo hallé algunos papás á la puerta que aguardaban al frances, y

me convidaron á entrar de parte de su prelado. No pude reusarme á admitir aquella atencion: hallé al arzobispo sentado enmedio de su clero, en una sala muy aseada, adornada con esteras y almohadones á la moda turca. Todos aquellos papás y su prelado manifestaban talento y buen humor: muchos de ellos sabian el italiano, y se explicaban con facilidad en esta lengua. Les conté lo que acababa de sucederme buscando las ruinas de Sparta: se rieron y burlaron del *cicerone*, y me parecieron muy hechos ya á ver extranjeros.

En efecto, Morea está llena de levantinos, de francos, de raguseos, de italianos, y principalmente de médicos jóvenes de Venecia y de las islas Jónicas, que vienen á acabar pronta y seguramente con los cadís y los agás. Se camina con bastante seguridad, se come bien, se goza de suma libertad con tal que uno tenga prudencia y resolucion. En lo general es un viage muy fácil, en especial para quien ha vivido entre los salvages de América. En los caminos del

Peloponeso se hallan siempre algunos ingleses, y los papás me dijeron que poco antes habian estado allí oficiales y anticuarios de aquella nacion; y aun hay en Misitra una casa griega que se llama la posada inglesa, en la que se come vaca asada (*roast-beef*), y se bebe vino de Oporto. En cuanto á esto deben los viajeros mucho á los ingleses, pues que han establecido buenas posadas en toda Europa, en Constantinopla, en Athenas, y hasta en las puertas mismas de Sparta á pesar de las severas leyes de Lycurgo.

El arzobispo conocia al vice-cónsul de Athenas, y aun parece le tuvo alojado en su casa. Despues que me sirvieron el café me enseñaron la iglesia que nada tiene de particular, no obstante las siete cúpulas que la cierran. Desde que en la decadencia del arte se usa este adorno en Constantinopla, se halla en todos los monumentos modernos de la Grecia; pero no tiene ni la valentía de la arquitectura gótica, ni la hermosa proporcion de la antigua.

Ví en la biblioteca del arzobispo al-

gunos tratados de los padres griegos, libros de controversia, y dos ó tres historiadores de la Byzantina, entre otros Pachymero. Es de creer que los venecianos que por largo tiempo fueron dueños de Morea, se llevarian los mejores manuscritos. Tambien me enseñaron con cierta complacencia, traducciones impresas en griego de algunas obras francesas como el Telémaco y Rollin; y no me atreveria á decir que tambien ví á Atala (1), si M Stamati no me hubiese hecho el honor de que mi salvage se expresase en la lengua de Homero. La traduccion que ví en Misitra no estaba aún concluida: el traductor era un griego natural de Zante, que se hallaba en Venecia quando se publicó la Atala en italiano, y sobre esta traduccion comenzó la suya en griego vulgar.

Ya era de noche cuando salí del palacio del arzobispo, y volviendo por la parte mas poblada de Misitra, vimos pa-

(1) Tenemos dos traducciones en castellano de esta novelita.

sar muchas mugeres tapadas con sus largas ropas. Nos apartamos para dejarlas el paso, segun la costumbre oriental, nacida mas bien de zelos que de buena crianza; y así no las pude ver la cara, y saber si aún podemos llamar á Sparta, como Homero, la de las hermosas mugeres.

Volví á casa de Ibraim, y aunque habia estado trece horas andando, me propuse pasar la noche escribiendo mis notas, y al otro dia ver las ruinas de Sparta y seguir luego mi viage sin volver á Misitra. Me despedí de Ibraim, y mandé á José y á mi guia que fuesen con los caballos á aguardarme al camino de Argos, y me quedé solo con el genízaro para que me llevase á Magula.

El 18, media hora ántes de amanecer ya estaba yo corriendo á galope hácia Lacedemonia, y al salir la aurora, distinguí algunas ruinas y una gran muralla de construccion antigua, lo que me llenó de alegría. El genízaro me enseñó á la derecha una cabaña ó casita blanca, y muy contento me dijo Palæochôri. Me dirigí hácia la principal ruina que des-

cubrí sobre una altura. Dando vueltas á esta altura por el noroeste, para hallar cómoda subida, me detuve al ver un espacioso recinto abierto en semicírculo, que conocí al instante era un teatro antiguo. No podré pintar el tropel de ideas que de pronto me acometieron, pues conocí que la colina en que me hallaba era la de la ciudadela de Sparta, siendo así que con ella lindaba el teatro; y las ruinas que veía sobre la colina eran las del templo de Minerva Chalciæcos, pues que estaba en la ciudadela: las ruinas y las murallas por donde habia pasado yo antes, formaban parte de la tribu de los cynosuras, pues que esta tribu estaba al norte de la ciudad. Seguro era que me hallaba en Sparta, y su teatro que habia tenido la dicha de descubrir á los primeros pasos, me indicaba al instante la situacion de todos los barrios y públicos monumentos. Me apeé y trepé volando á la colina de la ciudadela.

Al llegar á la cumbre ví salir el sol por detrás de los montes Menelayos ¡Cuán hermoso y cuán triste espectáculo á un

tiempo! El Eurotas que solitario corria bajo el arruinado puente Babyx: por todas partes ruinas, y ni un solo hombre entre ellas. Contemplando aquella escena me quedé inmóvil como una estatua. La admiración y el dolor á un tiempo contenian mis pasos y aun mis pensamientos: quise que á lo menos hablase el eco, donde ya no se oía la voz humana, y con toda mi fuerza comencé á gritar. ¡Leónidas! Pero ninguna ruina repitió tan excelso nombre, y hasta la misma Sparta pareció haberle olvidado.

Si ruinas que recuerdan ilustres memorias descubren la vanidad de las cosas del mundo, debemos convenir no obstante, que algo valen aquellos nombres que sobreviven á los imperios, y que inmortalizan los tiempos y las ciudades. Ni despreciemos la gloria, porque despues de la virtud no hay cosa mas grande que ella. Sería el complemento de la dicha en esta vida el reunir las ambas, y á esto se dirigia la única oracion que los spartanos hacian á los dioses. "*Ut pulcra bonis adderent!*"

Vuelto ya en mí, comencé á observar las ruinas que me rodeaban. La cumbre de la colina formaba una llanura, cercada en especial por la parte del noroeste de gruesas murallas, á las que dí vuelta dos veces, y hallé que tenían setecientos ochenta pasos geométricos; pero debemos advertir que comprendo en este circuito toda la cumbre de la colina, y la curva que forma la excavacion del teatro.

Varios escombros, sepultados unos, á flor de tierra otros, indican que hácia el medio de aquella cumbre estaba el templo de Minerva Chalciæcos al que inútilmente se refugió Pausanias, pues que no pudo libertar su vida. Una cuesta muy suave conduce desde la colina á la llanura; y tal vez sería este el camino por donde se subia á la ciudadela, que solo hicieron fuerte los tiranos de Lacedemonia.

Encima de las ruinas del teatro ví un edificio pequeño y redondo, destruido en sus tres partes: dentro de él habia algunos nichos que servirian ó para está-

tuas ó para urnas. ¿Era un sepulcro, ó el templo de Venus armada? Pues éste debía hallarse por allí, como que pertenecía á la tribu de las Egides. César que se suponía descender de Venus, llevaba en su anillo la imágen de una Venus armada, siendo en efecto el doble emblema de los defectos y de la gloria de aquel gran hombre.

Vincere si possum nuda, quid arma gerens?

El que se ponga á mi lado en la colina de la ciudadela verá lo siguiente. Al levante, esto es, ácia el Eurotas, un montecillo empinado y chato en su cumbre, como para servir de estadio ó de hippodromo. Desde los dos lados de este montecillo, entre otros dos que forman con el primero dos vallecitos, se descubren las ruinas del puente Babyx, y el curso del Eurotas. Al otro lado del río termina la vista en una cordillera de montes rogezos, y son los montes Mene-layos. Detras de estos montes se elevan los encumbrados que circuyen á lo lejos el golfo de Argos.

De este modo al este, entre la ciudadela y el Eurotas, mirando entre norte y mediodia, paralelamente al curso del rio, se colocará la tribu de los Limnates, el templo de Lycurgo, el palacio del rey Demarato, la tribu de las Egides y la de los Mesoatos, el monumento de Cadmo, y los templos de Hércules, de Helena, y el Platanista. Hallé en este gran espacio siete ruinas, que aun se tenían en pie, pero enteramente borradas y desconocidas. Por lo tanto, y siendo dueño de escoger lo mas acomodado á mis ideas, di á la una de ellas el nombre del templo de Helena: á la otra el del sepulcro de Alcmanes, y creí ver los monumentos heróicos de Egeo y de Cadmo: de este modo atendí mas á la fábula, y dejé solo para la historia el templo de Lycurgo. Confieso que prefiero á la salsa negra y á la Crypcia la memoria del único poeta que produjo Lacedemonia, y la corona de flores que las doncellas de Sparta cogieron para Helena en la isla del Platanista.

O ubi campi,

*Sperchiusque et virginibus bacchata
Lacænis.
Taygeta!*

Mirando ahora ácia el norte, y siempre desde la cumbre de la ciudadela, se ve una colina bastante elevada y aun mas que la de la misma ciudadela. En el valle que se forma entre las dos colinas, debia hallarse la plaza pública y los monumentos que contenia, como el senado de los Gerontes, el coro y el pórtico de los persas; pero por este lado no hay ruina alguna. Al noroeste se extendia la tribu de los cynosuras, por donde entré en Sparta.

Volvámonos ahora ácia el oeste, y descubriremos sobre un terreno igual, y al pie del teatro tres ruinas, una de ellas bastante elevada y en forma de torre: por aquí se hallaban la tribu de los pitánates, el Theomélido, los sepulcros de Pausanias y de Leónidas, y el templo de Diana Isora.

En fin, si volvemos nuestras miradas ácia el mediodía, veremos un terreno desigual, en donde solo se hallan á su ni-

*

vel los cimientos de algunos edificios. Por aquí estaba la casa de Menelao, y mas lejos el templo de los Dioscures y de las Gracias.

Todo el recinto de Lacedemonia está inculto, y lo abrasa el sol, que destruye hasta el mármol de los sepulcros. Cuando ví este desierto, ninguna planta cubria sus ruinas, ninguna ave, ni ningún insecto las animaba, y solo se veían muchísimos lagartos que corrian por entre aquellas abrasadas murallas. Algunos caballos medio montaraces pastaban la poca y marchita yerba que á trechos se encontraba: un pastorcillo cultivaba en un lado del teatro algunas matas de sandia; y en Mágula que dá su triste nombre á Lacedemonia, se descubria un bosquecillo de cipreses. Pero este mismo Magula, que fué antes un lugar de turcos, bastante poblado, pereció en este campo de muerte, y ya no es mas que ruinas que indican ruinas.

Bajé de la ciudadela, y tardé un cuarto de hora en volver al Eurotas, casi seco en verano; pues solo lleva algunos hi-

los de agua fresca y cristalina que corre por entre cañaberales y matas de adelfa. Me pareció muy buena el agua y bebí abundantemente de ella porque me abrasaba de sed. Ciertamente que el Eurotas merece el epíteto de *kalidonas*, el de las hermosas cañas, que le da Eurípides; pero no sé si debe conservar el de *Olorifer*, pues que no ví cisne alguno en sus aguas. Seguí largo tiempo por su orilla creyendo encontrar estas aves, las cuales según Platon ven el Olimpo antes de espirar, por lo cual es tan melodioso su canto; pero salieron vanas mis esperanzas, sin duda porque no merezco como Horacio el favor de los Tyndaridas, los cuales no quisieron dejarme descubrir su secreto origen.

Los rios famosos tienen la misma suerte que los pueblos famosos: primero desconocidos, luego célebres en toda la tierra, vuelven á caer en su primera obscuridad. El Eurotas que antes fué llamado Himero, corre ahora desconocido con el nombre de Iri. Recorrí las ruinas del puente Babyx, que valen poco. Busqué

la isla del Platanista, y creí haberla hallado mas abajo de Magula: es un terreno de forma triangular, bañado por el Eurotas á un lado, y por los otros dos circuido con fosos llenos de juncales, por donde en el invierno corre el riachuelo de Magula, que es el antiguo Cnacion. En esta isla hay algunos morales y sícomoros; pero no platanos, ni cosa alguna que indique el que los turcos la miran como un delicioso recreo. Ví en ella algunas flores, sobre todo lirios azules que nacían en una especie de gladiolo; y cogí muchos en memoria de Helena: aun se halla en las orillas del Eurotas la fragil corona de la hermosura, pero desapareció mucho há la hermosura misma. El 18 de agosto de 1806, á las nueve de la mañana, fué cuando dí solo por las orillas del Eurotas este paseo, que jamas se borraré de mi memoria. Aunque aborrezco las costumbres de los espartanos, respeto la grandeza de un pueblo libre, y no he podido menos de entristecerme al pisar sus nobles ruinas. Basta con decir lo siguiente para gloria de este

pueblo. Cuando Neron fué á Grecia no se atrevió á entrar en Lacedemonia. ¡Cuán magnífico elogio de esta ciudad!

Volví á la ciudadela deteniéndome á contemplar cuantas ruinas encontraba en el camino. Hallé á mi compañero en el mismo parage en que le habia dejado: se habia dormido, acababa de despertarse, fumaba, y se iba á dormir de nuevo. Los caballos pastaban sosegadamente en el hogar del rey Menelao. "Helena no habia dejado su hermosa rueca llena de lana teñida de púrpura, para darles de comer en hermosos pesebres." (1) Viagero soy cual el hijo de Ulises, y como él prefiero las estériles rocas de mi patria á los mas hermosos paises.

En esto ya era el medio dia, y como el sol caía á plomo sobre nuestras cabezas, nos pusimos á la sombra en un rincón del teatro y tomamos un bocado. Habiendo pasado dos horas en escribir mis notas y en sacar algunas vistas de aque-

(1) Odisea.

llos parages, quise recorrer las ruinas ácia el poniente de la ciudadela, pues por allí debía estar el sepulcro de Leónidas. Pero nada de esto agradaba á mi genízaro que deseaba volviésemos al pueblo. Entre tan ilustres muertos como allí habia enterrados, nosotros dos éramos las únicas personas vivas; los dos éramos bárbaros, tan extraños el uno al otro como á la Grecia, habiendo salido el uno de los bosques de las Galias, y el otro de entre las rocas del Caúcaso: nos habiamos encontrado en lo interior del Peloponeso, yo para pasar adelante, y él para vivir sobre sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

Habia en Sparta muchos altares y estátuas dedicadas al Sueño, á la Muerte, y á la Hermosura (*Venus-Morphô*), divinidades de todos los hombres, al Miedo armado, que seria sin duda el que los lacedemonios causaban á sus enemigos: nada de esto queda, pero en una especie de zócalo leí estas cuatro letras *Lasm.* ¿Podríamos suponer que decia *Gelasma*? ¿Sería el pedestal de aquella estatua de

la *Risa*, que Lycurgo colocó entre los graves descendientes de Hércules? El permanecer solo el altar de la *Risa* en medio de la sepultada Sparta, sería un gran asunto de triunfo para la filosofía de Demócrito.

Ya se acercaba la noche cuando haciéndome la mayor violencia, hube de separarme de aquellas ilustres ruinas, de la sombra de Lycurgo, de los recuerdos de las Thermópilas, de todas las ilusiones de la fabula y de la historia. Ocultóse el sol por detrás del Taygeto, por manera que le ví empezar y acabar su carrera sobre las ruinas de Lacedemonia. Tres mil quinientos cuarenta y tres años hacia que por primera vez se habia levantado y puesto sobre aquella ciudad, entonces acabada de nacer. Partí llena la imaginacion de cuanto acababa de ver, y ocupado en interminables reflexiones: dias como estos hacen que luego sufra uno con la mayor resignacion muchas desgracias, y sobre todo que mire con indiferencia los mas terribles sucesos.

Subiendo por la orilla del Eurotas fui-

mos á caer al camino de Tripolizza. José y el guia estaban al otro lado del rio cerca del puente, y habian encendido lumbré con las cañas, á pesar de Apolo á quien los suspiros de aquellas cañas consolaban de haber perdido á Daphne. José, que se hallaba muy bien provisto, dispuso una pierna de carnero, cual el compañero de Aquiles, y me la sirvió teniendo por mesa una gran piedra, con vino de la viña de Ulises y agua del Eurotas.

Concluida la cena, José me trajo la silla del caballo, que solia servirme de almohada: me enbozé en mi capa, y me eché á la orilla del Eurotas bajo de un laurel. La noche estaba tan clara y serena, que la Via Lactea despedia tan gran resplandor, que se podia leer. Me dormí teniendo los ojos clavados en el cielo y cayendo precisamente sobre mi cabeza la hermosa constelacion del Cisne de Leda. Aun me acuerdo del placer que en otro tiempo me causaba el descansar de este modo en los bosques de América, y sobre todo el despertarme á

media noche. Escuchaba el ruido del viento en la soledad, el bramido de los venados, el rugido de una lejana catarata, mientras que mi hoguera medio apagada alumbraba la copa de los árboles. Me gustaba hasta la voz del Iroqués cuando gritaba en medio de los bosques, y que á la luz de las estrellas, y en el silencio de la naturaleza, parecia proclamar su ilimitada libertad. A la edad de veinte años agradan todas estas cosas, porque la vida se basta, por decirlo así, á ella misma; y que en la primera mocedad hay como cierta inquietud y vacío, que continuamente nos arrastra á cosas quiméricas, *ipsi sibi somnia fingunt*; pero en edad ya mas madura, busca el alma mas sólidos placeres, y desea el alimento de recuerdos y ejemplos de la historia. Aun dormiria con gusto en las orillas del Eurotas ó del Jordán, si las heróicas sombras de los trescientos spartanos, ó los doce hijos de Jacob se me hubiesen de aparecer en sueños; pero ya no iré á buscar una tierra nueva que la reja del arado no haya abierto: quiero ahora anti-

quísimos desiertos que me representen á mi arbitrio las murallas de Babilonia ó las legiones de Farsalia, *grandia ossa!*: campos cuyos surcos me instruyan, y donde halle, pues que soy hombre, la sangre, las lágrimas, y los sudores del hombre.

José me despertó el día 19 á las tres de la mañana, como se lo habia mandado: ensillamos los caballos y partimos. Aun volví la cabeza ácia Sparta y eché la última mirada sobre el Eurotas, pues no podia vencer la pena que causan las grandes ruinas, y el dejar una tierra que no volveria á ver.

El camino que vá desde Laconia á Argolide era en la antigüedad lo que en el día, uno de los mas ásperos é incómodos de Grecia, y para mí fué muy fatal, pues di un porrazo terrible contra un árbol y caí de mi caballo casi sin sentido, y llegando cerca del lugarejo de Lerna, me acometió, por lo enfermizo del sitio, una calentura, de la que no me curé enteramente hasta estar en Egipto; por lo que no puedo menos de quejarme

de Hércules, que no mató enteramente á la Hydra.

El día 20 al rayar el alba llegamos á Argos: el pueblecito que ocupa el lugar de esta célebre ciudad, es mas aseado y de mayor comercio que los demas de Morea: su situacion es muy hermosa, en lo interior del golfo de Argos, llamado hoy Nauplio ó Nápoles de Romanía, y dista el pueblo como legua y media del mar, teniendo á un lado los montes de Cynuria y de Arcadia, y al otro las alturas de Trezenia y de Epidauro.

Pero fuese que mi imaginacion se entristeciese recordándose las desgracias y los furoros de los Pelópidas, ó que realmente fuese así, las tierras me parecieron incultas y desiertas, los montes áridos y sombríos, especie de clima fecundo en grandes crímenes y en grandes virtudes. Fuí á ver lo que llaman las ruinas del palacio de Agamemnon, las del teatro y de un acueducto romano, y subí á la ciudadela, pues quise ver hasta la menor piedra que hubiese podido tocar la mano del rey de reyes. ¿Y quién podrá

alabarse de gozar alguna gloria, comparándose con estas familias cantadas por Homero, Eschylo, Sóphocles, Eurípides y Racine? Y cuando uno llega á estos parages, y ve cuán poco queda de estas familias, no puede menos de admirarse y entristecerse!

Mucho tiempo hace que las ruinas de Argos no corresponden á la grandeza de su nombre: los que mas han contribuido á la destrucción de los monumentos de esta ciudad han sido los venecianos, que emplearon sus ruinas en levantar el castillo de Palamides. En tiempo de Pausanias habia en Argos una estatua de Júpiter notable porque tenia tres ojos, y aun mas porque decian era á cuyos pies fué muerto Príamo en su propio palacio por el hijo de Aquiles.

*Ingens ara fuit, juxtaque veterrima laurus,
Incumbens aræ, atque umbrâ complexa Penates.*

Un grande altar en medio el patio habia,
Dó á cielo abierto el rey sacrificaba:
Un laurel viejo y alto le cubria,
Su sombra los penates abrazaba.

Pero Argos que sin duda se gloriaba de conservar los penates que tan mal defendieron la familia de Príamo, presentó bien pronto ella misma un gran ejemplo de las vicisitudes de la suerte, reinando Juliano el apóstata. Se hallaba ya tan decaída de su antiguo esplendor, y tan pobre, que no pudo contribuir con la parte que le tocó para que se restableciesen los juegos isthmios. Juliano defendió su causa contra los corinthios, y aun tenemos esta obra entre las demas de este emperador, siendo uno de los mas singulares documentos de la historia de las cosas y de los hombres. En fin, Argos, patria del rey de reyes, formaba en la edad media el patrimonio de una viuda veneciana, la que se lo vendió á la república por quinientos ducados y una renta de doscientos. "*Omnia vanitas!*"

Me hospedé en Argos, casa de un médico italiano llamado Avramiotti, quien me enseñó un mapa del Peloponeso, en el cual junto con Mr. Fauvel, había comenzado á escribir los nombres antiguos junto á los modernos, trabajo muy útil

que solo han podido hacer personas que han residido mucho tiempo en aquellos parages. El Sr. Avramiotti se habia hecho rico, y suspiraba por volver á Italia. Dos cosas hay que renacen en el corazon del hombre, á medida que crece en edad, y son, la patria y la religion, pues aunque se olviden en la mocedad, tarde ó temprano se nos presentan en toda su hermosura, y renuevan en nuestros corazones el amor que justamente se las debe.

Hablamos pues, de Francia y de Italia en Argos, por la misma razon que el soldado argivo que acompañaba á Eneas, se acordó de Argos al morir en Italia. Casi nada hablamos de Agamemnon, aunque al otro dia iba yo á ver su sepulcro. Teniamos esta conversacion en el terrado de una casa que dominaba al golfo de Argos, y tal vez desde alli mismo fué de donde aquella pobre muger, de que nos habla la historia, tiró la teja que puso fin á la gloria y á las aventuras de Pirrho. El Sr. Avramiotti me enseñaba un promontorio al otro lado del mar, y

me decia: "Alli puso Clytemnestra al esclavo que habia de hacer la señal que indicase que volvia la escuadra de los griegos, y añadió: "Ahora venis de Venecia? Me parece que haria yo bien en volverme allá."

Al otro dia al amanecer me separé de aquel desterrado en Grecia, y tomando nuevos caballos y nuevo guia me dirigí á Corintho. Despues de una media hora de camino pasamos el Inaco, padre de Io, tan célebre por los celos de Juno. Antes de llegar á este torrente, se hallaba, saliendo de Argos, la puerta Lucina y el altar del Sol. Media legua mas allá al otro lado del Inaco, debiéramos haber visto el templo de Ceres-Mysia; y mas allá aún, el sepulcro de Thyestes y el monumento heróico de Perseo. Nos detuvimos casi en la misma eminencia, en la que se hallaban estos monumentos en la época del viage de Pausanias. Llámase este parage Carvathi, y hay que dejar alli el camino para buscar un poco á la derecha las ruinas de Mycenae, muy conocidas en el dia por las excavaciones que

mandó hacer en ellas el lord Elgin, cuando estuvo en Grecia. Pasamos por unos matorrales, y siguiendo una sendita llegamos á las ruinas que se hallan casi como en el tiempo de Pausanias, pues hace unos 2280 años que los argivos destruyeron hasta los cimientos de Mycenae, envidiosos de la gloria que se habian adquirido sus ciudadanos enviando cuarenta guerreros á que pudiesen con los spartanos en las Thermópilas.

Vimos primero el sepulcro que llaman de Agamemnon, el cual es un monumento subterráneo de forma redonda, que recibe la luz por su media naranja, y que solo es notable por su sencilla arquitectura. La puerta de este sepulcro estaba adornada con pilastras de un mármol azulado, que se sacó de los montes cercanos. Lord Elgin hizo abrir este monumento, y sacar todos los escombros que le tenían cegado: una puertecita con arco de medio punto, sirve para pasar de la pieza principal á otra mas pequeña que no me parece pertenecía al sepulcro. Nada se halló dentro de él, y ni aun es

seguro que sea el de Agamemnon, de que nos habla Pausanias. Habiendo salido de este monumento, atravesé por un valle estéril, y al otro lado en las vertientes de una colina, vi las ruinas de Mycenae, entre las que admiré principalmente una de las puertas de la ciudad formada de enormes piedras colocadas sobre las rocas mismas del monte, con las cuales parecen formar una sola pieza. Su único adorno consiste en dos leones de forma colosal esculpidos á los dos lados de la puerta: se representan en relieve, y en dos pies como los que sostenian los escudos de armas de nuestros antiguos caballeros. Ni aun en Egipto he visto arquitectura mas seria, y el desierto en que se halla aumenta su magestad: pertenece á aquel género de obras que Strabon y Pausanias atribuyen á los Cyclopes, y de las cuales aun se encuentran rastros en Italia. Mr. Petit-Radel es de opinion que esta arquitectura es anterior á la invencion de las órdenes, y no hay duda en que pertenece á los tiempos heróicos. Un pastorcillo enteramente en cueros, era el

*

que me enseñaba, en aquella soledad, el sepulcro de Agameinnon y las ruinas de Mycenas.

Al pie de la puerta de que acabo de hablar se vé una fuente, que si se quiere será la que Perseo halló bajo de una seta, y fué la que dió su nombre á Mycenas, pues *mycés* quiere decir en griego una seta ó el pomo de una espada; pero este es un cuento de Pausanias. Queriendo yo volver al camino de Corintho, las pisadas del caballo sonaban á hueco. Me apeé y descubrí al instante la bóveda de otro sepulcro.

Pausanias cuenta en Mycenas cinco sepulcros, el de Atreo, el de Agamemnon, el de Eurymedonte, el de Telédamo y de Pelope, y el de Electra. Añade que Clytemnestra y Egisto estaban enterrados fuera de las murallas, ¿será pues éste el que yo he hallado? ¡suerte rara, que me hace salir de París para fijar el recinto de las ruinas de Sparta, y descubrir las cenizas de Clytemnestra!

Dejamos el Nemeo á nuestra izquierda, y seguimos nuestro camino: llegamos

temprano á Corintho pasando por una vega regada por varios arroyuelos que dividen algunos montecillos aislados semejantes al Acro-Corintho, con el cual se confunden. Divisamos á éste mucho tiempo antes de llegar á él, y se parecía á una masa irregular de granito rojizo con una línea de murallas tortuosas en su cima. Todos los viajeros han descripto á Corintho; pero nadie ha visto al Acro-Corintho, pues los turcos no lo permiten, ni yo pude lograr, por más que hice, el que me permitiesen pasear siquiera en sus cercanías; pero Pausanias en su *Corinthia*, y Plutarco en la *vida de Arato*, nos han dado á conocer perfectamente la situacion y monumentos del Acro-Corintho.

Nos fuimos á alojar á un kan bastante aseado, que estaba enmedio del pueblo y poco distante del bazar. El genízaro salió á buscar las provisiones, José dispuso la comida, y yo entretanto fuí á dar una vuelta por las cercanías.

Corintho está situado en la vertiente de los montes, es una llanura que se ex-

tiende hasta el mar de Crissa, ahora golfo de Lepanto, único nombre moderno que en la Grecia se iguala en armonía á los antiguos. Cuando el cielo está bien despejado, se descubren al otro lado de este mar las cumbres del Helicon y del Parnaso; pero ni aun desde la misma ciudad se vé el mar Sarónico, pues para esto es menester subir al Acro-Corintho, y entonces se alcanza á ver, no solo este mar, sino hasta la ciudadela de Athenas y el cabo Coloneo; lo cual dice Spon, forma una de las mas hermosas vistas del universo. Fácilmente lo creo, pues se goza de la mas hermosa perspectiva, aun solo desde las vertientes del Acro-Corintho. Las casas de esta poblacion son bastante grandes y hermosas, y se hallan reunidas, formando diferentes grupos entre bosques de moreras, naranjas y cipreses: las viñas, que forman la riqueza del pais, dan un cierto ayre de fertilidad y frescura á todo el campo. No se enredan como festones á los árboles, segun se usa en Italia, ni se arrastran por tierra como entre nosotros, sino que ca-

da cepa forma un ramo de hermoso verde, del que en otoño cuelgan cual cristales transparentes los racimos. Las cimas del Parnaso y del Helicon, el golfo de Lepanto, que se semeja á un magnifico canal, y el monte Oneyo, cubierto de mirtos, forman al norte y al oriente el horizonte del cuadro: al mediodia y occidente se ven el Acro-Corintho, y los montes de la Argolide y de la Sicyonia. Pero ya no se halla monumento alguno en Corintho; y Mr. Foucherot solo descubrió entre sus ruinas dos capiteles corinthios, único recuerdo del orden inventado en esta ciudad.

Corintho enteramente destruida por Mummio, reedificada por Julio César y por Adriano; segunda vez destruida por Alárico, vuelta á reedificar por los venecianos, fué saqueada y destruida tercera y última vez por Mahometo II. Strabon la vió en tiempo de Augusto poco despues de haber sido reedificada: Pausanias la admiró en tiempo de Adriano, y segun los monumentos que nos describe, era entonces magnífica ciudad.

Varios viajeros modernos nos han dado á conocer lo que quedaba de Corintho despues de tantas desgracias. Spon y Wheler descubrieron las ruinas de un templo de la mas remota antigüedad: consistian en once columnas estriadas, sin basa y de orden dórico. Este monumento prueba que el primer orden dórico no tenia las proporciones que le dieron despues Plinio y Vitrubio, ó que el orden toscano, al que este templo parece acercarse, no tuvo su origen en Italia. Spon creyó reconocer en este monumento el templo de Diana de Epheso citado por Pausanias y Chandler el Sisyphéo de Strabon. No sé si aun permanecen estas columnas, pero creo haber oido decir que los ingleses las derribaron, llevándose lo que de ellas quedaba.

Un pueblo marítimo, un rey que fué filósofo y se volvió tirano, un bárbaro de Roma, que creía que se podian reponer las estátuas de Praxiteles como las armaduras de los soldados, todos estos recuerdos no prestan el mayor interes á Corintho; pero en su lugar podemos re-

currir á Jason, á Medea, á la fuente Pirene, á Pegaso, á los juegos isthmiolos fundados por Theseo y cantados por Píndaro; es decir como siempre, la fábula y la poesía: y no hablo de Dionisio, ni de Timoleon, pues el uno fué tan cobarde que no supo morir, y el otro muy desgraciado conservando la vida. Mucho mas me gusta aquel muchacho, el cual durante el sitio de Corintho hizo llorar al mismo Mummio, recitándole aquellos versos de Homero cuyo sentido es:

“¡O mil veces felices los griegos que murieron ante los anchos muros de Ilión defendiendo la causa de los Atridas! ¡Ojalá los dioses hubiesen hecho que hubiera llenado mi suerte aquel mismo dia en que los troyanos, cuando yo defendia el cuerpo de Aquiles, tiraron contra mí sus azagayas! ¡Yo habria logrado entonces el honor de la fúnebre pira, y hubiera sido repetido mi nombre por los griegos. Pero ahora mi suerte es la de terminar mi vida con lamentable y obscura muerte!”

Todo esto es verdadero, natural y

patético; y admiramos aqui uno de los grandes golpes de la fortuna, la fuerza del ingenio, y la comparacion del corazon humano.

Aun se fabrican vasos en Corintho; pero ya no son los que Ciceron pedia con tanta ansia á su querido Atico; y aun parece tambien que los corinthios han perdido la costumbre que tenian de dar agradable hospedage á los extrajeros, pues mientras yo estaba en una viña examinando un mármol, fuí acometido con una nube de piedras.

Cuando los Césares levantaban los muros de Corintho, y los templos de los dioses salian de entre las ruinas, habia un desconocido obrero que edificaba silenciosamente un monumento que permanece en pie enmedio de las ruinas de Grecia: era un extrajero que decia de sí mismo: "Tres veces me azotaron, una me apedrearón, tres veces naufragué. He hecho muchos viages: peligré mucho en los rios: peligros tuve de ladrones, de los de mi nacion, de los gentiles: en las ciudades, en los desiertos, entre mil fal-

esos hermanos: he sufrido todo género de trabajos y fatigas, frecuentes vigili-
as, hambre y sed: muchas penas, frío y desnudez." Este hombre desconocido de los grandes, despreciado de la muchedumbre, arrojado como las barreduras del mundo, solo tomó al principio dos compañeros que eran Crispo y Cayo, con la familia de Stephanas: tales fueron los arquitectos desconocidos de un templo indestru-
cible y los primeros fieles de Corinto. El viagero recorre el recinto de esta cé-
lebre ciudad, y ni una sola ruina encuen-
tra de los altares del paganismo; pero aun halla algunas iglesias cristianas en-
tre las cabañas de los griegos. Desde el cielo puede aun el apóstol dar la paz á sus hijos, y decirles: "Pablo á la iglesia de Dios, que está en Corinto."

Serian las ocho de la mañana del 21 cuando salimos de Corinto, y tomamos el camino que pasa por el monte Geraniense, por lo que no pude ver las ruinas del templo de Neptuno-Isthinio. Una muralla de seis millas de largo cerraba el isthmo en un parage que se lla-

maba Hexamilia, y allí comenzamos á subir el monte Oneyo. A cada paso hacia parar mi caballo entre los pinos, laureles y mirtos para mirar atrás. Contemplaba tristemente los dos mares, principalmente el que cae al poniente, porque me acordaba de Francia. Estaba este mar tan en calma! el camino era tan corto! en pocos dias podia volver á abrazar á mis amigos! Luego miraba al Peloponneso, á Corintho, al Isthmo, al parage en que se celebraban los juegos. ¡Que desierto! ¡Que silencio! ¡Desgraciado pais! ¡Infelices griegos! ¡Francia perderá tambien su gloria, será destruida, aniquilada en la serie de los siglos!

Nos íbamos acercando á Athenas, y me parecia que entraba en un pais civilizado, y que hasta la misma naturaleza se alegraba algo. Morea casi no tiene árboles, aunque es mas fértil que Atica. Me complacia caminando por los pinares, entre cuyos árboles descubria el mar: el terreno que se extiende desde la orilla hasta el pie de los montes, estaba cubierto de olivos y algarrobos.

Lo primero que fijó mi atención al llegar á Megara, fué una cuadrilla de mugeres albanesas, las cuales no eran ni con mucho tan hermosas como Nausicaa y sus compañeras; estaban lavando alegremente en una fuente, cerca de la cual se descubrian algunas confusas ruinas de un acueducto: los que he visto en Grecia, en nada se parecen á los romanos, pues apenas se levantan del suelo, y no presentan aquella fila de grandes arcos que producen tan agradable efecto en la perspectiva.

Nos apeamos casa de un albanés donde hallamos muy buen alojamiento, y como aun no eran las seis de la tarde, me fuí segun acostumbraba á recorrer las ruinas. Megara, que aún conserva su nombre, y el puerto de Nisea que se llama Dôdeca Ecclesiáis (las doce iglesias) aunque no son muy célebres en la historia, tenían antes muy buenos monumentos. Grecia en tiempo de los emperadores romanos, debia parecerse mucho á Italia en el último siglo, pues era una tierra que nos atreveremos á llamar clá-

sica, si se nos sufre esta frase, porque todas las ciudades estaban llenas de obras maestras del arte; así es que en Megara se veían los doce dioses mayores, hechos por Praxíteles, un Júpiter olímpico comenzado por Theocosmo y por Phidias, los sepulcros de Alcmena, de Iphigenia y de Tereo. En este último sepulcro fué donde por primera vez se apareció la abubilla, de lo que se infirió que Tereo habia sido convertido en esta ave, cual sus víctimas lo fueron en golondrina y ruiseñor. Pues que yo hacia el viage de un poeta, debia valerme de todo, y creer firmemente, con Pausanias, que la aventura de la hija de Pandion comenzó y concluyó en Megara. Desde este pueblo descubria yo las dos cumbres del Parnaso, y bastaba esto para acordarme de aquellos versos de Virgilio que comienzan.

Qualis populea mærens Philomela.

La Noche ó la Obscuridad, y Júpiter-Conio (1), tenían sus templos en Mega-

(1) El *Polvoroso*, de *Konio*, que en griego significa polvo.

ra, y puede decirse que aun permanecen estas dos deidades. Aun se ven algunos restos de murallas, y no sé si serán las que Alcathoo edificó ayudándole Apolo. Mientras el dios trabajaba en la obra, puso su lira sobre una piedra, la cual desde entonces daba armoniosos sonidos siempre que la tocaban con un pedernal. No busqué la escuela de Eculides, aunque mejor hubiera querido hallar la casa de aquella compasiva muger que cuidó de enterrar á Phocion.

Al otro día, que era el 22 de agosto, salimos de Megara á las once de la mañana, y esta tardanza fué causa de que aquel mismo día no pudiésemos llegar á Athenas. A las cinco de la tarde llegamos á una vega rodeada de montes, menos por la parte del mediodia que la cierra la costa del mar. Al otro lado de este brazo de mar se descubren las orillas de una isla bastante elevada, y cuya punta oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, dejando solo un estrecho paso. Resolví quedarme en una aldea que está sobre una colina que

termina al poniente, y cerca del mar, el círculo de montañas de que acabo de hablar. Se distinguían en la llanura las ruinas de un acueducto y otras varias. Nos apeamos al pie del montecillo, y subimos á una cabaña donde tuvimos buena acogida. Allí encontré un griego que hablaba algo italiano, conocia á Mr. Fauvel, y del cual sabia las noticias que me dió sobre aquellos parages. La aldea, en que nos hallábamnos, era la antigua Eleusis, y ahora se llama Lepsina. La isla era la de Salamina, y el canal donde se dió aquella célebre batalla entre la escuadra de los griegos y la de los persas. Debajo de nuestra cabaña estaba el templo de Ceres, y aun ví el parage que ocupaba la estatua de la diosa que los ingleses se llevaron poco há, y la cual creo que Mr. Fauvel me ha dicho, que á pesar de su grande fama, era de mala escultura.

Despues de lo que tantos viageros han dicho de Eleusis, solo añadiré por mi parte que me paseaba enmedio de sus ruinas, que bajé al puerto, y me detuve á contemplar el estrecho de Salamina. Se aca-

baron la gloria y las fiestas de aquellos parages: igual silencio reinaba en la tierra y en el mar: ni aclamaciones, ni cánticos, ni pompas en la orilla, ni gritos de guerra, ni choque de galeras, ni agitación en las olas. Mi imaginación se atropellaba á representarme la procesion religiosa de Eleusis, á cubrir la orilla del innumerable ejército de persas que miraban el combate de Salamina. Á mi entender Eleusis es el pueblo mas célebre de Grecia, pues que en él se enseñaba la unidad de Dios, y que presenció el mayor esfuerzo que jamás los hombres hicieron por su libertad.

¡Quién lo creería! los griegos modernos casi ignoran el nombre de Salamina. "Esta isla ha perdido su nombre, dice Mr Fauvel en sus memorias, pues está tan olvidado como el de Themístocles." Esta indiferencia de los griegos por cuanto pertenece á su patria es harto vergonzosa para ellos, pues no solo ignoran su historia, sino hasta la lengua que forma su gloria: y así se vió á un ingles entusiasta por las cosas griegas, quererse a-

vencidar en Athenas para dar lecciones de griego antiguo.

Solo la noche pudo echarme de la orilla. Las olas que la brisa habia levantado, chocaban en la orilla y venian á mojar mis pies: anduve algun tiempo por aquella orilla donde debia hallarse el sepulcro de Themístocles, y es muy probable que en aquel instante yo era el único que en Grecia se acordaba de aquel héroe.

En fin llegó el célebre dia de nuestra entrada en Athenas, que fué el 23 á las tres de la mañana. Tomamos la Via-Sacra, y nos engalanamos lo mejor que pudimos. Encontramos algunas ruinas que serian las de los monumentos de Eumolpo y de Hippothoon: vimos los arroyos de agua salada, donde el populacho griego se mofaba de los pasajeros, en memoria de las injurias que una vieja habia dicho á Ceres cuando pasó por allí. Entramos en el desfiladero que forman los montes Parnes y Egaleo. Descubrimos un monasterio edificado sobre las ruinas del templo de Apolo, y cuya iglesia es una de las mas antiguas del Ati-

ca. Un poco mas léjos descubrimos las ruinas del templo de Venus. En fin comenzándose á ensanchar el desfiladero, dimos vueltas al monte Pæcilo, puesto en medio del camino como para cubrir el cuadro, y de pronto se nos presentó la llanura donde está Athenas.

Los viajeros que visitan la ciudad de Cecrope, llegan por lo comun por el Pireo, ó por el camino de Negroponto, y entonces pierden parte de esta hermosa vista, pues cuando se viene por el mar no se descubre la ciudadela, y el Anchesino rompe la perspectiva cuando se baja de la Eubea; pero mi buena suerte quiso traerme por el verdadero camino para ver á Athenas en toda su hermosura.

Lo primero que fijó mi atencion fué la ciudadela alumbrada por los rayos del sol saliente, pues que estaba frente de mí, al otro lado de la llanura, y parecia apoyarse en el monte Hymeto que formaba el fondo del cuadro. Se veían confusamente mezclados los capiteles de los Propyleos, las columnas del Parthenon, y del templo de Erechtheo, las tro-

*

neras de una muralla con cañones, las ruinas góticas de los cristianos, y los paredones de los musulmanes. Dos cerritos, el Anchesmo y el Museo, se elevaban al norte y al mediodia del Acropolis; y enmedio de los dos cerros y del Acropolis, se veía á Athenas: sus terrados entremedias de los minaretos, de los cipreses, de las ruinas, de las columnas aisladas, y las cúpulas de las mezquitas, formaban un efecto agradable al iluminarlas el sol. Pero si en sus ruinas se reconocia aún á Athenas, se veía tambien por el género y carácter de su arquitectura en general, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por el pueblo á quien protegía.

Una cordillera de montes que se termina en el mar, forma la llanura de Athenas. Desde el parage en que yo veía esta llanura, parecia la ciudad dividida en tres fajas ó regiones, que corrian en direccion paralela desde el norte al mediodia. La primera y mas cercana á mí estaba erial y cubierta de maleza: la segunda cultivada y acababan de levantar

la cosecha: la tercera cubierta de olivares que corrian algo circularmente desde las fuentes del Iliso, pasando por las vertientes del Anchesmo hasta junto al puerto de Phalereo. El Cephiso riega estos olivares, los cuales son tan viejos, que parecen descender de la oliva que Minerva hizo salir de la tierra. La madre del Iliso que está casi seca, corre al otro lado de Athenas entre la ciudad y el monte Hymeto. La llanura no es del todo igual, una cordillera de cerritos que descienden del Hymeto la desnivela y forma las diferentes alturas, sobre las cuales se fueron poco á poco levantando los monumentos que decoraban aquel pais.

En el primer instante de muy vivas sensaciones, no es cuando se goza del mayor placer. Me acercaba á Athenas con tan extraordinario gozo, que no me dejaba reflexionar en cosa alguna. Pero mis sensaciones eran del todo diferentes de las que tuve al ver á Lacedemonia. Hasta en sus ruinas han conservado Sparta y Athenas sus diferentes genios: las de la primera son tristes, graves y solitarias:

las de la segunda alegres, ligeras, y están habitadas. Al ver uno la patria de Lycurgo, las ideas que se le ocurren son graves, fuertes y profundas: el alma se fortifica, se sublima y engrandece. Pero ante la ciudad de Solon, queda como deslumbrado por los prodigios del ingenio humano: considera la perfección del hombre como ser inteligente é inmortal. Los sublimes sentimientos de la naturaleza humana, adquieren en Athenas cierta elegancia desconocida en Sparta. El amor de la patria y de la libertad no era en los athenienses un instinto ciego, sino un sentimiento ilustrado, fundado en aquel gusto de lo bello en todos los géneros de que tan liberalmente les dotó el cielo: en fin pasando de las ruinas de Lacedemonia á las de Athenas, consideré que hubiera querido morir con Leónidas y vivir con Pericles. Nos encaminábamos á aquella pequeña ciudad y célebre república, cuya reducida extensión comprendía solo unas quince ó veinte leguas, y cuya poblacion no igualaba á la de un arrabal de París, y la cual no obstante

compite en fama con el imperio romano. Mirando atentamente á sus ruinas, la apliqué estos versos de Lucrecio.

*Primæ frugiferos fœtus mortalibus ægris
Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,
Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt,
Et primæ dederunt solatia dulcia vitæ.*

No conozco cosa mas gloriosa para los griegos que aquellas palabras de Ciceron: "Ten presente, Quincio, que mandas á los griegos que civilizaron á las demas naciones, y las enseñaron á ser humanas y de suave trato, y á los cuales Roma debe cuanto sabe." Cuando uno piensa en lo que Roma era en tiempo de Pompeyo y de César, y en lo que el mismo Ciceron era, advierte en estas pocas palabras un muy grande elogio (1).

Atravesé bien depriesa las dos regiones, la erial y la cultivada, porque ya no se ven en el camino el monumento del Rhodio, y el sepulcro de la muger

(1) Plinio el menor escribia casi lo mismo á Máximo, procónsul de Acaya.

Ramera. Entramos en el olivar: antes de llegar al Cephiso se veían dos sepulcros y un altar de Júpiter. Pronto descubrimos la madre del Cephiso entre las olivas que formaban su margen: me apeé para beber su agua, pues siempre me ha gustado beber en los famosos rios por donde he pasado, y así es que he bebido las aguas del Misisipi, del Támesis, del Rin, del Pó, del Tiber, del Eurotas, del Cephiso, del Hermo, del Granico, del Jordán, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres á las orillas de estos rios pueden decir como los israelitas: *Sedimus et flevimus!*

Descubrí á alguna distancia hácia mi izquierda las ruinas del puente que Xenocles de Lindo echó sobre el Cephiso. Volví á montar á caballo y no procuré ver la higuera sagrada, el altar de Zéfiro, y la columna de Anthemócrito, porque el camino actual no vá por donde la antigua Via-Sacra. Al salir del olivar entramos en un jardin cercado, que viene á ocupar el espacio donde estaba el Cerámico exterior. Aún tardamos media

hora en llegar á Athenas, que no tiene mas murallas que unas ligeras paredes como de jardin. Pasamos por calles alegres, aseadas y como de lugar: las casas tienen cada una su huertecito con naranjos ó higueras: los habitantes me parecieron alegres y noveleros, y no noté en ellos aquel aire de abatimiento de los Moraitas. Nos enseñaron la casa del cónsul.

No podia haber buscado mejor guia para ver á Athenas, pues hace muchos años que habita en la ciudad de Minerva, y la conoce tan bien, y aun mucho mejor, que un parisiense á París. Ha escrito sobre Athenas muy excelentes memorias: se le deben útiles descubrimientos sobre Olympia, la llanura de Marathón, el sepulcro de Temístocles, el Pireo, y el templo de la Venus de los Jardines. Ha trabajado y sigue trabajando como pintor en el viage pintoresco de Grecia, cuyo autor M. de Choiseul-Gouffier me habia dado una carta de recomendacion para él y otra el ministro Talleyrand.

No hay que esperar el que dé yo aquí

una descripcion completa de Athenas, pues la traduccion de Pausanias y el viage del jóven Anachârsis nada dejan que desear en esta parte: en quanto á las ruinas de esta famosa ciudad se puede ver á Martin Crusio, al P. Babin, á Pococke, Spon, Wheler, y sobre todos á Chandler y á Mr. Fauvel; y en quanto á los planos, mapas y vistas de Athenas, debe consultarse al marques de Nointel, Leroi, Stuart, Pars, y sobre todo al viage Pintoresco ya citado, aunque aún no está concluido. Estos autores tratan muy bien la parte perteneciente á las costumbres y gobierno de los athenienses modernos; y como aquellas no varían en el oriente, es muy exácto quanto dicen Chandler y Guys.

Tuve la fortuna de hallar en su casa á M. Fauvel, quien me recibió con sumo agrado, y al instante nos hicimos mil preguntas sobre París y Athenas; pero pronto nos olvidamos de aquel pueblo, ocupándonos solo éste. ¡Qué placer para mí el hallarme alojado en Athenas en un cuarto lleno de moldes del Parthenon! Todas las paredes estaban adorna-

das con vistas del templo de Theseo, planes de los Propyleos, y mapas del Atica y de la llanura de Marathon: habia algunos mármoles sobre una mesa, medallas, vasos, y cabecitas de barro cocido en otra. Con gran sentimiento mio barrieron aquel venerable polvo, y entre tan maravillosas obras pusieron mi cama: cual un recluta que llega al ejercito la víspera de un gran combate, dormí en el campo de batalla. Durante la cena, en la que me sirvieron vino del pais y miel del monte Hymeto, que me parecieron muy desagradables, se habló de varias cosas, y entre ellas se dijo que era señor de Athenas el gefe de los eunucos negros, y yo no pude menos de exclamar: ¡Oh Solón! ¡oh Temístocles! El gefe de los eunucos negros señor de Athenas, y las demas ciudades de Grecia envidiando tan singular dicha á los athenienses!

Dos viageros ingleses acababan de partir de Atenas cuando yo llegué, y aún habia en ella un pintor ruso que vivia muy retirado. Esta ciudad es muy concurrida por los aficionados á las antigüe-

dades, porque está en el camino de Constantinopla, y se llega á ella fácilmente por mar.

M. Fauvel no quiso que saliésemos á recorrer la ciudad hasta que se pasase la fuerza del calor. Salimos, pues, á las cuatro de la tarde, y casi á su puerta me hizo reparar en las ruinas de un templo antiguo. Cuantas gentes encontrábamos en la calle saludaban á M. Fauvel, y querian saber quién era yo; pero nadie acertaba á pronunciar mi nombre. Sucedia lo mismo que en la antigua Athenas: *Athenienses autem omnes, dice S Lucas, ad nihil aliud vacabant nisi aut dicere, aut audire aliquid novi.* Los turcos decian: *Fran-suse! Effendi!* y fumaban sus pipas, que era lo mejor que podian hacer. Los griegos al vernos pasar levantaban las manos sobre sus cabezas, y exclamaban: *Kalôs ilthete Archondes! Bate kala eis palæo Athinon!* “Bien venidos señores. Buen viage á las ruinas de Atenas,” y parecian tan orgullosos como si nos hubiesen dicho: “vais á casa de Phidias ó de Ictino.” Me volvia yo todo ojos para mirar, y en

todo creía ver antigüedades. M. Fauvel me las explicaba con la mayor inteligencia y detención.

Saliendo de enmedio de Athenas moderna, y dirigiéndose á poniente, las casas están mas separadas unas de otras, y luego se hallan grandes espacios deshabitados, donde se ven el templo de Theseo, el Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, porque hay muchas descripciones de él y se parece al Parthenon, y solo diré que es el monumento mas bien conservado de Athenas. Por mucho tiempo fué una iglesia con el título de S. Jorge, y ahora es un almacén.

El Areópago estaba sobre una altura al occidente de la ciudadela, y no es fácil comprender cómo se pudo levantar sobre la roca, en la que aun se ven ruinas, un monumento de alguna extensión. Un vallecito llamado en la antigua Athenas Cælé (el hueco) separa la colina del Areópago de las del Pnyx, y de la de la ciudadela. Se veían en el Cælé los sepulcros de los dos Cimones, de Thucydides y de Herodoto. El Pnyx, donde los athenien-

ses tuvieron al principio sus asambleas públicas, es una explanada sobre una escarpada roca, detras del Lycabeto. Una muralla formada de enormes piedras, sostiene esta explanada por el lado del norte: al mediodia se eleva una tribuna abierta en la piedra viva, á la que se sube por cuatro gradas abiertas tambien en la piedra. Advierto esto, porque los antiguos viageros no conocieron bien la forma del Pnyx. El lord Elgin hace pocos años que hizo limpiar de escombros la colina, y descubrió las gradas. Como aun no es aquella la cima de la roca, no se puede ver el mar hasta mas arriba de la tribuna, y de este modo se quitaba al pueblo la vista del Piréo, para que los oradores facciosos no le moviesen á temerarias empresas á vista de su poder y de sus naves (1). Los athenienses se ponian sobre la explanada entre la mura-

(1) La historia varía en esto, pues otros quieren que los tiranos fuesen los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Piréo.

lla circular que indiqué al norte, y la tribuna al mediodía.

En esta tribuna fué donde resonó la voz de Pericles, de Alcibiades y de Demósthene; donde Sócrates y Phocion hablaron al pueblo de mayor ingenio y menos juicio de toda la tierra. Allí fué donde se cometieron tantas injusticias, y se dieron tan inicuos ó crueles decretos. Tal vez estos parages vieron desterrar á Aristides y triunfar á Mélito, condenar á muerte á todos los habitantes de una ciudad y sentenciar á la esclavitud á todo un pueblo. Pero allí fué tambien donde célebres ciudadanos manifestaron toda su elocuencia contra los tiranos de su patria, donde triunfó la justicia, y se oyó la verdad. "Hay un pueblo, decian los diputados de Corinto á los spartanos, que solo ansía por novedades: pronto en pensar, pronto en obrar, y cuyo arrojo excede á su fuerza. En los peligros, á los que por lo comun se arroja sin reflexion, jamás pierde la esperanza: naturalmente inquieto, procura engrandecerse fuera de sus dominios: si sale vencedor, adelanta

y sigue la victoria: si vencido, no se desalienta. Los athenienses no miran su vida como propia, pues fácilmente la sacrifican por su patria. Cuando no lo quieren, creen que les han privado de sus legítimos bienes. Si sus deseos no se verifican, conciben una nueva esperanza. Apenas han pensado una cosa, cuando ya la han executado. Atendiendo siempre á lo venidero, descuidan lo presente: no conocen el sosiego, ni para sí, ni para los demás (1).”

¿Y qué ha sido de este pueblo? ¿Dónde le hallaré? Traduciendo yo este pasage en las ruinas de Athenas, veía los minaretos de los musulmanes, y oía hablar de los cristianos. Á Jerusalem iba yo á hallar la respuesta á esta pregunta, y ya conocia las palabras del oráculo: *Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit.*

Aun no era de noche, y así pudimos pasar del Pnyx á la colina del Museo, en

(1) Thucydides lib. 1.

cuya cima se halla el monumento de Philopappo, que es de mal gusto. Este Philopappo era legítimo heredero de la corona de Siria, como descendiente del rey Antioco, y su familia fué traída á Athenas por Pompeyo, que la despojó de la dignidad real, reduciéndoles á la clase de meros ciudadanos. Mr. Fauvel me hizo reparar en las ruinas del teatro de Baco, al pie de la ciudadela, en la seca madre del Iliso, en el mar sin navíos, y en los solitarios puertos de Phalereo, de Munychia y del Píreo.

Con esto ya era de noche, y nos volvimos á Athenas. Habiéndome retirado á mi habitacion, y durmiendo ya profundamente, pues estaba muy cansado, me despertó de pronto el tamboril y la gaita de los turcos, cuyos discordantes sonidos venian de lo alto de los Propyleos. Al mismo tiempo un iman turco gritó la hora en árabe á los cristianos de la ciudad de Minerva. No podré expresar el efecto que todo esto produjo en mí, y es cierto que el iman no necesitaba advertirme lo fugaz de los años, pues bastaba

con oír su voz en aquellos parages, para conocer el sumo transcurso de los siglos.

Esta inmovilidad de las cosas humanas causa tanta admiracion, quanto que se contrapone á la inmovilidad de lo demas de la naturaleza. Como para burlarse de la inestabilidad de las cosas humanas, hasta los mismos animales no experimentan ni trastorno en su imperio, ni alteracion en sus costumbres. Cuando estábamos sobre la colina del Museo, habia yo visto á las cigüeñas formarse en batallones, y dirigir su vuelo ácia el África. Dos mil años há hacian tambien el mismo viage, y han permanecido libres y felices, tanto en la ciudad de Solón, como en la del gefe de los eunucos negros. Desde lo alto de sus nidos, á los que no pueden tocar las revoluciones, han visto mudarse pueblos enteros: mientras que generaciones impías se elevan sobre piadosas generaciones, la cigüeña alimenta siempre á sus ancianos padres, segun nos dice Solino. Si me detengo á hacer estas reflexiones, es porque los viageros aman á las cigüeñas, las que segun el texto de Jeremías,

conocen las estaciones en el cielo. Estas aves fueron á menudo las compañeras de mis viages en América. Muchas veces las he visto encaradas sobre el *Wigwam* de los salvages, y cuando las he vuelto á hallar en otra especie de desierto, y sobre las ruinas del Parthenon, no he podido menos de hablar de mis antiguos amigos.

Al otro dia que era el 24, y á las cuatro y media de su mañana, subimos á la ciudadela, cuya cumbre está cercada de murallas medio antiguas, medio modernas: en otro tiempo habia ademas otra muralla que cerraba su base. En el circuito que forman estas murallas se encuentran aun las ruinas de los Propyleos, y las del templo de la Vitoria. Detrás de los Propyleos á la izquierda, y ácia la ciudad, se vé el Pandroseo, el doble templo de Neptuno-Erechtheo, y el de Minerva-Polias: en fin en lo mas alto del Acrópolis se eleva el templo de Minerva.

La montaña en que está la ciudadela puede tener en su cumbre unos ochocien-

*

tos pies de largo y cuatrocientos de ancho: su forma es casi la de óvalo, cuya elipse se fuese estrechando ácia el monte Hymeto, y se diria que es un pedestal cortado expresamente para sostener los magníficos edificios que le decoraban.

Sin detenerme á dar la descripción particular de cada monumento, que los lectores pueden hallar en las obras ya citadas, voy á presentar algunas reflexiones generales.

La primera cosa que llama la atención en los monumentos de Athenas, es su hermoso color como dorado, debido á la claridad del cielo y al resplandor del sol en Grecia. Despues no puede uno menos de admirar la exactitud, la armonía y la sencillez de las proporciones. No se vé orden sobre orden, columna sobre columna, y cúpula sobre cúpula. El templo de Minerva es, ó mas bien era, solo un paralelogramo prolongado, adornado con un peristylo, y con un pronaos ó pórtico, y se elevaba sobre tres gradas que reinaban en derredor. Este pronaos ocupaba casi la tercera parte de la longitud

total del edificio: el interior del templo se dividía en dos naves separadas por una pared, y que solo recibían la luz por la puerta: en la una de estas naves se veía la estatua de Minerva hecha por Phidias, y en la otra se guardaba el tesoro de los athenienses. Las columnas del peristylo y del pórtico descansaban inmediatamente sobre las gradas del templo, pues no tenían basa: eran estriadas y de orden dórico: tenían cuarenta y dos pies de elevación, y diez y siete y medio de circunferencia cerca de la basa: el intercolumnio era de siete pies y cuatro pulgadas, y todo el edificio tenía doscientos diez y ocho pies de largo y noventa y ocho y medio de ancho.

Los triglifos del orden dórico señalaban el friso del peristylo: las metopas ó cuadretes de mármol, separaban á los triglifos. Phidias, ó algunos de sus discípulos, habían representado en estas metopas el combate de los Centauros y de los Lapithas: el friso de la Cella estaba decorado con otro bajo relieve que tal vez representaría la fiesta de las Pana-

theneas. Algunas piezas de excelente escultura, pero del siglo de Adriano, época del restablecimiento del arte, ocupaban los dos frontis del templo. Las ofrendas votivas, y los escudos quitados al enemigo cuando la guerra médica, estaban colgados en la pared exterior del edificio. Entre estos escudos habia inscripciones, cuyas letras serían de bronce, y por los agujeros que han dejado los clavos, podrian restablecerse y leerse aun como las de la casa cuadrada de Nímes.

Este templo ha sido tenido con razon por la obra maestra de la arquitectura, tanto entre los antiguos, como entre los modernos. La armonía y concierto de todas sus partes se advierte aun en sus ruinas, porque sería formarnos de él una mala idea el representárnoslo solo como un edificio pequeño, agradable y cargado de adornos á nuestro modo; pues cuando quereimos ser elegantes en nuestra arquitectura somos mezquinos, y cuando magestuosos pesados. Pero todo está bien calculado en el Parthenon: el orden es dórico, y la poca elevacion de su colum-

na presenta al instante la idea de la duracion y de la solidez; pero como esta columna, que ademas está sin basa, pareceria pesada, el arquitecto Yctino recurrió á su arte, la hizo estriada, y la elevó sobre las gradas, introduciendo de este modo casi la ligereza del orden corinthio en la gravedad dórica. No puso mas adornos que los dos frontis y los dos frisos con escultura, pero excelente en todas sus partes. ¡Cuánta distancia hay de esta sabia economía de adornos, de esta feliz reunion de sencillez, de fuerza y de gracia, á nuestra profusion de recortes cuadrados, largos, redondos y en rombos; á nuestras delgadas columnas subidas sobre enormes basas, á nuestros porches comunes y aplastados que llamamos pórticos.

Tambien debemos admirar en los edificios griegos lo bien concluidas que están todas sus partes, pues las piedras que forman las columnas del templo de Minerva, están tan unidas entre sí, que es menester mirarlas con sumo cuidado para conocer que no son de una sola pie-

za. Y la misma perfeccion se advierte en los florones, plintos, molduras y demas partes del edificio: las líneas del capitel y las estrias de las columnas del Parthenon son tan finas y delicadas, que creería uno que toda la columna habia sido hecha á torno: unos recortados de marfil no serían mas delicados que los adornos jónicos del templo de Erechtheo: las cariátides del Pandroseo son verdaderos modelos. En fin, si despues de haber yo visto los monumentos de Roma me han parecido bastos los de Francia, cuando he llegado á ver los de Grecia he tenido por bárbaros á los de Roma, sin exceptuar entre estos al Pantheon con su desmesurado frontis. Esta comparacion se puede hacer muy bien en Athenas, donde la arquitectura griega se halla muchas veces al lado de la romana.

Tambien habia caido yo en el error comun acerca de los monumentos de los griegos, pues aunque los tenia por perfectos en el todo, creía que carecian de grandeza; pero he visto que los arquitectos que los construyeron, tuvieron la ha-

bilidad de darles en grandeza proporcional lo que podia faltalles en extension. Athenas está llena de obras preciosas, y sin embargo de que la poblacion no era ni numerosa ni muy rica, construyeron enormes y como gigantescos edificios: las piedras del Pnyx parecen pedazos de montañas: los Propyleos eran una obra de inmenso trabajo, y las baldosas de mármol que los cubrian, de la mayor dímension que se ha visto: las columnas del templo de Júpiter Olímpico tienen talvez mas de sesenta pies de alto, y la circunferencia de todo el templo era de media milla: las murallas de Athenas, comprendiendo la de los tres puertos, ocupaban un espacio de cerca de nueve leguas (1), y las que reunian la ciudad con el Pireo eran tan anchas que podian correr por ellas dos carros de frente, y de cincuenta en cincuenta pasos tenian torres cuadradas, y asi es que los roma-

(1) Doscientos estadios segun Dion-Chrysóstomo.

nos jamas levantaron mayores fortificaciones.

¿Por qué suerte fatal estas obras maestras de la antigüedad que los modernos van á admirar tan lejos y á tanta costa, han sido destruidas en parte por los mismos modernos (1)? El Parthenon se mantuvo intacto hasta el año 1687: los cristianos lo convirtieron en iglesia, y envidiosos de ellos los turcos le convirtieron luego en mezquita. En el ilustrado siglo XVII. vienen los venecianos á cañonear los monumentos de Pericles: tiraron á bala roja sobre los Propyleos y el templo de Minerva: cayó una bomba sobre este último edificio y rompió la bóveda: hizo saltar los barriles de pólvora.

(1) Bien sabido es como fué destruido el Coliseo de Roma, y el equívoco de las palabras latinas sobre los *barberini* y los bárbaros. Algunos historiadores piensan que los caballeros de Rhodas destruyeron el famoso sepulcro de Mausoleo: es verdad que fué para defender á Rhodas y fortificar la isla contra los turcos; pero si esto sirve de excusa á los caballeros, no por eso es menos dolorosa la destruccion de aquella maravilla.

vora, y con ellos parte de un edificio, que no tanto honraba á los falsos dioses de Grecia, quanto al ingenio humano (1). Habiendo los venecianos tomado la ciudad, queriendo Morosini adornar á Venecia con los despojos de Athenas, dispone se bajen las estátuas que estaban en el frontis del Parthenon y se rompen. Otro moderno por amor á las artes mismas, viene á completar la destruccion que comenzaron los venecianos. Ya he hablado del lord Elgin, á quien se debe el conocer mejor el Pnyx y el sepulcro de Agamemnon, y el cual mantiene en Grecia un italiano que di-

(1) La invencion de las armas de fuego ha sido tambien muy fatal á las artes. Si los bárbaros hubiesen conocido la pólvora no hubiera quedado en pie un solo edificio griego ó romano, hubieran derribado hasta las pirámides, aunque solo fuese por buscar tesoros. Un año de guerra entre nosotros destruye mas monumentos que un siglo entre los antiguos. Parece tambien que entre los modernos todo se opone á la perfeccion del arte, el pais, las costumbres, los usos, los trages, y hasta sus descubrimientos.

rige las excavaciones. Pero este lord ha perdido todo su mérito destruyendo el Parthenon. Quiso llevarse el bajo relieve del friso, y los trabajadores turcos de que se valió, rompieron el arquitrabe y echaron abajo los capiteles, rompiendo además la cornisa. Así es que los mismos ingleses que han estado después en Atenas, no han podido menos de sentir un amor á las artes tan mal entendido.

Pasamos toda la mañana en recorrer la ciudadela, los turcos habían pegado el minareto de una mezquita al pórtico del Parthenon: subimos por la medio arruinada escalera de este minareto, nos sentamos en la parte rota del friso del templo, y extendimos nuestras miradas por todas partes. Teníamos el monte Hymetto al este: el Pentélico al norte: el Parnes al nordeste: los montes Icaro, Corydalo ó Egaleo al oeste, y por encima del primero sobresalía la cumbre del Cytheron: al sudoeste y al mediodía se veían el mar, el Pireo, las costas de Salamina, de Egina, de Epidauro, y la ciudadela de Corintho.

A nuestros pies en la vega, cuya circunferencia acabo de describir, se distinguían las colinas y la mayor parte de los monumentos de Athenas, al sudoeste la colina del Museo con el sepulcro de Philopappo: al oeste las rocas del Areopago, del Pnyx y del Lycabeto: al norte el montecillo Anchesmo, y al este las alturas que dominan al Stadio. Al pie mismo de la ciudadela se veían las ruinas del teatro de Baco y de Herodes-Atico. A la izquierda de estas ruinas estaban las grandes columnas aisladas del templo de Júpiter-Olímpico; y mas allá, tirando ácia el noreste, se descubria el recinto del Lyceo, el curso del Iliso, el Stadio, y un templo de Diana y de Ceres. En la parte del oeste y del noroeste, ácia el olivar, Mr. Fauvel me enseñaba los parages donde estuvieron el Cerámico exterior, la Academia, y su camino entre los sepulcros. En fin, en el valle que forma el Anchesmo y la ciudadela, se descubria la ciudad moderna.

Figurémonos ahora este gran espacio cubierto en parte de maleza, de olivares,

de viñas, de sembrados, trozos de columnas y ruinas antiguas y modernas, que se descubren entremedias: los aldeanos y los turcos que animan el cuadro.

Desde lo alto del Acrópolis ví salir el sol por entre las dos cumbres del monte Hymeto, y sus rayos iban á dorar las soberbias obras de Phidias, que parecian moverse por el efecto de la luz: ésta blanqueaba á lo lejos el mar y el Pireo; y la ciudadela de Corinto, reflejando la claridad del dia, brillaba en el horizonte de poniente como una roca de púrpura y de fuego.

Desde el parage en que nos hallábamnos, hubiéramos podido ver en los tiempos prósperos de Athenas, salir las escuadras del Pireo para combatir al enemigo, ó ir á las fiestas de Delos: hubiéramos podido oír en el teatro de Baco las dolorosas expresiones de Edipo, de Philoctetes y de Hécuba, y los aplausos de los ciudadanos á las oraciones de Demósthenes. Pero ¡ay! ¡nada se oye ya! Apenas salian de entre aquéllas murallas que resonaron por tanto tiempo con las voces

de un pueblo libre, los gritos de un populacho de esclavos. Para consolarme me decia lo que siempre tiene uno que decirse: todo pasa, y todo acaba en el mundo. ¿Dónde están aquellos sublimes ingenios que elevaron el templo, sobre cuyas ruinas reposaba yo entonces? Este sol que presenció tal vez los últimos suspiros de la infeliz hija de Megara, vió morir á la hermosa Aspasia. Este cuadro del Atica, este espectáculo que contemplaba yo, lo habian contemplado otros, que hacia siglos y siglos que murieron. Tambien moriré yo: otros hombres de tan fugaz vida como la mia, vendrán á hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. En manos de Dios está nuestra vida y nuestro corazon, y de ambos dispondrá segun su voluntad divina.

Bajando de la ciudadela tomé un pedazo de mármol del Parthenon, y tambien habia tomado una piedrecita del sepulcro de Agamemnon, y lo mismo he hecho con cuantos monumentos he visto. No son tan buenos recuerdos de mis viajes como los que trajeron Mr. de Choi-

seul y lord Elgin; pero me bastan. Tambien conservo algunos amistosos regalos que me han hecho mis huespedes, entre ellos, un cañutero de hueso que me dió el P. Muñoz en Jafa, y cuando veo estas bagatelas me acuerdo al instante de mis viages y aventuras, y me digo: "allí estaba yo, y me sucedió tal cosa." Ulises volvió á su isla con grandes cofres llenos de ricos regalos que le hicieron los pheacios yo he entrado en mi casa con una docena de piedras de Sparta, de Athenas, de Argos y de Corinto, tres ó cuatro cabecitas de barro cocido que me dió Mr. Fauvel, unos rosarios, una botellita de agua del Jordan, otra del Már Muerto, algunas cañas del Nilo, un mármol de Carthago, y un molde de yeso de los bajos relieves de la Alhambra. He gastado cincuenta mil pesetas en mi viage, he regalado mis ropas y mis armas, y si hubiese durado algo mas, hubiera vuelto á pie y con solo un bordon. Por desgracia mia no hubiera encontrado al llegar un buen hermano que me hubiese dicho como el anciano de las Mil y una No-

ches: "Hermano mio, ahí tienes mil cequines, compra camellos y déjate de viajar.

Al salir de la ciudadela nos fuimos á comer, y aquella misma tarde pasamos al Stadio que está al otro lado del Iliso, y conserva perfectamente su forma, aunque ya no tiene las gradas de mármol con que le decoró Herodes-Atico. El Iliso está casi seco, aunque en otro tiempo tuvo bastante agua; pero ahora debe correr bajo la arena, pues está todo como cegado con el guijo y piedras que han caído de los cercanos montes.

Volviendo del Iliso, Mr. Fauvel me hizo pasar por el parage donde estuvo el Lyceo; y luego vimos unas grandes columnas aisladas en el barrio de la ciudad que llamaban Athenas la nueva ó la del emperador Adriano. Spon quiere que estas columnas sean de un pórtico que llamaron de las Ciento y veinte columnas; y Chandler presume que pertenecian al templo de Júpiter Olímpico. Sobre una porcion de arquitrave que une á dos de estas columnas, se vé aún una celdita que fué

de un hermitaño, y no se sabe cómo se la pudo construir sobre el capitel de estas prodigiosas columnas, que tienen tal vez mas de sesenta pies de alto. Así pues, aquel gran templo, en el que los atenienses trabajaron durante siete siglos, que todos los reyes del Asia quisieron concluir, y que solo Adriano, dueño del universo, tuvo la gloria de acabarlo; este templo ha cedido al esfuerzo del tiempo, y la celdita de un solitario ha permanecido en pie sobre sus ruinas. Dos columnas de mármol sostienen en el aire una pobre casita de yeso, cual si la fortuna quisiese ostentar sobre este magnífico pedestal un monumento de sus triunfos y caprichos.

Aunque estas columnas son mas altas que las del Parthenon, no son ni con mucho tan hermosas, y ya se advierte en ellas la decadencia del arte; pero como están solas y desparramadas, sin ningun edificio al lado, producen un gran efecto, pareciéndose á aquellas solitarias palmeras que se descubren entre las ruinas de Alejandría. Cuando los turcos temen

alguna calamidad, traen aquí un corderito y le obligan á que bale levantándole la cabeza hácia el cielo: no pudiendo hallar la voz de la inocencia entre los hombres, recurren á un corderito para aplacar la cólera celeste.

Entramos en Athenas por el pórtico, en el que se lee la tan sabida inscripcion

ESTA ES LA CIUDAD DE ADRIANO,
Y NO LA CIUDAD DE THESEO.

Fuimos á hacer una visita á un frances establecido en Athenas, y con este motivo ví despacio algunas mugeres. Las de Athenas no me parecieron ni tan altas ni tan hermosas como las moraitas. Desagrada á un extranjero la moda que tienen de pintarse el cerco de los ojos de azul, y la punta de los dedos de encarnado; pero como yo habia visto mugeres con perlas en las narices, lo cual agrada mucho á los iroqueses, y á mí comenzaba á no desagradarme, veo que no debe uno disputar de gustos. Lo cierto es que jamás las mugeres de Athenas fueron

*

célebres por su hermosura, y aun se las acusaba de gustar mucho del vino. La prueba de que no era grande el imperio de su hermosura es, que casi todos los hombres célebres de Athenas amaron á mugeres extranjeras como Pericles, Sófocles, Sócrates, Aristóteles, y aun el divino Platon.

El dia 25 montamos á caballo muy temprano, salimos de la ciudad, y tomamos el camino del Phalereo. Cerca del mar el terreno es un poco levantado, y se termina en colinas cuyos recodos forman á levante y poniente los puertos de Phalereo, de Munychia y del Piréo. Descubrimos los cimientos de las murallas que cerraban el puerto, y otras ruinas muy confusas, que serian tal vez las de los templos de Juno y de Ceres. Aquí cerca tenia Arístides su reducida heredad y su sepulcro. Bajamos al puerto, que es una concha redonda, que podria contener unos cincuenta barcos, y son precisamente los que Menestheo llevó á Troya. "Seguíanle cincuenta bajeles negros." Tambien salió Theseo del Phalereo para

ir á Creta. No son siempre las grandes escuadras y los grandes puertos los que dán la inmortalidad, pues Homero y Racine no dejarán que se pierda el nombre de una rada ó de un barquichuelo.

Del puerto del Phalereo pasamos al de Munychia, que es el ovalado y algo mayor que el primero. En fin, pasamos á la punta de unas rocas, y nos dirigimos ácia el Piréo. Mr. Fauvel me detuvo en el recodo que forma una lengua de tierra, para enseñarme un sepulcro abierto en la roca que él cree sea el de Themístocles, opinion que no han seguido los demas anticuarios.

No pude menos de admirarme de la soledad del Piréo, habiamos dado vuelta á una costa desierta, habiamos visto tres puertos, y en ninguno de ellos una barca: solo ruinas, rocas y mar, ni mas ruido que el grito de los alciones y el murmullo de las olas, que rompiéndose en el sepulcro de Themístocles, hacian salir un gemido eterno de la morada del eterno silencio. Arrastradas por las olas las cenizas del vencedor de Xerxes, descansa-

ban en lo profundo de estas mismas olas confundidas con los huesos de los persas. En vano buscaba yo el templo de Venus, la larga galería, y la estatua simbólica que representaba al pueblo de Athenas: la imagen de este pueblo inexorable había caído para siempre cerca del pozo donde los ciudadanos desterrados venían á reclamar inútilmente su patria. En lugar de aquellos soberbios arsenales, de aquellos pórticos donde se resguardaban las galeras, y donde resonaban los gritos de los manineros; en lugar de aquellos edificios que todos juntos representaban á la hermosa ciudad de Rhodas, ya no veía yo mas que un convento arruinado, y un almacén. Allí un aduanero turco, triste centinela en la orilla y modelo de estúpida paciencia, está todo el año sentado en una mala barraca, y pasa meses enteros sin ver llegar un barquichuelo: á tan miserable estado se ven reducidos en el día aquellos tan famosos puertos. ¿Quién puede haber destruido tantos monumentos de los dioses y de los hombres? Aquella fuerza oculta que todo lo

derriba, estando ella misma sujeta al desconocido Dios, cuyo altar vió S. Pablo en Phalereo: *Deo ignoto.*

El puerto del Piréo forma un arco, cuyas puntas se acercan tanto, que solo dejan un paso estrecho, ahora le llaman el puerto leon, á causa de un leon de mármol que se veía antes en él, y que Morosini se llevó á Venecia en 1686. Este puerto se dividia interiormente en tres conchas llamadas el Cántharo, el Aphrodiso, y el Zea: aun se vé una dársena medio cegada que podria haber sido muy bien el Aphrodiso. Strabon asegura que en este puerto cabian muy bien cuatrocientos bajeles, y Plinio hace subir este número hasta mil; pero ahora bastaria para llenarle con cincuenta barcos. Sin embargo es profundo y abrigado, y una nacion industriosa podria hacer de él un buen puerto.

Habiendo descansado un instante en la aduana, volvimos á Athenas por el camino del Piréo, y pasamos por el sepulcro de la amazona Antíope examinado por Mr. Fauvel; pero tuve la pena de no

hallar ya el sepulcro de Menando, el cenotaphio de Eurípides, y el templete dedicado á Sócrates.

Como habiamos alquilado los caballos para todo el dia apresuramos la comida, y volvimos á continuar nuestros paseos á las cuatro de la tarde, tomando el camino por el lado del monte Hymeto, yendo á parar á la aldea de Angelo-Kipus, donde Mr. Fauvel cree haber hallado el templo de la Venus Jardinera. Despues de haber visto las curiosidades de esta aldea, tomamos á poniente, y pasando entre Athenas y el monte Anchesino, entramos en un gronde olivar. Vimos el Cephiso que por allí lleva alguna agua, aunque sienta decir que cenagosa, y no obstante sirve para regar algunos huertos, manteniendo la frescura y frondosidad, cosas raras en Grecia. Volvimos atrás siempre por el olivar. Dejamos á la izquierda un cerrito cubierto de piedras, y era Colona, á cuyo pie se veía antes la aldea donde se retiró Sófocles, y el parage donde aquel gran trágico hizo derramar sus lágrimas al padre de Antí-

gone. Seguimos un buen trecho el camino de bronce, donde aún hallamos algunos vestigios del templo de las Furias: desde allí, y acercándonos á Athenas, nos estuvimos paseando mucho tiempo por las cercanías de la Academia, sin que quede cosa alguna que dé á conocer ya esta morada de los sabios. La segur de Sila derribó sus primeros plátanos; y los que tal vez Adriano hizo plantar de nuevo, tampoco escaparon de otros bárbaros. Ni se hallan el altar del Amor, ni el de Prometheo, ni el de las Musas: apagóse todo aquel divino entusiasmo en los bosques en que Platon fué inspirado tan sublimemente. Bastará con dos pasajes para dar á conocer el placer y la sublimidad que los antiguos hallaban en las lecciones de este filósofo. La víspera del dia en que Sócrates recibió á Platon en el número de sus discípulos, soñó que un cisne descansaba en su regazo. Habiendo impedido la muerte á Platon el concluir su Cricias, Plutarco llora esta desgracia, y compara los escritos de este maestro de la Academia á los templos de

Athenas, entre los cuales el de Júpiter Olímpico era el único que no estaba concluido.

Hacia ya una hora que había anochecido cuando nos volvimos á Athenas. Brillaba el firmamento con innumerables estrellas: la noche era muy clara y serena: el aire suave, transparente y puro: nuestros caballos caminaban lentamente, y nosotros íbamos meditabundos y silenciosos. El camino que llevábamos es muy de creer fuese el antiguo de la Academia, á cuyas orillas estaban los sepulcros de los ciudadanos que murieron por la patria, y de los hombres mas célebres de Grecia: allí descansaban Thrasybulo, Pericles, Chabrias, Timotheo, Harmodio y Aristógito. Fué sin duda sublime idea la de reunir en un mismo parage las cenizas de aquellos grandes hombres que vivieron en diferentes siglos; y los cuales como hijos de una misma familia ilustre y por mucho tiempo dispersa, habian venido á descansar en el regazo de su madre. ¡Qué variedad de ingenios, de grandeza y de valor! ¡Qué diversidad de

virtudes y de costumbres no advertia uno á la primera ojeada! Y estas virtudes que la muerte habia templado, por decirlo así, á manera de aquellos generosos vinos que dice Platon se mezclaban con una divinidad sóbria, no ofendian ya á las miradas de los vivos. El pasagero que leía en una columna fúnebre esta sencilla inscripcion

**PERICLES DE LA TRIBU ACAMANTIDA
DEL BARRIO DE COLARGA**

se admiraba sin sentir envidia alguna. Ciceron se presenta á Atico vagando por entre estos sepulcros, y venerando á aquellas augustas cenizas; pero en el dia ya no podría decir lo mismo, porque fueron destruidos estos sepulcros. Los ilustres muertos que los athenienses colocaron en las afueras de su ciudad para que estuviesen como de abanzada, no se levantaron para defenderla, y sufrieron que los tártaros la conculcasen. "El tiempo, la violencia, y el arado, dice Chandler, lo han igualado todo." El arado está aquí

demás, y esta advertencia pinta mejor la desolacion de Grecia que cuantas reflexiones pudiésemos hacer.

Aún me quedaban que ver en Athenas los teatros y los monumentos de lo interior de la ciudad, y á esto dediqué todo el dia 26. Ya dije, y nadie lo ignora, que el teatro de Baco estaba al pie de la ciudadela ácia el lado del monte Hymetto. El Odeon que comenzó Pericles, concluyó Lycurgo, hijo de Lycophronte, quemaron Aristion y Sylla, y restableció Ariobarzanes, estaba cerca del teatro de Baco, con quien tenia tal vez comunicacion por medio de un pórtico. Es probable que habia en aquel mismo parage otro tercer teatro edificado por Herodes-Atico. Pero todas estas ruinas valen poco, y no me causaron admiracion alguna, pues que en Italia habia yo visto teatros mas grandes y mejor conservados. Pero hice una observacion muy triste, y es que en tiempo de los emperadores romanos, cuando Athenas era aún la escuela del mundo, los gladiatores tenian sus sangrientos combates en el teatro de Ba-

co. Ya no se representaban las obras clásicas de Eschylo, de Sóphocles y de Eurípides; á estos expectáculos que dán una gran idea del ingenio humano, y que forman la noble diversion de las naciones cultas, sucedieron el horror de sangrientos y bárbaros combates; y con tanta ansia acudian los athenienses á estas atrocidades, cual habian acudido á las Dionysiacas. Un pueblo que á tan alto grado habia ascendido, ¿cómo pudo descender tanto? ¿Qué se hizo aquel altar de la Compasion que se veía enmedio de la plaza pública de Athenas, y al cual los infelices colgaban las trenzas de sus cabellos? Si los athenienses, como dice Pausanias, eran los únicos entre los griegos que honrasen la Compasion mirándola como el consuelo de la vida, muy mudados se hallaban ya. No fueron por cierto los combates de los gladiadores los que adquirieron á Athenas el renombre de *sagrada morada de los dioses*. Tal vez los pueblos, bien así como los hombres suelen ser crueles en la decrepitud cual en la infancia, tal vez se apaga el inge-

nio de las naciones. Y cuando todo lo ha inventado, todo lo ha recorrido, y de todo ha gozado, fastidiado ya de sus sublimes producciones, y hallándose incapaz de otras nuevas, se embrutece y vuelve á las sensaciones puramente físicas. El cristianismo impedirá á las naciones modernas el que mueran en tan deplorable vejez; pero si pudiésemos suponer que se acabase entre nosotros toda religion, no me admiraría que resonasen los gritos del gladiador moribundo, donde ahora los lamentos de Phedra y de Andrómaca.

Despues de haber visto los teatros, entramos en la ciudad y nos detuvimos en la torre de los Vientos, cuya descripcion debemos á Vitruvio y Varron, y la cual tambien han dado á conocer muchos viajeros modernos. No hablaré de algunas ruinas del orden corinthio, en las cuales se advierte la grandeza romana, y tambien su inferioridad en cuanto al buen gusto: á primera vista se conocen en Athenas las obras de los emperadores romanos, que desdicen infinito de las sublimes del siglo de Pericles. De aquí fui-

mos al convento de los franceses á pagar la visita al único religioso que allí hay. Dentro de la cerca del convento está el monumento chorágico de Lysicrates, y en este último monumento acabé de pagar mi tributo de admiracion á las ruinas de Athenas.

Esta delicada produccion del ingenio griego fué conocida por los primeros viajeros con el nombre de *Fanari tou Demosthenis*. "En la casa que acababan de comprar los padres capuchinos, decia el jesuita Bibin en 1672, hay una antigüedad muy notable, y la cual desde el tiempo de Demósthene permaneció intacta, y vulgarmente la llaman la Linterna de Demósthene (1); pero despues se ha averiguado, y Spon fué el primero, que era un monumento chorágico erigido por Lysicrates en la calle de las Tripodes; y no es cierto uno de los caprichos menos

(1) Parece que habia aún en Athenas en 1669 un monumento llamado la *Linterna de Diógenes*.

admirables de la fortuna, el que un capuchino habite en el monumento chorá-gico de Lysícatres; pero atendamos mas bien á los beneficios que resultan de nuestras misiones, considerando que al mismo tiempo que un religioso frances hospedaba en Athenas á Chandler, otro religioso de la misma nacion socorria á los viageros de la China, en el Canadá, y en los desiertos del África y de la Tartaria.

“Los francos en Athenas, dice Spon, no tienen mas que la capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tou Demosthenis*. Los padres jesuitas estaban en Athenas antes que los capuchinos, y jamás se les ha echado de allí, pues si se fueron al Negroponto, fué porque aquí habia mas francos con quienes poder ejercer su caridad. Tenian su hospicio á un extremo de la ciudad. Los capuchinos se avecindaron en Athenas el año de 1658, y en el de 1669 el padre Simon compró el Fanari y la casa contigua.”

Á estas misiones debemos tambien la primera noticia de los monumentos de

Grecia (1): ningun viagero habia salido aún de su casa para ver al Parthenon, cuando ya los religiosos, como desterrados á aquellas famosas ruinas, esperaban para hospedarlos á los anticuarios y á los artistas. Preguntaban los sábios por la ciudad de Cecrope, y habia en París, en el noviciado de Santiago, un padre Bernabé, y en Compiègne un padre Simon, que hubieran podido darles muy buenas y muy sábias noticias; pero no obstentaban su sabiduría, y postrados al pie del crucifijo ocultaban en la humildad del claustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido, durante veinte años, en las ruinas de Athenas.

“Los capuchinos franceses, dice la Guilletiere, que han sido escogidos por la congregacion de *Propaganda Fide* para las misiones de la Morea, tienen su principal residencia en Napoli, porque las

(1) Se puede ver en las Cartas Edificantes los trabajos de los misioneros en las islas del Archipiélago.

galeras de los beyes van á invernar allí, permaneciendo desde el mes de noviembre hasta la fiesta de San Jorge, que es el dia que se hacen á la mar. Y como estas galeras están llenas de esclavos cristianos, el padre Bernabé, que es ahora el superior de las misiones de Athenas y de la Morea, se emplea con tanto zelo como provecho en instruir y animar á aquellos infelices.”

Habiendo concluido de ver á Athenas, y adelantándose ya la estacion favorable para hacer mi viage en el navío en que van los peregrinos desde Constantinopla á Jerusalem, me despedí no sin mucha pena de Mr Fauvel, el cual me indicó el camino mas seguro que podiar tomar, pero una fuerte calentura que me acometió en la aldea de Keracia me expuso á perder todo el fruto de mi viage, y aun á morir en aquellos retirados parages. Gracias á los continuos favores de Mr. Fauvel me alivié pronto de mi mal, y habiéndome él mismo proporcionado un barco que me llevó al cabo y puerto de Sunio, continué me peregrinacion.

No menos sobresalian los griegos en escoger los sitios acomodados para la mejor posicion de sus edificios, que en la arquitectura con que los adornaban. En la mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Atica, de Jonia, y de las islas del Archipiélago, se elevaban templos, trofeos ó sepulcros. Estos monumentos circundados de bosques y rocas, diversamente iluminados por la luz, ya entre relámpagos y nubes, ya á la suave claridad de la luna, á la caída del sol, ó al rayar el alba, debian hermosear sobre manera las costas de la Grecia. La tierra de este modo engalanada, debia presentarse á la vista del marinero, cual la madre Cibeles que con la cabeza torreada y sentada en la playa, mandaba á su hijo Neptuno que derramase las olas á sus pies.

El cristianismo, á quien debemos la única arquitectura conforme con nuestras costumbres, nos enseñó tambien á colocar en conveniente parage los verdaderos monumentos adecuados á ellas: en la soledad de los bosques, y en las cumbres

*

de los montes, se ven nuestras antiguas hermitas, nuestras abadías y nuestros monasterios; y no tanto se escogieron estos parages por premeditado designio de la arquitectura, quanto porque un arte quando está en relacion con las costumbres de un pueblo, hace naturalmente lo que es mejor. Pero por el contrario, no podeis menos de observar cuán mal situados se hallan aquellos monumentos en que imitamos á los antiguos.

Pero los monumentos de los griegos modernos se parecen á la corrompida lengua que actualmente se habla en Sparta y en Athenas: en vano se nos dice que es la lengua de Homero y de Platon: á cada instante la confusa mezcla de palabras rústicas y de extraña construccion, nos descubre que ya es una lengua de bárbaros.

Estas reflexiones hacia yo contemplando las ruinas del templo de Sunio, que es de orden dórico y del buen tiempo de la arquitectura. Á lo lejos se columbraba el mar del Archipiélago con todas sus islas: el sol que estaba ya en su ocaso én-

rogecía las costas de Zea y las catorce columnas de mármol blanco, á cuyo pie estaba yo recostado: las matas de salvia y de enebro despedían aromático olor, y apenas llegaba hasta mí el ruido de las olas.

Como se habia echado el aire, necesitábamos que se levantase nueva brisa para partir; metiéronse los marineros en la barca y se durmieron, quedando solos conmigo José y un griego. Despues de haber estado comiendo y charlando un buen rato, se echaron en el suelo y tambien se durmieron. Me tapé la cabeza con mi capa para guardarme del rocío, y apoyando la espalda en una columna, me quedé solo y despierto contemplando el cielo y el mar.

Á la mas hermosa tarde habia sucedido la mas hermosa noche. El firmamento que se reflejaba en las olas, parecia trasladado á lo profundo del mar. El véspero ó estrella de la noche, mi constante compañera en todo mi viage, iba á ausentarse del horizonte, pues solo se

la descubria por sus grandes rayos de luz que de cuando en cuando bajaban hasta las olas cual una antorcha que se está apagando. Algunas veces, rápidas ráfagas de viento obscurecian en el mar la imágen del cielo, conmovian la falsas estrellas, y sacudian las olas que espiraban con débil mormullo entre las columnas del templo.

Mas cuán triste era este cuadro cuando atendia á que lo estaba contemplando entre ruinas, pues solo me acompañaban los sepulcros, el silencio, la destruccion, la muerte, ó algunos marineros griegos que sosegada y profundamente dormian sobre las ruinas de Grecia. Para siempre iba yo á dejar aquella tierra que tenia por sagrada: atendiendo á su pasada grandeza, y á su actual abatimiento, no podia apartar la vista de un cuadro de tanto interes y de tanta amargura.

No soy por cierto uno de aquellos ciegos admiradores de la antigüedad, á quienes un verso de Homero sirve de con-

suelo en todo. Jamás pude comprender el sentido de aquellos versos de Lucrecio que dicen

*Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,
E terrâ magnum alterius spectare laborem.*

Pues lejos de que me guste el contemplar desde la orilla el naufragio de otras personas, padezco cuando veo padecer á los demas hombres: las Musas no tienen entonces sobre mí mas poder que el que inspira la compasion de la desgracia.

Muy felices son aquellos viageros que se contentan con recorrer la Europa civilizada sin llegar á penetrar en aquellos paises que antes fueron célebres, en los que el corazon padece á cada instante, en los que las ruinas vivas apartan de continuo vuestra atencion de las ruinas de mármol y de piedra. En vano en la Grecia quiere uno dejarse llevar de la ilusion, pues que la triste verdad le persigue á cada instante. Casucas de tierra, mas propias para servir de refugio á las bestias que á los hombres: mugeres y niños cubiertos de andrajos, que huyen

al ver llegar un genízaro ó cualquier extranjero: las mismas cabras que se espantan y descarrian á los montes, y los mastines que se quedan solos acometiéndoseos con furiosos ahuillidos: tal es el espectáculo que os aparta de los mas agradables recuerdos.

El Peloponeso es un desierto: desde la guerra de los rusos, el yugo con que los turcos oprimen á los moraitas se ha hecho muy mas pesado, y los albaneses degollaron á casi todos los habitantes: solo se ven aldeas destruidas por el hierro ó el fuego: en las ciudades como Mistrá se hallan arrabales enteros enteramente abandonados, y á veces he andado quince leguas sin encontrar ni una casa: las mas crueles vejaciones y todo género de malos tratamientos acaban de destruir la agricultura y la vida: echar á un aldeano griego de su cabaña, quitarle su muger y sus hijos, matarlos con el menor pretexto, es un juguete para el mas miserable agá de la mas pequeña aldea. Habiendo llegado el moraita al último grado de la desgracia, huye de su país

para buscar en Asia suerte menos dura. ¡Vana esperanza! persíguele su fatal estrella y halla cadís y bajaes hasta en los arenales del Jordán y en los desiertos de Palmira.

El Atica, aunque menos miserable, no padece menos de esclavitud. Athenas se halla bajo la inmediata proteccion del gefe de los eunucos negros del serrallo. Un disdar, ó comandante, hace en el pueblo de Solon las veces del monstruo que le protege. Este disdar habita en la ciudadela que está llena de las obras maestras de Phidias y de Ictino, sin greguntar á qué pueblo pertenecen aquellas ruinas, sin dignarse salir del casaron que hizo edificar en los mismos célebres monumentos de Pericles. Solo muy de cuando en cuando aquel tirano, que parece un autómata, sale pausadamente, y como arrastra, á la puerta de su caberna, y allí se sienta sobre un tapiz, cruzado de piernas; y mientras que el humo de su pipa se eleva por entre las columnas del templo de Minerva, él extiende estúpidamente sus miradas ácia las costas de Salami-

na y el mar de Epidauro.

Diríase que la misma Grecia ha querido hacer pública con su luto la desgracia de sus hijos. Por lo general el pais está erial, no se ven árboles, la campiña siempre es igual, agreste, y solo se hallan en ella agunos amarillentos y marchitos matorrales. No se puede decir que hay verdaderos rios, y sí solo torrentes y arroyos que vienen á secarse en verano. Casi no se hallan alquerías, ni se ven labradores, ni se encuentran carretas, ni yuntas de buyes. Y en verdad no hay cosa mas triste que el no poder descubrir jamás el carril de una rueda moderna allí mismo donde hallais, aun hasta en las mismas peñas, el rastro de las ruedas antiguas. Algunos aldeanos vestidos con un miserable saco y un casquete encarnado en la cabeza, os saludan al paso con un triste *kali spera* (buenas tardes), y los cuales en malos y sucios caballejos, y en miserables pollinos, llevan los frutos de sus viñas ó su pobre hacienda. Cercad esta asolada tierra con un mar casi solitario: colocad en la punta de una

roca una garita, una casuca, ó un monasterio arruinados: elévese en aquella soledad un minareto que indique la esclavitud, que un hato de ovejas ó de cabras ande pastando en un promontorio entre arruinadas columnas, que con solo ver un turbante turco huyan los pastores, quedándose aun mas solitario el camino; y tendreis con esto una idea exacta del actual estado de Grecia.

Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano; y se podría escribir un libro muy bueno sobre las que han apresurado la caída de los griegos. No fueron las mismas las causas que arruinaron á Athenas y Sparta, que las que destruyeron á Roma, pues no cayeron por el peso de su inmensa mole, ni por la grandeza de su imperio: ni tampoco podemos decir que las destruyesen sus riquezas, pues al fin ni el oro de los aliados, ni la abundancia que el comercio proporcionó á Athenas, fueron extraordinarios, ni se vieron entre sus ciudadanos aquellas asombrosas riquezas que manifiestan la corrupcion de costum-

bres (1), y la república fué siempre tan pobre, que hubo de vivir muchas veces á expensas de los reyes del Asia, los cuales contribuían tambien á los gastos de sus mas célebres monumentos. Y en cuanto á Sparta es bien cierto que las riquezas de los persas pervirtieron á algunos sugetos particulares; pero no por esto dejó de ser pobre la república.

Daré por primera causa de la decadencia de los griegos, la guerra que se hicieron entre sí las dos repúblicas, luego que hubieron vencido á los persas. De que los lacedemonios se apoderaron de Athenas, podemos decir que murió ya aquella república, pues luego de conquistado un pueblo dejó ya de existir por famoso que aún siga siendo en la historia. Los vicios del gobierno atheniense prepararon la victoria de Lacedemonia. Un estado puramente democrático es el peor

(1) Las grandes riquezas de Athenas, como las de Herodes-Atico, solo se verificaron bajo la dominacion romana.

de todos cuando tiene que luchar con un enemigo poderoso, pues se necesita entonces para salvar á la patria que la voluntad, y de consiguiente el imperio, sean únicos. Era cosa lastimosa por cierto el furor del pueblo atheniense cuando los spartanos lo tenían casi cercado: desterrando y volviendo á llamar á los ciudadanos que podían salvarle, dejándose gobernar por facciosos oradores, sufrió la suerte que se merecía por sus locuras; y si Atenas no fué destruida hasta los cementos, fué por el respeto que los vencedores tuvieron á sus antiguas virtudes.

Del mismo modo que Atenas, la triunfante Lacedemonia halló la primera causa de su ruina en sus propias instituciones. El pudor que una muy extraña ley había como despreciado para conservar al pudor mismo, fué en fin destruido por la misma ley: las mugeres de Sparta que se presentaban medio desnudas á vista de los hombres, llegaron á ser las mas infames de la Grecia; y de todas sus leyes contra la naturaleza misma, no les quedaron á los lacedemonios mas que la di-

solucion de costumbres y la crueldad. Ciceron que presenció los juegos de los muchachos de Sparta, nos dice que se despedazaban unos á otros con dientes y uñas. ¿Y de qué sirvieron tan brutales leyes? ¿mantuvieron la independendencia de Sparta? En verdad que no; ¿era necesario criar á los hombres cual si fuesen feroces bestias, para que acabasen por obedecer al tirano Nabís, y ser esclavos de los romanos?

Los mejores principios tienen sus excesos y su lado peligroso. Destruyendo Lycurgo la ambicion dentro de Lacedemonia, creyó sostener la república, y la perdió. Si cuando los spartanos llegaron á conquistar á Athenas hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, tal vez hubieran llegado á ser dueños del universo; y esta congetura es tanto mas probable, quanto que sin pretenderlo, y siendo tan débiles, llegaron á conmovier en Asia el imperio del Gran Rey. Las victorias que sucesivamente hubieran logrado, habrian impedido el que al lado mismo de Grecia se hubiese levantado

una poderosa monarquía, que acabó luego con todas aquellas repúblicas. Si Lacedemonia hubiese reunido en su seno los pueblos que venció con sus armas, habria podido acabar con Filipo en su nacimiento, habrian sido sus súbditos aquellos grandes hombres que luego fueron sus enemigos, y Alejandro en lugar de nacer en una monarquía, habria nacido como César en una república.

Pero los lacedemonios en lugar de manifestar esta grandeza y esta ambicion que llamaremos útil, contentos con haber puesto treinta tiranos en Athenas, se volvieron al instante á los reducidos límites de su valle, á causa de la inclinacion que sus mismas leyes les habian inspirado ácia una vida obscura y pobre. No sucede á las naciones lo que á los sugetos particulares; pues la moderacion en la fortuna y el amor al sosiego que pueden convenir á un ciudadano, en modo alguno aprovechan al estado. Cierto es que jamás debe hacerse una guerra impía, ni comprarse la gloria á costa de una injusticia; pero el no saber aprovecharse

de las ventajas para honrar, engrandecer y fortalecer á su patria, mas es en un pueblo falta de talento, que exceso de virtud.

¿Qué les sucedió, pues, á los spartanos con este modo de proceder? No tardó mucho Macedonia en dominar á Grecia: Filipo dictó leyes al consejo de los Amphyctiones, y acabó pronto aquel débil imperio de Laconia, que no se sostenia en una verdadera fuerza, sino solo en la fama de sus valerosas tropas. Nació Epaminondas, y los lacedemonios vencidos en Leuctra se vieron obligados á hacer un largo discurso para justificarse ante el vencedor, del que oyeron esta cruel sentencia: "Pusimos fin á vuestra breve elocuencia!" *Nos brevi eloquentiæ vestræ finem imposuimus.* Pudieron conocer entonces los spartanos cuán útil les hubiera sido el haber reunido en una sola nacion á todas las ciudades griegas, y de haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y de sus ciudadanos. Descubierta ya el secreto de su debilidad, se perdieron sin remedio algu-

no, y Philopemon concluyó lo que Epaminondas habia comenzado.

Y aqui se nos presenta un muy memorable ejemplo de la superioridad que las letras dan á un pueblo sobre otro, en especial cuando ha manifestado virtudes guerreras. Se puede decir que las batallas de Leuctra y de Mantinea borraron el nombre de Sparta de la tierra, al mismo tiempo que Athenas conservó siempre su imperio, á pesar de haber sido tomada por los lacedemonios, y arrasada por Sila. Se vió visitada por aquellos mismos romanos que la habian vencido, y que se gloriaban de ser tenidos por hijos suyos; pues el uno tomaba el sobrenombre de Atico, y el otro se daba por discípulo de Platon y de Demósthene. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio cantan de continuo á la reina de Grecia. "Concedo á los muertos la salud de los vivos, dijo el César, perdonando á la culpada Athenas. Adriano quiso añadir al título de emperador el de Archonta de Athenas, y adornó con muchas y muy excelentes obras á la patria de Pe-

ricles. Constantino el grande tuvo tanto gozo al ver que los athenienses le habian levantado una estatua, que estuvo sobremanera generoso con ellos. Juliano al dejar la Academia no pudo menos de derramar lágrimas, y cuando triunfó, creyó deber su victoria á la Minerva de Phidias. Los Chrysóstomos, los Basilios, y los Cyrilos, vinieron, qual los Cicerones y los Aticos, á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente; y hasta en la edad media es llamada Athenas la escuela de las ciencias.

Cuando Europa dispierta de la barbarie, clama al instante por Athenas, y en todas partes pregunta por ella. Cuando se llega á saber que aun existen sus ruinas, todos los sabios corren á verlas, qual si hubiesen hallado las cenizas de su madre.

¡Qué diferencia de esta fama á la que solo depende de las armas! Mientras que todos nombran á Athenas, Sparta yace enteramente olvidada: apenas se la ve, imperando Tiberio, sostener y perder un pleyto de poca importancia contra los me-

senios, y es menester leer dos veces el pasage en que Tácito habla de ello, para asegurarse uno de que trata de la célebre Lacedemonia. Algunos siglos despues vemos que Caracala tiene una guardia lacedemonia, triste honor que parece indicar que los descendientes de Licurgo conservaban aun su feroz genio. En fin, cuando el Bajo-Imperio, Sparta se convierte en un principado ridículo, cuyos soberanos toman el título de Déspotas, que ha venido á ser el de los tiranos; y actualmente algunos piratas que se intitulan verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman toda la gloria de Sparta.

No he tratado con bastante detencion á los griegos modernos para poder formar una opinion fundada acerca de su carácter. Sé sambien que no hay cosa mas fácil que el calumniar á los desgraciados, y decir cuando uno está fuera de todo peligro: “¿Por qué no rompen las cadenas que los oprimen?” Libre es á cada uno manifestar en sus hogares estos sublimes sentimientos, y este denodado va-

*

lor; y es bien cierto que en este siglo en que todo se cree, menos tal vez lo que se deberia creer, abundan las opiniones decisivas. Pero como la experiencia desmiente muy á menudo estos juicios tan generales, que se forman sobre toda una nacion, por lo mismo me guardaré muy bien de decidir nada; y solo diré que aun hay muchos hombres de talento en Grecia; y creo mas, que alli están aun nuestros maestros en todos los géneros, así como tambien creo que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, sin que sea esto asegurar que alli se hallen precisamente ahora los hombres de carácter mas elevado.

Pero tambien temo que los griegos no estén en mucho tiempo en disposicion de romper sus cadenas, y aun cuando se viesen libres de la tiranía que los oprime, no por eso se les borraría en un instante la marca de su esclavitud, pues hace dos mil años que vienen á formar un pueblo abatido y envejecido, no habiéndoles sucedido lo que á las demas partes de Europa, á las que las naciones bárbaras

han venido como á remozar. La misma nacion que los ha conquistado ha contribuido á corromperlos, pues no les ha traído las ásperas y agrestes costumbres de los pueblos del norte, sino las voluptuosas de los del mediodia. Sin hablar del crimen que hubieran cometido adjurando su religion, nada hubieran ganado en sujetarse al Coran. No hay en el libro de Mahoma, ni principio alguno de civilizacion, ni preceptos que puedan elevar el carácter. Siguiendo los griegos el culto de sus amos, hubieran abandonado las ciencias y las artes para ser soldados, llamémoslos del Hado, y obedecer ciegamente los caprichos de su absoluto señor. Hubieran pasado su vida, ó en destruir el mundo, ó en dormir sobre una alfombra entre perfumes y mugeres.

La misma imparcialidad que me obliga á hablar de los griegos, con el respeto que se debe á la desgracia, me hubiera impedido el tratar á los turcos con el rigor que lo hago, si solo hubiese visto entre ellos los abusos que tan comunes son entre las naciones vencedoras:

por desgracia los soldados republicanos no son unos amos mas justos que los satélites de un déspota; y no menos codicioso era un procónsul, que lo es un bajá. Pero la tiranía de los turcos es diferente de todas las demas. Un procónsul podia ser un monstruo de lujuria, de avaricia y de crueldad; pero todos los procónsules no se complacian por sistema y espíritu de religion en derribar los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar los árboles, en destruir las cosechas, y aun generaciones enteras de hombres; y esto es lo que todos los dias hacen los turcos. ¿Podrá creerse que haya en el mundo tan bárbaros y estúpidos tiranos, que se opongan á todo adelantamiento en las cosas de primera necesidad? Si se cae un puente, no lo levantan: si un hombre repara su casa, se le castiga. He visto algunos capitanes griegos exponerse á naufragar por tener las velas rotas, no atreviéndose á componerlas de miedo que se sospechase eran industriosos ó ricos. En fin, si yo hubiese visto que los turcos eran unos ciuda-

danos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque nada generosos con las naciones conquistadas, hubiera callado, contentándome con llorar á solas acerca de la imperfeccion de la naturaleza humana; pero hallar al mismo tiempo, y en el mismo hombre, el tirano de los griegos y el esclavo del Gran Señor, el verdugo de un indefenso pueblo, y la víctima de un bajá que le puede privar de sus bienes, meterle en un saco y echarle á lo hondo de los mares, es ya cosa insufrible, y no conozco ninguna bestia bruta que no prefiera á semejante hombre.

Se vé por esto que en el cabo Sunio no me dejaba llevar de quiméricas ideas, que hubiera podido producir en mí aquel hermoso cuadro. Al despedirme de Grecia era muy natural que me recordase la historia de aquel pais, procurando descubrir en la antigua prosperidad de Sparta y de Athenas la causa de su actual desgracia; y en su estado presente las semillas, por decirlo así, de su suerte futura. Las olas del mar que comenzaban á azotar con fuerza las rocas, me hizo ver que

se habia levantado el viento, y que yá era tiempo de seguir nuestra navegacion. Disperté á José y á su compañero: bajamos al barco y hallamos que los marineros se disponian ya para la partida. Tomamos viento, y como la brisa era de tierra, rápidamente nos llevó ácia Zea. A medida que nos alejábamos, las columnas de Sunio nos parecian mas hermosas: se las descubria muy claramente sobre el azul del cielo, á causa de ser muy blancas, y de estar muy serena la noche. Aunque nos hallábamos ya muy lejos del cabo, todavía oíamos el ruido de las olas que se estrellaban contra las rocas, el murmullo del viento entre los árboles, y el importuno chirrido de los grillos, únicos habitantes de las ruinas del templo: estas fueron las últimas voces que oí en Grecia.


PARTE SEGUNDA.

*Viage del Archipiélago, de Natio-
lia y de Constantinopla.*

Mudé de teatro, las islas por donde iba á pasar eran en lo antiguo como una especie de puente sobre el mar que unia la Grecia del Asia con la verdadera Grecia. Libres ó esclavas, siguiendo la suerte de Sparta ó de Athenas, la de los persas, la de Alejandro y de sus sucesores, sufrieron en fin el yugo de los romanos. Formaron luego parte del Bajo-Imperio, del que las fueron conquistando sucesivamente los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos; y tuvieron príncipes particulares, y aun duques, que tomaron el título general de duques del Archipiélago. En fin, los sultanes del Asia bajaron ácia el mediter-

ráneo; y para amedrentar á éste con la cruel suerte que le aguardaba, se hicieron traer agua de aquel mar, arena y un remo. Pero las islas fueron conquistadas las últimas, hasta que sufrieron la comun suerte, y la bandera latina fué poco á poco arrojada de alli por la Media Luna, que solo llegó á detenerse en Corfú.

De este combate de griegos, turcos y latinos, resultó el ser muy conocidas las islas del Archipiélago en la edad media, pues se hallaban al paso de todas las escuadras que llevaban ejércitos ó peregrinos á Jerusalem, á Contantinopla, á Egipto y á Berbería; y fueron las escalas de todos aquellos navíos genoveses y venecianos que renovaron el comercio de la India por el puerto de Alejandría, y así á cada página de la Byzantina hallamos los nombres de Chio, de Lesbos y de Rhodas; y mientras se habian olvidado de Athenas y de Lacedemonia se sabia la suerte de la mas pequeña roca del Archipiélago.

Ademas de esto son innumerables los viages á estas islas, y los hay hasta del

siglo VII: ni leemos peregrinacion alguna á la Tierra Santa que no comience por la descripcion de algunas rocas de Grecia. En el año de 1555 Belon dió en frances sus *Observaciones de muchas particularidades halladas en Grecia*: es muy conocido el viage de Tournefort: la *Descripcion exâcta de las islas del Archipiélago*, por el flamenco Dapper, es un trabajo excelente; y todos conocen el *Viage Pintoresco* de Mr. de Choiseul.

Nuestra travesía fué feliz, y el dia 30 de agosto á las ocho de la mañana, entramos en el puerto de Zea, que es espacioso, pero de aspecto triste, porque el terreno que le circuye es muy elevado. Sobre las rocas que forman la orilla se ven algunas capillas arruinadas, y los almacenes de la aduana. El lugarejo de Zea está edificado sobre un monte, á una legua del puerto, ácia el lado de levante, y ocupa el sitio de la antigua Cartheya. Al llegar no ví mas que tres ó cuatro falúas griegas, y perdí la esperanza de hallar mi navío austriaco. Dejé á mi criado José en el puerto, y pa-

sé al pueblo con un jóven atheniense, que tambien me acompañaba. La subida es penosa, y esta primera vista de una isla del Archipiélago no me agradó mucho; pero ya estaba acostumbrado á estos chascos.

Zea, edificada en forma de anfiteatro en la desigual vertiente de un monte, es un lugar sucio y feo, pero bastante poblado: los burros, los cerdos y las gallinas estorban el paso á cada instante, y hay tantos gallos y cantan tan á menudo y tan recio, que aturden los oidos. Me dirigí á la casa de Mr. Pengali, vice-cónsul frances en Zea, le dije quién era, de adonde venia, y adonde queria ir, y le pedí me fletase un barco que me llevase á Chio ó á Smyrna. Mr. Pengali me recibió con el mayor afecto, y envió á su hijo al puerto, donde se halló un caique que volvia á Tino y debia hacerse á la vela al otro dia, por lo que me resolví á aprovechar la ocasion, pues adelantaba mucho mi viage.

El vice-cónsul quiso que aquel dia lo pasase yo en su casa: tenia cuatro hijas,

y se estaba ya preparando la boda de la mayor, con lo que pasé de las ruinas del templo de Sunio á un festin nupcial. ¡Suerte particular la de un viagero! Por la mañana deja llorando á quien le hospedó, y por la tarde llega donde todos le reciben alegres.

Zea, que es la antigua Ceos, fué célebre en la antigüedad por una costumbre que tambien tuvieron los celtas, y que se halla entre los salvages de América, y es que cuando los hombres llegaban á la vejez, se daban á sí mismos la muerte. Aristeo, cuyas abejas cantó Virgilio, ú otro Aristeo rey de Arcadia, se retiró á Ceos, y éste fué el que alcanzó de Júpiter los vientos etesios para templar el ardor de la canícula. El médico Crasistrato y el filósofo Aristo eran de esta isla, como tambien Simónides y Bacchylides: de este último tenemos unos malos versos en los *Poetæ Græci minores*; pero el primero fué excelente poeta.

El comercio de Zea consiste en el día en las bellotas de una especie de encina llamada Velani, que se usan en los tin-

tes. La gasa de seda tan estimada de los antiguos fué inventada en Ceos (1); y los poetas para ponderar cuán fina y transparente era, la llamaban *ayre tejido*.

Tomé parte en el festin de mi huésped lo mejor que pude, pues aun estaba malo y sobretodo muy débil; pero á las once de la noche hube de separarme de tan alegre compañía y bajar al puerto donde me embarqué, no obstante de hacer muy mal tiempo, y no haber en el caique mas que tres marineros y dos grumetes, con lo que nos expusimos mucho á naufragar; pero yo decia aquello de César: *Quid times? Cæsarem vehis*: y con esto llegué donde queria. Tocamos en Tino el 31 á las seis de la mañana, y al instante hallamos una falúa hydriota que partia para Smirna, y que solo debia detenerse algunas horas en Chio. El

(1) Aquí sigo la opinión comun, pero es posible que Plinio y Solino se engañasen, pues segun el texto de Tibulo, de Horacio y otros, la gasa de seda se hacia en Cos y no en Ceos.

caique me pasó á bordo de la falúa sin siquiera haber saltado en tierra.

Tino, que en otro tiempo se llamó Tenos, solo se separa de Andros por un canal estrecho, y es una isla muy elevada sobre una roca de mármol. Los venecianos la poseyeron mucho tiempo, y solo es célebre en la antigüedad por sus serpientes, pues la vívora tomó su nombre de esta isla (1). Mr. de Choiseul ha hecho una hermosa pintura de las mugeres de Tino, y sus vistas del puerto de S. Nicolo me han parecido muy exáctas.

Se habia sosegado el mar y despejado el cielo: almorcé en el puente mientras que levaban el ancla, y descubrí á diferentes distancias todas las Cyclades: Scyros, donde pasó su niñez Achiles; Delos célebre por haber nacido en ella Diana y Apolo, por su palmera y por sus fiestas; Naxos, que me hizo acordar de A-

(1) Una especie de vívora llamada Tenia, era propia de Tenos. La isla fué llamada al principio Ophisa é Hydrussa, á causa de sus serpientes.

riadna, de Theseo, de Baco, y de algunos excelentes pasages de los *Estudios de la Naturaleza*. Pero todas estas islas, antes tan hermosas, ó tan hermoseadas mas bien por la imaginacion de los poetas, no presentan en el dia mas que aridez y soledad. Sobre las rocas se descubren algunas miserables aldeas, á las que dominan espantosos castillos, ó circuyen dos y aun tres murallas, pues los habitantes viven en continuo temor de los turcos y de los piratas.

Aparejamos para la partida á cosa del medio dia, y el viento norte nos echó rápidamente ácia Scio, pero tuvimos que andar bordeando entre la isla y la costa del Asia para embocar el canal. Por todas partes nos veíamos cercados de tierras é islas, las unas redondas y elevadas como Samos, y las otras largas y bajas como los cabos del golfo de Epheso: estas tierras y estas islas aparecian con diferente colorido, segun estaban mas ó menos distantes. Nuestra falúa era muy ligera y graciosa, con solo una vela muy grande, cortada como el ala de un ave

marítima. Este navichuelo formaba la riqueza de una familia compuesta de padre, madre, un hermano y seis hijos. El padre era el capitán, el hermano el piloto, los hijos los marineros, y la madre hacía de cocinera. No he visto cosa más alegre, más aseada y activa que aquella compañía de hermanos. Lavaban, cuidaban y adornaban la falúa cual una casita: en la popa tenían una imagen de la Virgen, y un rosario coronado todo con ramos de oliva. Es muy común en el oriente el ver una familia llevar de este modo todos sus bienes en una embarcación, mudar de climas sin dejar sus hogares, y libertarse de la esclavitud llevando en el mar la vida de los Scythas.

Durante la noche dimos fondo en el puerto de Chio, "feliz patria de Homero," dice Fenelon en las aventuras de Aristonoo, obra maestra de armonía, y de buen gusto de antigüedad. Me había dormido muy pesadamente, y José no me despertó hasta las siete de la mañana. Estaba acostado en el puente de la falúa,

y cuando abrí los ojos me creí trasladado á un pais de hadas, pues me hallé enmedio de un puerto lleno de navíos, á la vista de una hermosa ciudad dominada por montes cubiertos de olivares, palmeras, lentiscos y terebintos. En la orilla y por las calles se veían muchos griegos, francos y turcos, y se oían campanas (1).

Salté en tierra, me informé si habia cónsul de nuestra nacion en la isla, y me enseñaron un cirujano que hacía sus veces y vivia en el puerto. Fuí á verle, y me recibió con suma atencion, dándome á su hijo para que me acompañase á ver el pueblo que se parecía á una ciudad veneciana. A las diez volví á la falúa y almorcé con la familia que bailaba y cantaba en el puente, bebiendo vino de Chio, que no era por cierto del tiempo

(1) Solo los habitantes griegos de la isla de Chio tienen en Turquía el privilegio de tocar las campanas, el cual con otros muchos lo deben á que cultivan el árbol de la almáciga.

de Anacreonte. Un instrumento poco armonioso animaba los pasos y la voz de mis patronos: este instrumento solo ha conservado el nombre de la lira antigua, mas no su armonioso sonido.

El primero de setiembre á cosa del medio dia salimos del puerto, y habiéndonos llevado el viento por varias partes, llegamos á tocar en la costa del Asia, bajo el castillo que domina lo interior del golfo ó puerto de Smirna. Entonces ví esta ciudad á lo lejos por entre un bosque de mástiles de tantos navíos como alli habia. Parecia salir de entre las olas, porque está situada en un terreno bajo y llano, coronada entre oriente y mediodía de estériles rocas. José estaba loco de contento, pues miraba á Smirna como su segunda patria: casi me daba pena el gozo de aquel muchacho, pues me hacia acordar de mi pais, y consideraba tambien que aquel axioma *ubi bene, ibi patria*, es muy verdadero para la mayor parte de los hombres.

José me iba explicando cuanto yo veía,

*

á medida que nos acercábamos á tierra. En fin, amainamos velas, y dimos fondo con seis brazas de agua, fuera de la primera línea de navíos. Buscaba por todas partes con la vista mi embarcacion de Trieste y la conocí en su pavellon: habia anclado en la escala de los francos ó puerto de los europeos. Me embarqué con José en un caique y pasé al navío austriaco. El capitan y su teniente estaban en tierra; pero los marineros me conocieron y recibieron con suma alegría, diciéndome que habian llegado á Smirna el 18 de agosto: que el capitan habia estado bordeando dos dias para aguardarme entre Zea y el cabo Sunio, hasta que el viento le obligó á seguir su ruta, y por último me dijeron que mi criado, de órden del cónsul de Francia, me habia tomado ya una habitacion.

Mucho gusto tuve en saber que mis antiguos compañeros habian sido tan felices como yo en su viage. Informado ya de todo lo que me importaba saber, desembarqué. Smirna, donde veía yo una multitud de sombre-

ros (1), me se presentaba como una ciudad marítima de Italia en la que hubiese un barrio de orientales. José me llevó á casa del cónsul, el que me recibió con la mayor atención; pero no me alojó en su casa, porque estaba enfermo, y porque en Smirna se encuentran todas las conveniencias de una grande ciudad de Europa.

Al instante arreglamos todo lo necesario para seguir yo mi viage, pues estaba resuelto á ir á Constantinopla por tierra y tomar firmanes, embarcándome luego con los peregrinos griegos para Siria; pero no queria ir por el camino recto, sino recorrer la llanura de Troya, pasando por el monte Ida. El sobrino del cónsul, que acababa de llegar de Epheso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban llenos de ladrones y o-

(1) El turbante y el sombrero forman la principal distincion de los francos y de los turcos, y así en el modo de hablar de levante se cuenta por sombreros y turbantes.

cupados por agás, mas peligrosos aun que los mismos ladrones. En efecto, aunque yo me habia obstinado en seguir aquella ruta para lo que tomé un guía, un intérprete y un genízaro, tuvieron estos tanto miedo, que medio por engaño, medio por fuerza, me hicieron tomar otro camino como se verá. Dispuse, pues partir de Smirna el 4 de setiembre, pero antes no puedo menos de copiar aqui el siguiente trozo del viage de Mr. de Choi-seul.

“Los griegos que salieron de aquel barrio de Epheso llamado Smirna, edificaron algunas cabañas en lo interior del golfo, al que despues se dió el nombre de su primera patria. Alejandro quiso reunirlos en una poblacion, y mandó á Antígono que edificase una ciudad junto al rio Melete: Lysimaco concluyó la obra.

„Una situacion tan feliz como la de Smirna, era digna del fundador de Alejandría, y debia hacer que prosperase la nueva ciudad. Asi pues, habiendo sido contada entre las ciudades de Jonia y participado de sus privilegios, llegó á

ser pronto el centro del comercio del Asia menor: sus riquezas y lujo atrajeron á ella todas las artes: se decoró con soberbios edificios, y se llenó de un sin número de extranjeros que venian á enriquecerla con las producciones de su pais, á admirar sus maravillas, cantar con sus poetas, é instruirse con sus filósofos. Un dialecto mas suave daba mayor realce aún á aquella elocuencia, que era como atributo de los griegos. La hermosura del clima parecía influir en la de las personas, que presentaban á los artistas, modelos con los que daban á conocer á toda la tierra la naturaleza y el arte reunidos en toda su perfección.

„Era una de las ciudades que disputaban el honor de ser patria de Homero, y enseñaban á las orillas del Melete el parage en que su madre Critheis le dió á luz, y la gruta donde se retiró para componer sus inmortales versos. Un monumento elevado á su gloria, y que tenia su nombre, presentaba enmedio de la ciudad espaciosos pórticos donde se reunian los ciudadanos: en fin, sus monedas

tenian su imágen como si reconociesen por su soberano al sublime ingenio que les honraba.

„Smirna conservó los preciosos residuos de esta prosperidad hasta la época en que el imperio tuvo que luchar contra los bárbaros: la tomaron los turcos, la volvieron á tomar los griegos, y siempre sufriendo grandes saqueos y destruccion. A principios del siglo XII ya no quedaban mas que sus ruinas y la ciudadela que hizo reedificar el emperador Juan Comneno, que murió en 1224: esta fortaleza no pudo resistir á los esfuerzos de los príncipes turcos, los cuales residieron en ella muchas veces, á pesar de que los caballeros de Rhodas, aprovechándose de una circunstancia favorable, lograron construir en ella un fuerte en el que pudieron mantenerse; pero Tamerlan tomó en catorce dias esta plaza, que hacia siete años estaba bloqueando Bayaceto.

„Smirna no comenzó á salir de sus ruinas, hasta que los turcos fueron enteramente dueños del imperio, pues en-

tonces su feliz situacion la hizo recobrar el esplendor que perdió en la guerra, llegando á ser el centro del comercio de aquellos paises. Viéndose ya seguros los habitantes, bajaron de la cumbre de los montes adonde se habian refugiado, y edificaron nuevas casas á la orilla del mar: estas obras modernas se han hecho con los mármoles de todos los monumentos antiguos, de los que apenas queda algun rastro, pues solo se conoce el parage en que estuvo el estadio y el teatro. En vano se procurarian conocer estas ruinas ó algunos lienzos de murallas que se descubren entre la fortaleza y el recinto de la ciudad moderna.”

Los terremotos, los incendios y la peste, han destruido la Smirna moderna, cual los bárbaros destruyeron la Smirna antigua. Esta última calamidad dió motivo á un acto de caridad heróica, que merece referirse entre los de los misioneros, y no parece debamos dudar de él, pues que nos lo refiere un ministro de la secta anglicana. El hermano Luis de Pavía, del orden de recoletos, su-

perior y fundador del hospital de S. Antonio en Smirna, cayó enfermo de la peste, é hizo voto al Señor, que si le conservaba la vida, la emplearia toda en servir á los apestados. Sanó en efecto como por milagro, y cumplió exactamente su voto siendo innumerables los apestados á quienes ha socorrido; y se ha hecho el cálculo de que ha salvado mas de las dos terceras partes de estos infelices (1).

Nada tenia yo que ver en Smirna sino el Melete que nadie conoce ya, pues que tres ó cuatro ramblas se disputan el nombre. Pero lo que me admiró fué el suave temple del aire. El cielo no tan puro y despejado como el del Atica, tenia un como sutilísimo vapor enrojecido un poco por la luz. Cuando no soplaba el ayre de mar, sentia en mí una languidez como si me desmayase, y conocí que de

(1) Véase á Dallaway. El remedio que principalmente usaba el hermano Luis era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

allí provenia la molicie jónica. Mientras permanecí en Smirna tuve que asearme y aun engalanearme para hacer y recibir visitas. Los negociantes que me hicieron el honor de visitarme, eran personas muy ricas; y cuando fui á sus casas á corresponderles, ví que sus mugeres estaban vestidas tan á la moda, cual si viviesen en París. Situado entre las ruinas de Athenas y las de Jerusalem este otro París adonde habia llegado yo en un bajel griego, y del que iba á salir con una caravana turca, separaba del modo mas original las diversas escenas de mi viage, pues que era como una especie de Palmira enmedio de los desiertos y de la barbarie: pero deberé añadir que siendo yo de natural huraño, no habia venido á buscar por cierto al oriente el espectáculo de una sociedad fina y delicada, pues lo que deseaba ver eran los camellos y los camelleros.

Tomadas ya todas las disposiciones partió el guia con los caballos el dia 5 por la mañana para irme á esperar á Menemen-Eskelessi, que es un puerte-

cillo de Natolia. La última visita que hice en Smirna fué á José. *Quantum mutatus ab illo!* ¿Y era aquel mi ilustre dragoman? Le hallé en una miserable tiendezuela alisando y batiendo una bajilla de estaño, y tenia puesta aquella misma chupa de terciopelo azul que llevaba cuando recorrimos las ruinas de Sparta y de Athenas. ¿Pero de qué le servian estas insignias de su pasada gloria, el haber visto las ciudades y los hombres? Ni aun dueño era de su tiendezuela. Allá en un rincon ví al amo, que con encapotado ceño hablaba ásperamente á mi antiguo compañero. ¿Y para esto se alegraba tanto José de llegar á Smirna! Solo he sentido dos cosas en mi viage, y son el no haber tenido riquezas bastantes para poner una tienda á José, y para rescatar un cautivo en Tunez. Me despedí por última vez de mi camarada, el cual lloraba y yo me enternecí no menos. Le escribí mi nombre en un pedacito de papel, en el que le envolví algun dinerito en señal de mi sincero agradecimiento, de modo que el amo de la tienda nada

pudo ver de lo que entre nosotros pasaba.

Al caer de la tarde me despedí del cónsul y me embarqué en un barquichuelo con Julian, mi nuevo dragoman, los genízaros y el sobrino del cónsul, que tuvo la atención de acompañarme hasta la Escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guia estaba en la orilla: abracé al sobrino del cónsul que se volvía á Smirna: montamos á caballo, y partimos. Ya era media noche cuando llegamos al kande Menemen. A lo lejos ví una multitud de luces, y eran las de una caravana que descansaba en aquel parage. Habiéndome acercado mas, distinguí claramente multitud de camellos, unos echados y otros aun de pie, estos cargados, y descargados aquellos. Caballos y asnos que comian la cebada en sacos de cuero: algunos turcos que estaban á caballo y las mugeres cubiertas con sus velos sin que aun se hubiesen apeado de sus dromedarios. Al rededor de la lumbre, donde los esclavos guisaban el *pilau*, se veían varios mercaderes turcos sentados sobre al-

sombras, con las piernas cruzadas: otros caminantes estaban fumando en sus largas pipas, ó mascaban opio, y oían contar algunas historietas y cuentos. Otros tostaban el café en grandes cazos: los vivanderos iban de corro en corro vendiendo tortas, frutas y aves: había también varios cantores que divertían á aquella muchedumbre de gente: é igualmente algunos imanes ó santones que hacían ablusiones, se postraban hasta tierra, se levantaban é invocaban al profeta: en tanto los camelleros dormían á pierna suelta. Todo el terreno estaba lleno de fardos, de sacas de algodón, y de cargas de trigo. Estos objetos que se veían ya claramente, ó muy iluminados por la luz, ya confusos y perdidos en la obscuridad, según el color y movimiento de la lumbre, presentaban una verdadera escena de las Mil y una Noches; y solo faltaba el califa Aroun al Raschid, el visir Giaffar y Mesrour, jefe de los eunucos.

Me acordé entonces por primera vez, que estaba en las llanuras del Asia, par-

te del mundo, por la cual no habia viajado yo aún. Miré con respeto aquella tierra donde tuvo su origen el género humano, donde vivieron los patriarcas, donde estuvieron edificadas Tiro y Babylo-
 nia, donde el Ser eterno concitó á Cy-
 ro y á Alejandro, y donde Jesucristo
 cumplió el misterio de nuestra redencion.
 Un mundo enteramente extraño á mis
 ideas se me presentaba á la vista: iba á
 encontrar naciones que me eran del todo
 desconocidas: usos y costumbres diferen-
 tes: otros animales, otras plantas: nue-
 vo cielo, nueva naturaleza. Pronto iba á
 pasar el Hermo, y el Granico: no esta-
 ba lejos de Sardis: me acercaba á Pér-
 gamo y á Troya; la historia me abria
 otro volúmen de las revoluciones de la
 especie humana.

Con bastante pena me aparté de la
 caravana. Despues de dos horas de cami-
 no, llegamos á las orillas del Hermo,
 que pasamos en una barca. Aun es el
turbidus Hermus, pero no sé si sus aguas
 arrastran aún pagitas de oro. Me agradó
 el verle, porque era el primer rio algun

tanto caudaloso que habia encontrado desde que salí de Italia. Al rayar el alba entramos en una llanura cercada de cerros de corta elevacion. El pais presentaba un aspecto del todo diferente del de Grecia: los algodoueros verdes, las doradas espigas de trigo, la variada corteza de las sandías, adornaban de un modo grato aquellos campos, en los que se veían pastando muchos camellos y búfalos. Dejamos á nuestra espalda á Magnesia y al monte Sipylo; y por lo tanto no estábamos muy distantes de los campos de batalla, en los que Agesilao abatió el orgullo del Gran Rey, y en los que Scipion ganó á Antioco aquella gran batalla que abrió á los romanos el camino del Asia.

A nuestra izquierda y á lo lejos, descubrimos las ruinas de Cymo, y á la derecha teníamos á Neon-Tichos: tuve intencion de apearne y andar á pie, por respeto á Homero que pasó por aquellos mismos parages.

“Algun tiempo despues su pobreza le obligó á ir á Cymo. Habiendo empren-

dido su viage pasó por la llanura del Hermo, y llegó á Neon-Tichos, colonia de Cymo, y fundada ocho años despues de esta ciudad. Dícese que hallándose en ella, en casa de un armero, recitó unos versos, los primeros que habia hecho, y cuyo sentido es el siguiente: "O vosotros, ciudadanos de la amable hija de Cymo, que habitais al pie del monte Sardeno, á cuya cumbre hace sombra un bosque que dá grata frescura, y que bebeis el agua del divino Hermo, que dió nacimiento á Júpiter, tened lástima de un pobre extranjero que no encuentra casa alguna donde hospedarse.

„ El Hermo corre por cerca de Neon-Tichos, y el monte Sardeno domina á ambos. El armero se llamaba Tychio, y le agradaron tanto los versos, que le hospedó en su casa ofreciéndole que partiria con él cuanto tuviese, pues le causaba suma compasion el verle ciego y obligado á pedir su triste alimento. Con esto Melesígenes entró en la tienda, se sentó, y hallándose delante varios ciudadanos de Neon-Tichos les enseñó al-

gunos trozos de sus poesías, que eran la expedición de Amphiarao contra Thebas, y los himnos en honor de los dioses. Todos dieron su voto sobre ellas, y tambien lo dió Melesígenes, lo que causó mucha admiracion á los oyentes.

„Mientras estuvo en Neon-Tichos ganó de comer recitando sus versos, y en mi tiempo se enseñaba aun el parage donde acostumbraba sentarse para recitarlos. Se venera mucho este parage que se halla á la sombra de un álamo, que comenzó á crecer cuando llegó Homero á la ciudad (1).”

Pues que Homero se hospedó casa de un armero en Neon-Tichos, no debia yo avergonzarme de haber tenido por intérprete á un estañero de Smirna; y ojalá que la semejanza fuese completa en todas sus partes, aunque hubiese de adquirir el talento de Homero á costa de todas las desgracias que oprimieron á aquel poeta.

(1) Vida de Homero traducida por Mr. Larcher.

Despues de haber caminado algunas horas pasamos una de las vertientes del monte Sardeno, y llegamos á las orillas del Pythico. Paramos alli un poco para dejar pasar á una caravana que badeaba el rio. Los camellos atados unos á otros por la cola, entraban con repugnancia en el agua, alargando el cuello y guiados por un asno que iba delante. Los mercaderes y los caballos estaban parados enfrente de nosotros al otro lado del rio, donde se veía tambien, aunque separada de toda la gente, una muger turca que se tapaba el rostro con el velo. Nosotros fuimos los últimos en pasar el rio, y á las once llegamos á un kan, en el que paramos para que descansasen los caballos. A las 5 volvimos á emprender nuestra marcha: el terreno estaba muy bien cultivado. A la izquierda veíamos el mar. Por primera vez reparé en las tiendas de campaña de los turcomanos hechas con pieles negras de carnero, lo que me hizo acordar de los hebreos y de los pastores árabes. Bajamos á la llanura de Myrina, que se extiende hasta el golfo

*

de Elea. Sobre una de las puntas del monte que acabábamos de pasar, se eleva un castillo antiguo llamado Guzel-Hissar. A las diez de la noche acampamos en la llanura. Extendieron sobre el suelo una manta que yo habia comprado en Smirna: me eché encima, y me quedé dormido. Habiéndome despertado algunas horas despues, ví resplandecer las estrellas sobre mi cabeza, y oí á lo lejos los gritos del camellero que guiaba una caravana.

Antes de amanecer el dia 5 de setiembre ya estábamos á caballo, llevando el camino por una vega cultivada: pasamos el Caico á una legua de Pérgamo, y á las nueve de la mañana entramos en esta ciudad, que se halla situada al pie de un monte. Mientras que el guia llevaba los caballos al kan, yo fuí á ver las ruinas de la ciudadela, y hallé los restos de tres cercos de murallas, de un teatro, y de un templo que tal vez sería el de Minerva la Vencedora. Tambien reparé en algunos trozos de hermosa escultura, entre ellos un friso adornado con guir-

naldas sostenidas en cabezas de toros y en águilas. Estando allí veía la ciudad á mis pies, semejante á un campamento compuesto de barracas rojizas. Acia el poniente se descubria una gran llanura que terminaba en el mar: al oriente se descubria otra llanura cercada á lo lejos por varios montes. Al mediodia y al pie de la ciudad se veían primero diversos cementerios plantados de cipreses, despues una gran faja de tierra sembrada de cebada y algodón, luego dos grandes *tumulus*, una fila de árboles, y por último terminaba el horizonte una larga y elevada colina. Tambien descubrí acia el noreste algunas revueltas del Selino y del Cesio, y al este el anfiteatro en lo profundo de un valle. Bajando de la ciudadela ví en la ciudad las ruinas de un acueducto y del Lyceo. Los sabios del pais quieren que la famosa biblioteca estuviese contenida en este edificio.

Pero esta descripcion es la mas inútil que puede hacerse, pues que Mr. de Choiseul acaba de publicar en uno de los tomos de su viage las noticias mas curio-

sas y exâctas sobre los monumentos de Pérgamo y la historia de sus príncipes. Solo añadiré una reflexion, y es que el nombre de Atalo tan grato á las artes y á la literatura, parece haber sido fatal á los reyes que lo tuvieron, pues Atalo tercero de este nombre, murió casi loco, dejando por herederos de sus bienes á los romanos. *Populus romanus bonorum meorum hæres esto*, lo que les sirvió de pretexto para apoderarse de su reyno; y tambien hubo otro Atalo que sirvió de juguete á Alárico, y cuyo nombre vino á ser como sinónimo de una vana sombra de rey.

A las siete de la tarde salimos de Pérgamo, y caminando ácia el norte paramos á las once de la noche, para dormir á campo raso, enmedio de una llanura. El dia 6 á las cuatro de la mañana seguimos nuestro camino siempre por la llanura, y me acometió un sueño tan fuerte, que no pudiéndolo vencer, me caí del caballo y me hice una ligera contusion. A las siete de la mañana llegamos á un terreno quebrado con algunos

montecillos; y bajamos luego á una hermosa vega plantada de moreras, de olivas, álamos y pinos. Por lo general el terreno de toda aquella parte del Asia me pareció muy superior al de Grecia; pero eché de ver que mis guías habian errado el camino, y conocí que lo habian hecho á propósito por el miedo que dije tenían á los ladrones. No dejó de irritarme esto, y habiendo llegado á Kircagach me quejé al agá; pero aunque este multó al guía por no haber cumplido lo que conmigo habia tratado, no pude lograr que se siguiese el camino que yo queria.

Kircagach, que tan conocida es en todo el levante por su excelente algodón, no se halla en ningun viagero, ni en ningun mapa. Es una de las ciudades que los turcos llaman sagradas, pues pertenece á la mezquita mayor de Constantinopla, y los bajaes no pueden entrar en ella.

A las tres de la tarde salimos de la ciudad, y tomamos el camino de Constantinopla, tirando siempre al norte, por unas tierras plantadas de algodone-

ros. Subimos un montecillo, bajamos á otra llanura, y á las cinco paramos para hacer noche en el kan de Kelembe. El día 8 al amanecer volvimos á seguir nuestro camino por un terreno montuoso que estaria cubierto de encinas, de pinos, de filireas y de terebintos si los turcos los dejasen crecer; pero queman los renuevos y arracan los árboles, pues todo lo destruyen, siendo un verdadero azote de los pueblos que dominan (1). Las aldeas que se encuentran en estas montañas son pobres; pero abundan en muchas especies de ganados. Se ven los corrales llenos de bueyes, de búfalos, de carneros, de cabras, de caballos, de asnos, de mulas, junto con gallinas, pabos, patos y gansos. Algunas aves silvestres como las cigüeñas y las alondras, viven familiarmente con estos animales domésticos, y

(1) Tournefort dice que queman los árboles para aumentar los pastos; pero en esto como en todo, proceden neciamente los turcos, pues en Turquía falta la leña y sobran los pastos.

entre tan mansas bestias sobresale el camello, que es la mas mansa de todas.

El dia 9 pasamos por montes aun mas encumbrados que los del anterior, y los cuales dice Wheler que forman la cordillera del monte Timno. El dia 10, despues de haber andado seis horas, nos detuvimos á desayunar en la graciosa aldea de Souseverlé, que está situada al otro lado de los montes que acabábamos de pasar. A unos quinientos pasos de la aldea corre un rio, y despues se forma una espaciosa y agradable llanura. Este rio que dá nombre á la aldea no es mas que el Granico, y esta desconocida llanura la de Mysia.

¿Cuál es pues, el admirable poder de la gloria? Un viagero vá á pasar un rio que no tiene nada notable, le dicen que se llama Souseverlé, y sigue su camino; pero si alguno le advierte que es el Granico, vuelve pasos atrás, se admira, fija sus miradas en él cual si tuviese algun mágico poder, ó como si oyese en su orilla alguna voz extraordinaria. Nos detuvimos allí tres horas y las pasé en mirar

al Granico, que vá por allí muy estrecho: su orilla occidental es muy escarpada, y el agua muy clara y cristalina. Por el parage que le ví, solo tendria unos cuarenta pies de ancho y como tres y medio de profundidad, pero en la primavera va muy crecido.

¡Y un solo hombre hace tan famoso un riachuelo en un desierto! Aquí cae un imperio inmenso, aquí se eleva un imperio mucho mayor. En el Oceano Indico resuena el ruido del trono que se derroca cerca de los mares de la Propóntide: el Ganges ve acercarse al Leopardo de las cuatro alas (1), que triunfa en las orillas del Granico: Babylonia, que el rey edificó en todo el brillo de su poder (2), abre sus puertas para recibir un nuevo señor: Tiro, reyna de las naves (3), cae, y su rival sale de los arenales de Alejandría.

(1) Daniél.

(2) El mismo.

(3) Isaías.

Alejandro cometió grandes crímenes, pues se desvaneció con sus victorias; pero estos errores fueron como recompensados con heroicas acciones, y sus lágrimas manifestaron su arrepentimiento. En Alejandro todo salía del corazón. Comenzó y concluyó su carrera con dos expresiones sublimes. Al partir para hacer la guerra á Darío, distribuyó sus estados entre los capitanes de su ejército, y como estos se admirasen, y le dijese: "¿Qué es lo que os queda?" El les respondió: "La esperanza." A la hora de su muerte, estos mismos capitanes le preguntaron que á quien dejaba el imperio, y él respondió que al mas digno. Pongamos entre estas dos palabras la conquista de todo lo conocido del orbe, concluida en menos de diez años, con solos treinta y cinco mil hombres, y convendremos en que si en los errores de la gentilidad alguno mereció el título de héroe, ó semidios, fué Alejandro. Su temprana muerte aumenta aún el esplendor de su memoria, pues siempre le vemos jóven, hermoso, vencedor, sin ninguno de aquellos

achagues corporales, sin ninguno de aquellos reveses de la fortuna que la edad y el tiempo producen. Desaparece esta especie de deidad, y los mortales no pueden sostener el peso de su obra. "Su imperio, dice el profeta Daniél, fué dado á los cuatro vientos del cielo."

A las dos de la tarde salimos de Sou-severlé, pasamos el Granico, y entramos en la llanura de Mikalicia, que se comprendia en Mysia de los antiguos.

El día 11 pasamos cerca de Bursa, que dejamos á la derecha. A las nueve de la mañana llegamos á Mikalitzá, que es una ciudad muy populosa de los turcos; pero triste y medio arruinada, situada junto á un rio del propio nombre. Salimos de esta ciudad al mediodia, y siguiendo la orilla oriental del rio llegamos á una tierra bastante elevada que va formando ya la costa del mar de Mármara, llamada antes la Propóntide. A mi derecha descubrí grandes y hermosas vegas, un ancho lago, y á lo lejos la cordillera del Olimpo, lo que forma un magnífico cua-

dro. Habiendo pasado el río por un puente de madera, y salido de la garganta de los montes, llegamos al puerto de Mikalitzza, y me embarqué en un barquichuelo turco para pasar á Constanti-
noplá.

A las cuatro de la tarde comenzamos á bajar el río que está á diez y seis leguas del mar, y corre por entre verdes y hermosos montecillos. La forma antigua de nuestro barco, el traje oriental de los pasajeros, los cinco marineros medio desnudos, la hermosura del río y sus solitarias orillas, hacian muy agradable y pintoresca esta navegacion.

A medida que nos acercábamos al mar, la parte del río que dejábamos á nuestra espalda formaba á la vista un largo canal, en cuyo fondo se descubrian las colinas de donde habiamos bajado, iluminadas por los rayos del sol que acababa de ponerse. Delante de nosotros iban navegando los cisnes, y las garzas volaban ácia la tierra para buscar su acostumbrada guarida. Esto me hizo acordar de los rios de América cuando por la noche sa-

lia yo de mi canoa para encender lumbré en una orilla desconocida. De pronto se ensancharon las colinas, y nos dejaron ver el mar. Al pie de dos promontorios habia una tierra baja y medio anegada por las crecidas del rio: allí anclamos en un terreno pantanoso, cerca de una cabaña, último kan de Natolia.

El 12 á las cuatro de la mañana levamos el ancla: el viento era suave y bonancible, y en menos de media hora nos hallamos en la boca del rio, disfrutando de una vista que merece describirse aqui. A nuestra derecha y por encima de las tierras del continente comenzaba á aparecer la aurora: á la izquierda se extendia el Mar de Mármara: la proa de nuestra barca miraba á una isla: ácia el oriente aparecia el cielo de color de fuego, que se debilitaba á medida que iba aclarando: el lucero del alba brillaba con purpurina luz; y debajo de esta hermosa estrella apenas se columbraba como una sutil línea el cerco de la luna: un poeta hubiera dicho que Venus, Diana y la Aurora venian á anunciarle la llegada del

dios mas hermoso y brillante de todos. Este cuadro cambiaba á medida que yo lo iba contemplando: prontamente innumerables rayos de color de rosa y verdes lanzándose de un foco comun se elevaron desde el poniente al zenit: disipáronse estos colores, se reanimaron, se volvieron á disipar, hasta que apareciendo el sol sobre el horizonte, confundió todos los colores del cielo en una general blancura ligeramente dorada.

Dirigimos nuestro rumbo al norte dejando á la derecha las costas de Natolia: se echó el viento una hora antes de salir el sol, y tuvimos que valernos del remo, pues la calma duró todo el dia. Al ponerse el sol apareció el cielo muy encarnado y sin ráfaga alguna, y se sintió algun frio: el horizonte, ácia el levante, tenia como un color ceniciento, y el del mar era aplomado y no se veía ave alguna: las lejanas costas parecian azuladas, pero no resplandecientes. Duró poco el crepúsculo, y de pronto anocheció. A las nueve se volvió á levantar el viento ácia el oriente, y adelantamos bas-

tante en nuestro camino. El día 13 al rayar el alba nos hallamos sobre la costa de Europa, delante del puerto de S. Esteban: esta costa era baja y sin árboles. Hacía dos meses, día por día, y casi hora por hora, que yo habia salido de la capital de los pueblos civilizados, por decirlo así, é iba á entrar en la capital de los pueblos bárbaros. ¡Cuántas cosas no habia visto en tan corto espacio de tiempo! ¡Cuanto no me habia envejecido en dos meses!

A las seis y media pasamos por delante de la fábrica de pólvora, que es un edificio blanco y prolongado hecho á la italiana: detras de él se descubria la tierra de Europa que parecia igual, pues presentaba en todo un mismo aspecto, variado solo por algunos lugarejos rodeados de árboles. Por encima de las puntas que formaba esta tierra, que se encorbaba describiendo un semicírculo, se descubrian ya algunos minaretos de Constantinopla.

A las ocho vino á bordo un caique, y como la calma apenas nos dejaba mover,

salí de la falúa, y me embarqué con mis criados en aquel barquichuelo. Pasamos casi tocando con la punta de Europa, donde se halla el castillo de las Siete Torres, que es una fortaleza antigua, gótica, y que amenaza ruina. La niebla cubria á Constantinopla, y principalmente á la costa del Asia: los cipreses y los minaretos que descubria yo por entre la niebla, parecian á un bosque cuando los árboles no tienen hoja. Al acercarnos á la punta del serrallo se levantó el viento de norte, y en un instante barrió la niebla, y como por encanto me hallé en medio del palacio del Gran Señor. Tenia delante el canal del Mar Negro, que serpenteaba cual un magnífico rio por entre frondosas colinas: á la derecha estaban las tierras de Asia y la ciudad de Scútari: á la izquierda la tierra de Europa que formaba una espaciosa bahía llena de navíos de alto bordo y de innumerables buques menores: esta bahía que se estrechaba entre dos colinas, presentaba á mi vista como en anfiteatro á Constantinopla y á Gálata. La inmensa extension de

estas dos ciudades y la de Scútari: los cipreses, los minaretos, los mástiles de los navíos que se elevaban y confundian por todas partes, el verdor de los árboles, el color blanco y encarnado de las casas, el mar que extendia sobre estos objetos su azulada y cristalina tabla, y el cielo que desplegabá encima otro azulado campo, no podia menos de causarme la mayor admiracion; y así nada exagero diciendo, que Constantinopla ofrece el mas hermoso punto de vista de todo el universo, aunque no obstante prefiero el de la bahía de Nápoles.

Tomamos tierra en Gálata, y al instante no pude menos de advertir el gran concurso de mercaderes, marineros, y mozos del puerto; en el diferente color de sus rostros, en sus diversas lenguas, en sus variados trages, ya talares, ya cortos, sombreros, gorros y turbantes, conocí que aquellas gentes habian venido de todas partes de Europa y del Asia, á habitar aquella frontera de los dos mundos. El casi no verse mugeres ni carruaje alguno, y las cuadrillas de perros sin

dueño, fueron las tres cosas que mas llamaron mi atencion cuando entré en aquel extraordinario pueblo. Como casi toda la gente anda en babuchas, y no se oye ruido alguno de coches, carros, ni campanas, ni casi hay oficios que hagan un ruido de martillo ú otro, reyna allí un perpetuo silencio. No se ven mas que cuadrillas de gentes que parece quieren pasar sin que los conozcan, y como huyendo de la vista de su amo. Continuamente va uno de un bazar ó plaza de mercado á un cementerio, como si los turcos solo estuviesen allí para comprar, vender y morir. Los cementerios que no tienen cerca alguna, y se hallan enmedio de las calles, son unos magníficos bosques de cipreses donde anidan las palomas participando del sosiego de los muertos. De cuando en cuando se encuentran algunos monumentos antiguos, que no tienen relacion alguna ni con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que por todas partes rodean á uno; y así podria decirse que fueron traídos á aquella ciudad oriental por medio de un talisman.

*

No se advierte ninguna señal de alegría, ni ninguna apariencia de dicha, ni lo que se vé allí es un pueblo, sino como un ganado que un iman guia y un genízaro degüella: ni hay mas placeres que los desordenados, ni mas castigo que la muerte. El triste sonido de un bandolin sale á veces de un café, y si uno entra en él, halla indecentes chicuelos ejecutando obscenos bailes delante de especies de monos sentados á la redonda sobre varias mesillas. En medio de estas prisiones y mazmorras se eleva un serrallo, que llamaria yo el capitolio de la esclavitud, y aun añadiria que una deidad cruel conserva allí cuidadosamente las semillas de la peste, y las primitivas leyes de la tiranía. En derredor de este templo vagan de continuo los pálidos adoradores que vienen á ofrecer sus cabezas al ídolo. No hay cosa alguna que pueda libertarles de este sacrificio: una fuerza fatal les arrastra á él: los ojos del déspota atraen á los esclavos, cual los de la serpiente á las aves de que se alimenta.

Se han escrito tantas descripciones de

Constantinopla, que seria una necesidad en mí el querer hablar de esta ciudad. Pueden leer los curiosos á Esteban de Byzancio, á Gylli de *Topographia Constantinopoleos*; á Ducange *Constantinopolis Christiani*; á Porter *Observations on the religion, etc. of the Turks*; á Mouradgea d'Ohsson *Cuadro del imperio otomano*; á Dallaway *Constantinopla antigua y moderna*; á Pablo Lucas, á Thevenot, á Fournafort, y en fin, al *Viage pintoresco de Constantinopla y de las orillas del Bósphoro*; y los fragmentos publicados por Mr. Esmenard.

Fuí muy bien recibido, y obsequiado con esmero por el general Sebastiani, que estaba entonces de embajador de Francia en Constantinopla: me obligó á admitir diariamente su mesa, me acompañó él mismo á ver todo lo mas notable de la ciudad, me proporcionó los firmantes necesarios para hacer mi viage á Jerusalem, y me dió cartas de recomendacion para el padre guardian de la Tierra Santa, y para los cónsules franceses en Egipto y en Siria; y aun temiendo

que me faltase dinero me permitió que librase contra él letras de cambio á la vista, donde me acomodase.

En aquel mismo tiempo habia en Constantinopla una diputacion de los padres de la Tierra Santa, que habian venido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los comandantes de Jerusalem; y estos padres me dieron cartas de recomendacion para Jafa, y tambien tuve la dicha de que estaba pronto á partir el navío donde iban los peregrinos griegos á Siria. Se hallaba en la rada y debia hacerse á la vela así que se levantase viento favorable, por manera que si se hubiese verificado como yo queria mi viage á la Troade, no hubiera podido hacer el de Palestina. Pronto arreglé con el capitan del buque el precio de mi viage, y el embajador envió á bordo para mí las provisiones mas exquisitas, y me dió por intérprete á un griego llamado Juan. Con esto, y colmado de las mayores atenciones y favores, me embarqué el 18 de setiembre.

Confieso que á pesar del buen trato

que recibí en Constantinopla, me alegré mucho el salir pronto de aquella ciudad, pues toda su hermosura se desvanecía á mi vista cuando pensaba en que tan hermosos campos solo habian sido habitados por griegos del Bajo-Imperio, y ahora lo eran por turcos; y me parecia que tan viles esclavos y tan crueles tiranos jamas deberian haber deshonrado tan magnífico pais. El dia mismo en que llegué á Constantinopla lo fué el de una revolucion, pues los rebeldes de Romelia habian llegado hasta las mismas puertas de la ciudad. Así pues, no podia serme grato el permanecer en ella, pues queria recorrer aquellos parages que las artes y las virtudes honraban, y ni uno ni otro hallaba en la patria de los Focas y de los Bayacetos. Pronto se cumplieron mis deseos: el dia mismo en que me embarqué levamos el ancla á las cuatro de la tarde. Desplegamos la vela al viento de norte, y navegamos ácia Jerusalem, siguiendo el estandarte de la cruz que ondeaba en los mástiles de nuestro navío.

ÍNDICE.

| | | |
|---|-------|-----|
| <i>Introducion. Memoria primera.</i> | pág. | 1 |
| <i>Memoria segunda.</i> | | 67 |
| <i>Parte I. La Grecia.</i> | | 107 |
| <i>Parte II. Viage del Archipiélago de Natolia y de Constanti- nopla.</i> | | 281 |